



Un lirio

entre espinas

JOSEFA GOMEZ MARTIN

María de los Sagrarios

Con un Epílogo del Ilus-
trísimo y Reverendísimo
Señor Obispo de Málaga

Precio 1'50 ptas.



Un lirio entre espinas

Vida y escritos de la joven

Josefa Gómez Martín

María de los Sagrarios

457

ES PROPIEDAD



1041320

457

Un lirio entre espinas

Vida y escritos de la joven

Josefa Gómez Martín

María de los Sagrarios

natural de San Esteban del Valle,

escrita la primera y coleccionados los segundos por

D. Anastasio Mateos Bragado

Párroco del mismo pueblo

R. - 19.410 —



AVILA

Tipografía de Antonio M. Ibáñez

Reyes Católicos, 34

1925

Licencia eclesiástica

Nihil obstat

Lic. Froylanus Perrino


Censor Deputatus

Imprimi potest

Abulæ die 31. Augusti 1925

† Henricus, Ep. Abul.

ADVERTENCIA.—En este libro no se pretende prevenir el juicio de Nuestra Madre la Iglesia acerca del carácter sobrenatural de ningún hecho, ni de las virtudes de la biografiada, antes bien se somete todo ello a su superior juicio.



Introducción

A las Marías de los Sagrarios,
a las Hijas de María,
y a las jóvenes todas, principalmente de El Barranco

Suele compararse la Iglesia católica a un grande y hermoso jardín en el cual abundan las flores, que con sus múltiples y variados colores deleitan la vista, y con sus delicados y suaves aromas embalsaman el ambiente. Y no sin razón, pues en la Iglesia, extendida por toda la redondez de la tierra, abundan las almas puras y santas, que con sus firmes y sólidas virtudes recrean a los fieles, y con sus buenos y eficaces ejemplos excitan la admiración y mueven a la imitación del divino modelo de todas las almas, nuestro amabilísimo Jesús.

Pero de trecho en trecho vense en los jardines algunas flores que por su mayor hermosura llaman más poderosamente la atención; y otras que ocultas entre las demás, apenas si se dejan ver; pero por su más fuerte y subido olor son más ansiosamente buscadas. De la misma manera se encuentran de cuando en cuando en la Iglesia almas de virtud extraordinaria, almas que en su humildad ocultan

cuanto pueden su virtud y las gracias y mercedes con que el Señor las favorece; pero al fin, aun contra su voluntad, no pueden menos de ser conocidas.

Estas almas, que no son tan pocas como el mundo cree, porque no las conoce ni las comprende, se hallan en todas partes y en todos los estados y condiciones de la vida humana; y no es raro encontrarlas aun en medio del mundo indiferente y materialista, y en estos tiempos de vicio y corrupción, en los que parece que el género humano alocado quiere retroceder siglos y siglos hasta llegar al grosero e inmundo paganismo.

Una de estas almas grandes, un alma santa muy querida y regalada de Dios y muy probada también con enfermedades y contradicciones, intentó daros a conocer en estas breves páginas; un alma que vivió en este hermoso y pintoresco rincón de *El Barranco*, que si se distingue por su exuberante y lozana vegetación material, también se ha distinguido tiempos há y aun se distingue por su profunda fé y exuberante vida religiosa; un alma, en fin, que habéis conocido y tratado muchas de vosotras, de la que conserváis muy gratos recuerdos, y que se llamó Josefa Gómez Martín.

Haga el Señor que sigáis sus pasos, que haya muchas de vosotras que imitéis sus hermosos ejemplos, y que como ella dejando las vanidades y tonterías del mundo, os enamoréis de la hermosura, bondad y grandeza infinitas de nuestro Dios, único que puede hacernos verdaderamente felices.

En dos partes irá dividido este pequeño trabajo. En la primera expondré las virtudes y ejemplos de Josefa; en la segunda nos las dará ella misma a conocer con sus hermosos, aunque cortos escritos.

Hubiera querido que se encargara de este trabajo quien tuviera más costumbre de escribir; pero ya que no ha podido ser, el Señor, para cuya mayor gloria le emprendo, me ayude a llevarle a cabo.

A. Mateos.





PRIMERA PARTE

CAPITULO I

Su Vida

En la de antiguo piadosa villa de San Esteban del Valle, patria de San Pedro Bautista, Protomártir del Japón, en la que no han escaseado en estos últimos tiempos cristianos cuyas virtudes, a haber sido conocidas, hubieran seguramente llamado la atención, vino al mundo el día dos de marzo de 1901 una niña, último fruto del matrimonio de D. José María Gómez y Gómez y D.^a Casilda Martín García, que al ser regenerada con las aguas bautismales el día seis del mismo mes recibió el nombre de *Josefa*, y al año siguiente fué confirmada en la visita pastoral que en los días dos y tres de junio hizo a esta parroquia el difunto Obispo de Avila D. Joaquín Beltrán y Asensio.

En dos periodos podemos dividir su breve paso por esta tierra: el primero hasta el otoño de 1921, o sea hasta cumplidos los veinte años: el segundo, más breve, hasta su preciosa muerte.

Del primer periodo de su vida poco notable puede decirse; cierto que fue educada cristianamente e inducida desde el principio a la práctica de la religión, como por fortuna sucede aún con la ma-

yor parte de las niñas de esta parroquia, mas su virtud en todo este tiempo nada tiene que salga de lo ordinario y vulgar: es verdad que a poco de hacer la primera comunión se inscribió en la Asociación de Hijas de María, de antiguo establecida en esta parroquia, y llegó a ser celadora de uno de sus coros, y que siempre cumplió fielmente las obligaciones que el reglamento impone, principalmente la comunión mensual; pero muy poco o nada se notaba en ella que la distinguiera de otras muchas que cumplían con igual puntualidad las obligaciones de dicha Asociación. Siguiendo las costumbres que en esta época dominan, mezclaba (como generalmente sucede) los ejercicios de piedad con las vanidades y diversiones mundanas, y en alguna temporada hasta con los noviazgos prematuros que a tantas jóvenes precipitan en el pecado. Solo un hecho hay en el principio de su juventud que demuestra la fidelidad que tenía en cumplir las obligaciones adquiridas, y presagiaba el amor que después había de profesar a la Sagrada Eucaristía y el deseo de recibir a Jesús Sacramentado, que luego consumió su existencia. Habiendo querido su padre llevarla en compañía de otras amigas a la feria que a fines de agosto se celebra en Arenas de San Pedro, cayó en la cuenta de que la mañana que habían de salir la correspondía hacer la comunión mensual de Hijas de María, y al notarlo dijo terminantemente que aunque mucho gusto tendría en ir a la feria, no dejaba por eso la comunión; por lo que su padre se esperó con ella a que terminara la primera Misa, y luego marchó satisfecha: cosa en la que muchas

no hubieran reparado y con menos motivo habían dejado la comunión para otro día.

Mas durante el año 1921, en el que cumplió los 20 de su edad, comenzó el Señor a llamarla interiormente a una vida más perfecta por medio de los remordimientos que ella nos describe en sus apuntes, y después de una fuerte lucha, en febrero de 1922 rompe del todo con el mundo y sus vanidades, y comienza no a correr sino a volar por el camino de la santidad, de tal manera que muy bien podemos aplicarla aquellas palabras del salmo XVIII v. 6: «Saltó como gigante a correr su carrera», porque efectivamente, no a pasos ordinarios sino a saltos de gigante emprende alegre y gozosa el camino de la santidad, y casi de un solo salto se encarama en lo más alto de ella. Desde este tiempo hasta su muerte fue su vida un continuo ejercicio de virtudes admirables, como iremos viendo en capítulos sucesivos, un no interrumpido acto de amor de Dios, que se complació en derramar sobre ella gracias tan abundantes como eficaces, con las cuales la regala, la mimra, la atrae dulce y fuertemente, y a las que ella corresponde con tanta fidelidad y alegría que solo en Dios, por Dios y para Dios parece vivir.

Ya por entonces minaba su existencia la enfermedad que la llevó al sepulcro, y de esta enfermedad y de las varias contradicciones que en su camino encontró, se sirvió el Señor para purificarla más y más y hacer de ella en poco tiempo una flor digna de ser transplantada al jardín celestial. No acertaron a conocer el mal que padecía, hasta que se

hallaba ya muy avanzado, y aunque sus padres pusieron todos los medios que a su alcance estaban, el mal fue haciendo progresos cada vez mayores hasta el punto que en la última semana de octubre y todo noviembre de 1924 apenas pudo subir alguna vez a la iglesia, hallándose muy decaída y más grave que nunca a fin del mes. Pero la víspera misma de dar principio a la novena de La Inmaculada se reanimó de tal modo que pudo asistir todas las tardes y cantar en ella como acostumbraba. El día de La Purísima no quería su familia que fuese a comulgar a la Misa mayor por ser tarde y poder hacerlo a la primera, pero al fin lo consiguió alegando que como era el último año que la celebraba, tenía que asistir a la comunión general y cantar con más fervor y júbilo a su querida Madre. Y efectivamente esta fue la última fiesta que de La Inmaculada celebró en la tierra; pues el día 16 de diciembre salió para Madrid con su hermana Serviliana y el esposo de ésta a fin de consultar nuevamente a algún especialista; mas la misma noche de su llegada se agravó en tales términos que al día siguiente, 17, tuvieron que traerla precipitadamente a casa, a donde llegaron hacia las seis de la tarde, y a las dos de la madrugada del 18, jueves, fiesta de la Expectación de Nuestra Señora, entregó su alma a Dios. Como la trajeron sin conocimiento, sólo pude absolverta bajo de condición y administrarla el sacramento de la extremaunción con la bendición apostólica y recomendación del alma, privándonos del consuelo y edificación que sin duda hubiéramos tenido si de otra manera hubiese muerto. Pero diré:

lo que ella tantas veces repetía: Dios lo ha querido así, yo también, sea su nombre bendito.

Muchas veces había dicho que viviría poco, que su muerte sería prematura, y otras frases parecidas; ya en sus apuntes de 12 de marzo de 1922 (número 15) dice: «Estoy en Avila, hace unos días me trajeron porque estoy poco bien, a ver si me mejoro; pero me parece a mí...» y pone unos puntos suspensivos que indican sin duda las pocas esperanzas que tenía de sanar. A varias amigas había manifestado que moriría en jueves, día de la semana dedicado al Santísimo Sacramento; y por último el sábado antes de morir dijo a su hermana Consuelo que le parecía haber oído como en sueños una voz que le decía que iba a morir a los cinco días; y justamente en la madrugada del jueves y en la noche en que se cumplían los cinco días desde que la pareció oír la antedicha voz, murió, cumpliéndose exactamente sus anuncios. Una de sus hermanas que no estaba en la misma habitación cuando murió, al oír que había muerto e ir allá, asegura que vió en la habitación contigua una luz muy brillante que desapareció al momento, trayéndole esto a la memoria lo que se cuenta de varios santos, cuyas almas fueron vistas por otros en esa forma al subir al cielo. ¿Fue ilusión? ¿Fue realidad? solo Dios puede saberlo.



CAPITULO II

Su Fé

La justificación y la santidad del alma, como enseña el Concilio de Trento (ses. 6, cap. 7) consiste principalmente en el ejercicio de las tres virtudes teologales; Fé, Esperanza y Caridad. De donde se deduce que no puede el hombre ser santo, ni aun verdadero cristiano, si no está su alma adornada de estas virtudes: podrá, es cierto, poseerlas en un grado más o menos alto, pero sin ellas no puede haber santidad ni perfección. Esto basta para comprender que estas virtudes adornaban el alma de nuestra Pepa, como ordinariamente la llamábamos, ya que ellas son la base de la vida espiritual. Mas como estas virtudes crecen en lo interior del alma, en la íntima comunicación con Dios, y en sí mismas se ocultan a la vista de los hombres, como se ocultan en lo profundo de la tierra los cimientos de un edificio, hablaré brevemente de ellas, pues su solidez se deducirá fácilmente de las virtudes morales.

La fé es una virtud sobrenatural e infusa que nos inclina a creer, es decir, a tener por cierto y verdadero todo lo que nuestra Madre la Iglesia nos propone como revelado por Dios. Esta virtud es la primera en el orden, pues sin ella no es posible existan la esperanza, ni la caridad. ¿Cómo en efecto

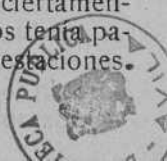
esperaremos en quien no creemos? ¿Cómo amaremos a quien no conocemos? Por esta razón dice San Pablo: «Sin la fé es imposible agradar a Dios». No podía pues faltar esta virtud en la piadosa joven; y dió muestras evidentes de poseerla en grado no ordinario en la reverencia y respeto con que se conducía en el templo, notándose su recogimiento desde que iba subiendo a la Iglesia; en la devoción y fervor que manifestaba en todos sus ejercicios de piedad, desde que hacía la señal de la cruz hasta que salía del templo; en la confianza absoluta que para todas sus cosas depositaba en el Señor; en la perfecta conformidad que con la voluntad de Dios mostraba en todos los trances de la vida, así prósperos como adversos, que fueron los más; en los esfuerzos y estratagemas que usaba para poder visitar y recibir a su amadísimo Jesús Sacramentado, etc. etc., de tal manera que por estas manifestaciones podemos justamente colegir que Josefa no había edificado su casa sobre arena, como el necio del Evangelio, sino sobre solidísima piedra, sobre el incommovible fundamento de la verdadera fé.

Por la fé, dice el Apóstol (Ad Hebr. XI, 33 y 34), los justos vencieron los reinos, obraron la justicia, alcanzaron las promesas; por ella taparon la boca de los leones, extinguieron la violencia del fuego; por ella escaparon del filo de la espada, fueron curados de sus males, se hicieron fuertes en la guerra y desbarataron los ejércitos extranjeros. También Josefa por su firme y arraigada fé venció al reino del mal que la solicitaba; por la fé practicó la virtud, a pesar de las múltiples contradicciones que se le

opusieron; por la fé alcanzó las promesas, es decir, las gracias y fuerzas para la lucha; por la misma fé logró tajar la boca de los que al principio de su cambio de vida la motejaban; por la fé aplacó la violencia de sus pasiones, sobre todo de su rabioso genio (como ella misma le llama varias veces); por ella escapó de la espada del enemigo infernal; por ella, si no sanó de sus males corporales, alcanzó la fuerza necesaria para sobrellevarlos con resignación, más aún, con alegría; por ella se hizo fuerte en la cruda guerra que tuvo que sostener; y por ella en fin desbarató a todos los enemigos de su virtud.

Porque muchos tuvo a la verdad; unos de buena, otros de no tan buena fe: la familia, por creer equivocadamente que la vida que hacía era causa de su enfermedad u obstáculo para su curación (1), trabajaba por apartarla de la piedad, a lo menos de ciertas cosas que llamaban exageraciones: los amigos y amigas, porque se había retirado de las diversiones acostumbradas, o se burlaban de ella, o trataban de convencerla a que volviera a lo pasado: pero acaso más que todos la molestó un señor indiferente y sin religión (al menos públicamente ninguna practicaba) que frecuentaba la casa, que apenas dejaba pasar visita sin tocar la cuestión religiosa; y unas veces en serio y otras en broma, ya combatiendo su modo de obrar, ya mofándose y burlándose de las cosas más santas, la hacía ciertamente padecer, aunque no ceder. Para todos tenía palabras y a todos atajaba con sus contestaciones.


(1) Véase la nota que precede a la carta III.



Cuántas veces el señor citado, aunque de carrera, tenía que poner fin a la disputa diciendo con despecho: Con V. no se puede; hay que dejarla. Lástima que no se hayan conservado algunas siquiera de estas conversaciones, pues ellas nos hubieran dado a conocer perfectamente el hermoso espíritu de Josefa. Y nótese que ésta no tenía otra instrucción que la que había adquirido en la escuela del pueblo; pero sin duda se verificaba en ella lo que Jesucristo anunciaba a sus discípulos para cuando fuesen interrogados en los tribunales. «No penséis decía, cómo o qué habéis de hablar, porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre celestial es el que habla en vosotros».

Concluamos pues: cuando vemos un árbol frondoso que combatido por furioso vendaval permanece en pie, juzgamos que sus raíces son hondas y sanas; así muy hondas y sanas debían ser las raíces de la piedad de nuestra joven, cuando permanecía en pie a pesar de ser tan combatida.





CAPITULO III

Su Esperanza.

Esperanza ¡hermosa palabra! tan útil y necesaria a los hombres como mal entendida por la mayor parte de ellos. De la esperanza viven todos los hombres; pero muchos la cifran en cosas bien miserables y vanas, que no traen más que decepciones y hacen más amarga la vida sobre este valle de lágrimas. Pocos son los que colocan su esperanza en el verdadero objeto de la misma, por lo cual serán muchos los que algún día entonarán aquel: *Ergo erravimus*: nos hemos equivocado, de que nos habla el libro de la Sabiduría.

La verdadera esperanza, la esperanza cristiana es una virtud teologal, sobrenatural e infusa que nos hace confiar firmemente en que la bondad de Dios Nuestro Señor, no por nuestros propios méritos, sino por los de Jesucristo nuestro Redentor, nos ha de conceder en esta vida la gracia para vivir santamente, y en la otra la felicidad del cielo para que hemos sido criados. ¡El cielo! he ahí el objeto primero y principal de esta virtud: ¡las gracias para alcanzar el cielo! he ahí su objeto secundario. A conseguir estas cosas deben dirigirse todos los esfuerzos del cristiano; si siempre tuviéramos presente el cielo, ¡cómo se desasiría nuestro corazón de

los caducos bienes de esta tierra! si nunca olvidáramos el cielo, ¡cómo suspiraríamos por él y cuán pequeños nos parecerían los sacrificios necesarios para alcanzarle!

Este desapego de las cosas de la vida, este deseo del cielo y parecer pequeños los sacrificios, que son efectos y al mismo tiempo señales de la verdadera esperanza, los encontramos en Josefa. Grande era su desapego de las cosas de la tierra, para ella todo estaba bien, no tenía voluntad propia y con todo estaba conforme, como pueden testificar los de su casa, que a veces la reprendían porque les parecía que no era indiferencia, sino abandono de los negocios familiares. «Indiferente estaré, dice a Jesús (núm. 39), lo mismo a lo dulce que a lo amargo», y en otro lugar (número 15): «Indiferente me pondré a todo, diré con mi madre Santa Teresa de Jesús: Dadme muerte, dadme vida; dad salud o enfermedad, etc., tu voluntad es mi vida, yo a todo diré que sí». Y según aquí lo propone, así lo practicaba.

«El fin, Jesús mio, (dice en el núm. 24) de todo y de todas mis acciones y deseos, el cielo», y entre los propósitos de pedir a Dios varias cosas, dice (núm. 33): «Cuantas veces levante los ojos al cielo, el deseo del cielo», y con esto animaba también a otras cuando la ocasión se presentaba: así en la carta II, dice: «Por un corto servicio, porque le acompañemos con nuestras visitas... El nos llevará un día a gozar con El en el cielo; ya ves si llevamos ventaja... así que animaros»; y en la carta VII, 3: «Esto nos debe animar en los sufrimientos, aunque

» sean muy grandes, que si los sufrimos con El y por
» El, vendrá un día en que también resucitaremos
» con El para nunca más morir y gozar para siempre
» en el cielo.» Y en la carta VIII, que empezó a escri-
» bir el día de Todos los Santos, «día así, dice, como
» de hablar del cielo, me hago la ilusión de que es-
» toy charlando un rato contigo de él, de ese cielo
» tan hermoso donde todo es dicha, felicidad y go-
» zo; donde se ama de verdad y para siempre a El,
» a nuestro querido Jesús, al amor de mis amores,
» al dulce objeto de mi cariño; ¡qué bien dice aquella
» hermosa aspiración: Oh hermoso cielo, cuándo te
» poseeré; si vieras qué deseos tengo (con la volun-
» tad divina) de irme a él!», y después de excitar a
» su amiga a contemplar tantos Santos y los ejemplos
» de los mismos, la anima a asegurarse «aquella di-
» cha sin fin, ante la cual son nada los trabajos y tri-
» bulaciones de este mundo. ¡Qué dulce es hablar
» del cielo! ¿verdad, Pepa? ¿no te parece que la tie-
» rra pierde todo su atractivo contemplando ese cie-
» lo tan hermoso? ¡cuánto debemos ahora esforzar-
» nos en asegurar un sitio en la hermosa Sión! ¡qué
» dulce es sufrir cualquiera pena con el recuerdo de
» la gloria!» y más adelante: «¡oh cielo, cielo, qué
» grande es tu atractivo! tú eres el término de nues-
» tra jornada, el punto de descanso de los que se
» pueden llamar felices sufrimientos, trabajos, ven-
» cimientos, y todo lo que hayamos padecido por
» alcanzarle.»

Como concedida por Dios para que mereciese el cielo, tomaba la ligera mejoría que a veces experimentaba en sus enfermedades. Así en la carta

IX,3, dice: «Me felicitabas por mi mejorada salud; >¡cuanto te lo agradezco! se comprende que toda- >vía (ya lo creo...) no he alcanzado el cielo, y la >bondad de nuestro Jesús me concede alguna me- >joría para que me apresure a merecerle». Y la misma idea repite en la carta XII. Y tan grande es su deseo del cielo, que le parece que será falta dese- arle tanto viéndose tan imperfecta, tan poco mor- tificada, y que nada merece (n. 72).





CAPITULO IV

Su caridad para con Dios

La caridad, dice S. Agustín, es una virtud que nos une con Dios y por la cual nosotros le amamos. Con estas breves y sencillas palabras nos indica el Santo lo más grande a que el hombre puede llegar, la unión con Dios por medio del amor, el cual tiende siempre a identificar, a hacer como uno solo de los corazones que se aman. Los teólogos la definen: Una virtud sobrenatural infusa que nos inclina a amar a Dios sobre todas las cosas como a suma bondad, y a nosotros mismos y al prójimo por Dios. Dos son por tanto los objetos de la caridad: el primero y principal, Dios: el secundario, todos los hombres.

La caridad es la más grande, la más excelente de todas las virtudes. S. Jerónimo la llama madre de todas las virtudes: S. Agustín, su fortaleza: Sto. Tomás, su reina: sin la caridad, dice S. Pablo, nada soy. Ella es la vida de todas las virtudes, y forma la santidad, o mejor dicho, es la misma santidad, y así quien tiene verdadera caridad es santo, quien tiene más caridad es más santo, quien tiene mucha caridad es muy santo.

¿Qué diré, pues, del amor de Josefa para con Dios? Ya he indicado en la breve noticia de su vi-

da, que pasó estos últimos años de ella en un casi ininterrumpido acto de amor de Dios. Amor de Dios respiraban sus conversaciones, que acerca de Dios versaban siempre, cuando tenía confianza con quien hablaba; amor de Dios respiraban todos sus escritos, en los cuales apenas hay un párrafo que no contenga un acto de amor de Dios: innumerables son las frases de amor, como: ¡Cuánto te amo, cuánto te quiero, cuánto le voy a querer! y otras semejantes. En todas las peticiones que a Ntro. Señor hace va siempre en primera línea el amor de Dios. En la carta VII (fin. n. 1) dice: «Pidamos mucho, sí, pero sobre todo mucho amor, mucho: pues donde hay amor lo hay todo». En la IX, 4; «sí, sólo quiero y ansío agradecerle a El solo». Porque ama tanto, llora y siente tanto sus pecados, que siempre tiene presentes, y con frecuencia hace alusión a ellos al hablar de las gracias y favores con que Dios la distingue (V. n. 1 a 4, 7, 10, &). Y los llora y siente no por temor del castigo (carta VI, 3) «sólo por no contristar a mi Jesús amado; ¡temo más disgustarle! ¡es tan dulce su compañía!». Por lo mismo siente también tanto los pecados de los demás, sobre todo la blasfemia, que a veces la hacía saltar las lágrimas, invitando a los presentes a hacer un acto de desagravio; y por esto recomendaba a las niñas que rogasen por los blasfemos y por todos los demás pecadores. A su falta de amor atribuye las dudas y poca luz que en varias ocasiones notaba (número 26). En las impresiones del mes del Rosario (n. 60, día 28) dice: «¡Amor! ¡que amor repita siempre! por amor lo haga todo y el amor sea el móvil

»de todas mis acciones», y en el día 3: «Amar a Dios
»sobre todas las cosas ofreciéndole los más costo-
»sos sacrificios; hacer todo lo que pueda por llevar
»al servicio de Dios algunas personas a quienes
»aprecio &».

Y no es un amor puramente teórico y de pala-
bra, no; que ella misma, con verdad en la época de
vacilación, y por humildad después, se echa en ca-
ra la falta de obras. «Me parece a mí, dice (n. 4),
»que yo amo a Dios y quiero amarle mucho, y sin
»embargo no hago nada por El: ¿cómo va a creer
»que yo quiero amarle?» y lo mismo repite al fin
del n. 21. Y por eso dice (n. 23) que cuando el
primer pensamiento del día no haya sido para Dios,
se humillará considerándolo como una prueba de
su escaso cariño.

Si grande y fuerte es su amor a Dios, tierno y
dulce es el que profesa a Jesús nuestro divino Re-
dentor. Pocas veces le nombra que no añada algún
epíteto que lo indique, como: mi Jesús, Jesús que-
rido, Jesús amado, mi buen Jesús, mi dulce Jesús,
mi dueño amado, mi rey, mi todo, &. Si habla de
Jesús Niño, ¡con qué dulzura le llama mi Jesúsín,
mi Jesusito! ¡Con qué santa familiaridad le trata! pa-
rece que habla con un amigo íntimo a quien confía
todos los secretos de su alma, y al que quiere ha-
cer participante de todas sus alegrías y tristezas. Y
así, si se dispone a ordenar sus impresiones, le dice
(n. 19): «Ya sabes, Jesús mio, lo que en mi corazón
»pasa». Si hace propósitos, comienza (n. 20): «Mira,
»Jesús mio, buscaré cuidadosamente todo aquello
»que más me fastidie &». Si se ve dudosa y perple-

ja, a El acude (n. 26): «Hoy te digo que hay veces >que casi no sé ni lo que soy, ni lo que hago, ni lo >que debo hacer». Si le ocurre algo desagradable, a El se lo cuenta (n. 28): «¡Oh mi dulce Jesús, qué >regañeta he tenido hoy!»; (n. 38) «¡Ah buen Jesús, >qué rato pasé ayer!». Si proyecta alguna cosa agradable, con El lo trata (n. 31): «¡Ah Jesús mío, mi >amado Jesús!, ¿sabes lo que ahora traigo entre ma- >nos?». Si va a continuar escribiendo, a El se lo comunica (n. 25): «Jesús mío, quiero proseguir con >tu ayuda lo que he comenzado por tu amor, de >expresar por escrito lo que solo tú sabes. Hace >dos días que no he podido escribir nada»; (n. 42) >¡Oh Jesús querido, cuánto tiempo ha pasado sin >escribir nada!». Al terminar por la noche una de sus notas, le dice (n. 61): «Hasta mañana, dulce Je- >sús mío». Si con las niñas del Rebañito le quiere dirigir una carta, da principio en esta forma (n. 76): «Hemos dispuesto todas las niñas y niños de tu re- >bañito, que Tú bien conoces, escribirte una carta >(cómo te estás riendo....); ya sé que Tú lo sabes >todo, pero yo quiero contártelo todo, como ya sa- >bes lo hago siempre». Muy notable es la familiaridad que muestra con Jesús al fin de la carta XII, cuando dice a su amiga Pepa Dégano, que había ingresado en las Salesas de Burgos: «Ya le preguntaré por tí alguna vez»; como quien a un amigo pregunta por otro amigo de ambos.

Amar a Jesús pide a cada paso. En lo que escribe el 15 de abril de 1922 (fin del n. 30): «Mi único >cuidado, dice, será amarte, reparar tantos insultos >y abandonos, y procurar amarte más y más, y

»siempre amarte, y en creciente amarte». Y en el día primero del mes del Rosario (n. 58) pide la gracia especial de «amar más y más a mi querido Jesús»; y en el día segundo (n. 59); «que yo sepa »amar más y más a mi dulce Jesús».

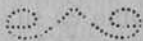
Con Jesús todo lo tiene, aunque le falte todo lo lo demás (n. 22); el amor de Jesús le da fuerzas para luchar: por esto se lamenta del tiempo que estuvo privada de él (n. 8, 19, 22, 73, &); por esto repite con frecuencia: «Qué bueno es Jesús y qué »dulce es amarle, y cuánto desearía poder hacer »ver a todos los consuelos y dulzuras que se encuentran en el amor de Jesús». Para formar idea de este su amor a Jesús, léanse sus impresiones en las fiestas de navidad y aquellos pasajes (entre otros varios) en que se queja de la ausencia de su amado Jesús, en los cuales tiene arranques verdaderamente de santa, como el del n. 52: «Hoy, a pesar de »sentir este vacío, esta tristeza, me conformo; será »esta tu voluntad; es verdad que sufro muchísimo, »que ninguna cosa se puede comparar con este sufrimiento; pero con mis lágrimas, mis ruegos y »mis caricias te he de encontrar; que Tú eres muy »bueno y si te escondes de mí, lo mereceré, y te »ofreceré este sufrimiento; pero no por esto te »amaré menos, no; al contrario, te amaré más, si »cabe, tanto... tanto... que convencido de mi cariño »vuelvas otra vez a mí; y si no quieres, al menos »déjame que te quiera yo mucho, mucho, y después haz de mí lo que quieras» Lo mismo viene a decir en el n. 31; y en la carta XIII, después de exclamar: «¡Huy, qué mal se está sin Jesús!». Léanse

por fin los hermosos números 76-78, de los que solo transcribo el final: «Tu María, ser siempre tu >María, eso pido, Señor; y que el último aliento de >mi pecho sea un suspiro de amor; y al presentar- >me ante Tí para que juzgues mi pobre alma pue- >da decir con verdad: Jesús mío, os he preferido >en la tierra a todo: dadme vuestro amor y vuestra >gracia, que con ella todo lo podré; todo por Tí, >para Tí y contigo». Y nada digo de su amor a Je- >sús sacramentado porque esto merece capítulo aparte.

Pondré fin a este capítulo con las señales del verdadero amor que a una sierva de Dios enseña el V. P. La Puente. Esta gloria de la Compañía de Jesús y de los ascéticos y místicos españoles dice que las pruebas del verdadero y perfecto amor son: orar, obrar y padecer. Señal es de grande amor gustar de estar siempre en presencia de su Dios, hablando con El, alabándole, bendiciéndole, gozándose de que sea quien es, agradeciéndole las mercedes recibidas, pidiéndole otras de nuevo para más amarle, doliéndose de lo poco que le ama, y de los pocos que le aman, deseando que todos le amen y sirvan como El merece: y esto llamo *orar*. Señal es también muy cierta del perfecto amor, gustar de ocuparse en ejecutar cuanto este Señor manda, sin dejar de cumplir de toda su ley una jota ni una tilde, y no contentándose con cumplir los preceptos, alentarse conforme a su estado a cumplir sus consejos, y en todo procurando no solamente lo bueno sino lo mejor y lo que puede dar mayor gusto a Dios y causarle mayor gloria: y esto llamo *obrar*. Pero so-

bre todo la certísima señal del fino y perfecto amor es gustar de *padercer* cuanto este divino amator quisiere y permitiere que padezcamos, sea en hacienda, o en honra, o en salud, o en vida; y sobre todo en sufrir contradicciones de prójimos, amigos o enemigos, extraños o domésticos, porque este es un martirio secreto y prolongado, testimonio cierto del amor divino, que es fuego tan encendido, que no le pueden apagar estas aguas de tribulaciones, antes se ceba y aumenta con ellas.

Hallándose estas señales en Josefa, como se puede ir viendo por lo dicho y por lo que se ha de decir, hemos de concluir que su amor a Dios era tan verdadero y perfecto como dulce y afectuoso.





CAPITULO V

Su caridad para con el prójimo

El prójimo es el objeto secundario de la caridad; el amor al prójimo pertenece pues a la misma esencia de la caridad para con Dios. Son estos dos amores, el amor a Dios y al prójimo, dos anillos de una misma cadena, dice San Gregorio; son como dos ramas de un árbol que reciben la savia del mismo tronco y de la misma raíz. Por esta razón juntos andan siempre estos dos amores, y Jesucristo Nuestro Señor, al preguntarle cuál era el primer mandamiento de la ley, respondió: Amarás al Señor tu Dios &, y añadió en seguida: El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a tí mismo. Este amor inculcó repetidamente Jesucristo en la última cena, como en su vida le había enseñado con el ejemplo haciendo bien a todos. De este amor necesita hoy el mundo para que reine la verdadera paz entre los hombres; pues aunque tanto se blasona en esta época de filantropía, de amor a la humanidad, de fraternidad, &, no son estas sino palabras muy bonitas que encubren el más refinado egoísmo.

De la verdadera raíz del amor de Dios brotaba el amor de Josefa al prójimo: por eso dice (número 29): «He de amar las almas de mis prójimos, y

»amarlas con un amor sobrenatural e ilimitado, »amar las almas de mis hermanos, de mis amigas, »de todos». A todos amaba y quería que a todos aprendiesen a amar las niñas y amigas con quienes trataba, y así se lo repetía con frecuencia. Aun a los que la molestaban amaba, y cumpliendo el precepto del Apóstol de soportarse unos a otros, «no desperdiciaré ocasión, dice en el núm. 21, de soportar »con amabilidad el carácter de las personas cuyo »trato me fastidie y contraríe, siendo más atenta con »ellas que con las demás». Como este su amor era verdadero, se extendía hasta los enemigos; sobre lo cual mucho trabajó en su casa con motivo de ciertas diferencias con algunos convecinos; y si no obtuvo pleno éxito en vida, después de muerta consiguió que por sus anteriores recomendaciones perdonara su padre a algunos con quienes tenía graves enemistades.

El amor al prójimo se muestra en el ejercicio de las obras de misericordia; y estas practicaba Josefa en cuanto le era posible. En lo que por indicación mía escribió, de cómo querría vivir en el mundo, si no lograba ser religiosa (como ansiaba), propone entre otras cosas (núms. 62-64): 1.º «Una de »las cosas que más me agradarían, y emplearía en »ello el tiempo con sumo placer, es enseñar la doctrina cristiana a los niños, enseñarlos a conocer y »amar a Dios &. 2.º Consolar al triste en lo que »pueda, visitar a los pobres enfermos animándolos »a que pongan su confianza en ese Dios tan bueno, »ofreciéndole sus sufrimientos con resignación, ya »que no con alegría: ¡qué dulce es todo esto! esta

→ será mi ocupación favorita en los ratos que tenga
→ libres. 3.º También como una esposa verdadera
→ de Jesús, de aquel que no se desdeñó en limpiar
→ los pies sucios de hombres pecadores; así yo es-
→ taré dispuesta a hacer cualquier sacrificio, por re-
→ pugnante que sea, a cualquiera de mis prójimos;
→ y procuraré buscar las ocasiones de asear y limpiar
→ con verdadero cariño a niñas pobres, y a viejecitos
→ que sepa lo necesiten, inculcándoles a la vez el
→ amor a mi Dios y a mi Jesús y a la Virgen mi que-
→ rida madre». Con esto concuerdan los propósitos
del mes de octubre (núm. 60); en el día cuatro dice:
Propongo prestar mis servicios a quien me los pi-
da y necesite, estando pronta a trabajar y servir
no sólo a los de mi casa y superiores, sino a cual-
quiera», y en el día 18: «La caridad con Jesús, pa-
ra ayudarle, visitar a los enfermos, consolarlos». Y como lo proponía, así lo ejecutaba en la medida de sus fuerzas, y en cuanto sus superiores se lo permitían.

Para satisfacer sus deseos de enseñar la Doctrina cristiana a los niños, se encargó del Rebañito del Niño Jesús, en el que los hacía conocer a Jesús, y los enseñaba a amarle, a acudir a El, a recibirle, y a tratarle como a verdadero amigo de nuestras almas. Visitaba a los enfermos animándolos y consolándolos; cuando la ocasión se presentaba, leía la recomendación del alma a los moribundos, sin reparar en su condición de pobres o ricos, jóvenes o ancianos. Cuando estuvo en Mondariz a tomar las aguas en julio de 1923 había allí una joven paralítica en una choza casi repugnante por su pobreza y

miseria; asistíala su madre que a la puerta de la choza recogía las limosnas que la hacían los bañistas, pues pocos o ningunos eran los que en la choza entraban; pero al punto que Josefa vio aquella desgracia, entró, habló con grande amor y dulzura a la enferma, se interesó por ella, le dio una estampa del Sagrado Corazón de Jesús excitándola a poner en él toda su confianza, y no pasó día que no acudiese a visitar, consolar y (en cuanto podía) socorrer a la enfermita. Grande era también su afán por socorrer a las niñas pobres, sobre todo a aquellas que habían perdido la madre, y su deseo era peinarlas y asearlas por sí misma; mas como esto no se lo permitían, las compró un peine para que lo hicieran ellas.

Dada su condición de hija de familia, y no teniendo nada de qué disponer, claro está que no podía hacer limosnas en el grado que hubiera deseado; pedía, sí, a sus hermanas cuando la hacían los trajes, que se los hicieran totalmente lisos, sin adornos, y que el importe de estos lo destinaran a socorrer a los necesitados, pero no accedían a ello. Como además, siguiendo el consejo de J. C. nuestro Señor, procuraba que ignorase su mano izquierda lo que hacía la derecha, sólo por casualidad y después de su muerte por manifestación de los socorridos, se han llegado a conocer algunas de sus limosnas. Así, pasando en cierta ocasión su hermana Consuelo por casa de un pobre anciano del pueblo, la dijo éste: Espera que voy a darte el puchero de tu hermana. ¿De mi hermana? preguntó ella asombrada.—Sí, de tu hermana, la más jo-

ven, no la casada. Entonces se supo que Josefa le había llevado comida, sin que nada supieran los de su casa. Después de su muerte ha manifestado una pobre enferma que la llevaba leche, que era parte sin duda de la que ella debía tomar, y de la que se privaba por socorrer a la enferma. Y otra pobre ha referido que dijo un día a Josefa que a ver si su madre podía darla una camisa vieja, y la contestación fue llevar la camisa sin que notaran nada en casa. Por estos pocos hechos conocidos podemos conjeturar que otros muchos habrán quedado ocultos, y de solo Dios serán conocidos.





CAPITULO VI

Su Celo

Consecuencia natural del amor a Dios y al prójimo es el celo, que según el P. Alvarez de Paz, es aquel encendido afecto del verdadero amador, con que se agita y se desvive por el honor de Dios y la salud del prójimo. El celo, dice Sto. Tomás, es el principal efecto del amor, pues quien ama mucho a otro procura apartar de él cualquier mal, daño o agravio que se le hace; y cuanto más grande es el amor, más vehemente e inflamado es el celo. De aquí que a todos los actos del amor corresponden sus actos proporcionados de celo, y cuantos son los bienes que ama la caridad tantos celos proceden de ella. Por que ama a Dios tiene celo de su gloria, deseando impedir lo que es contrario a ella: porque ama su propia salvación tiene gran celo de procurarla, resistiendo a todo lo que puede impedir: porque ama a su prójimo procura cuanto puede que todos conozcan a Dios, le amen y le sirvan, para que así le glorifiquen eternamente.

Este celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas poseía nuestra Pepa en grado eminente, habiéndole concedido Dios Ntro. Señor una especial gracia para ejercerle con fruto: en sus cartas, en sus conversaciones, siempre que la ocasión

se presentaba (¡y se presenta con tanta frecuencia a los verdaderamente celosos!), no dudaba en ejercitarle en favor de sus prójimos.

Leanse las pocas cartas que de ella se han podido reunir, y se verá como al momento comienza a tratar de cosas espirituales: del amor de Dios, del cielo, de la mortificación, del modo de adelantar en la virtud, y si algún asunto trata del mundo, es para sacar de él nuevas consideraciones para más aprovechar en la perfección. Por esto podía decir con razón sobrada su amiga Pepa Dégano que sus cartas son «una especie de inyecciones que la animan a seguir adelante», y en otra parte dice de su correspondencia epistolar que «es *para mí al menos* tan grata como provechosa», «tus cartas me consuelan, me animan, me son muy necesarias». Nada pues tiene de particular que deseara recibir carta suya con la mayor frecuencia posible: «escríbeme (la dice) una carta como la de otras veces, pues necesito mucho de almas como la tuya»; y por esto se lamenta de que por lo delicado de su salud no pudiera escribirla más frecuentemente.

Este mismo celo mostraba en sus conversaciones; pues con todas las compañeras que la podían comprender y recibían bien sus palabras (o por lo menos no la recibían mal) hablaba como escribía. ¿Qué la importaban a ella las fiestas, las diversiones, las modas y cosas semejantes, que suelen ser el asunto ordinario de las conversaciones entre las jóvenes mundanas? Por esto huía ella de la compañía de los jóvenes, pues ¿de qué cosa verdaderamente útil hablan estos en sus conversaciones con

las jóvenes? Por esto también se lamenta (carta XI, 2) de que algunas no comprenden el sentido de sus palabras, y con su mala interpretación la hacen sufrir; o tienen por tonterías el hablar del cielo, de nuestro Jesús, del desprecio del mundo con sus verdaderas tonterías, y de los adelantos o retrasos en el camino del cielo. Así que en cuanto le era posible (pues tampoco gustaba a su familia que dejara las ordinarias amistades) buscaba la compañía de niñas de menos edad, con las cuales podía libremente y con confianza hablar de lo que su corazón rebosaba.

De manera semejante se conducía en todas partes, aun con los desconocidos. En Mondariz al momento se formó su tertulia (llamémosla así), que se componía no solo de jóvenes como ella, sino también de señoras de más edad. Con éstas, separadas del bullicio y del concurso, a la sombra de los árboles o donde se terciara, rezaba el rosario, las leía libros espirituales o hablaba de estos temas; y tan a satisfacción de todas lo hacía, que una de las señoras (que me parece era esposa del alcalde de Pontevedra) decía que si Pepita quería, se reunirían todas las tardes, aunque perdiera la siesta. Por cierto que mucho trabajaron varios jóvenes para trabar relaciones con las jóvenes de esta tertulia, pasear con ellas, & pero Josefa siempre se excusaba cortésmente, y con unas u otras razones los despedía; aunque la verdadera razón la oyeron de labios de una de las señoras que les dijo: No quiere ir con vosotros porque es ella muy amiga de rezar y a vosotros os gusta eso muy poco. Visitaba en Ma-

drid a la familia de un médico bastante reacio para las cosas de piedad, y al fin por atención a Josefa y a su propia esposa, acabó por acompañarlas en el rezo del rosario y en algunas otras devociones.

No se avergonzaba de practicar ciertas devociones, aunque hubieran de verla gentes extrañas; como tampoco temía llamar prudentemente la atención a los que en su presencia blasfemaban o hablaban indecorosamente. Así al emprender un largo viaje, y ya en el tren, invitó a las compañeras a rezar el Itinerario y efectivamente puestas de rodillas en el coche comenzaron a rezarle; lo que fue ocasión de que hicieran el viaje con más comodidad, pues varios que iban a tomar asiento, al ver unas mujeres rezando, marcharon más que a paso a buscar lugar en otros departamentos. Varias veces llamó la atención, aun en el tren, a los que hablaban mal; cosa que reprendía su hermana, porque no sabiendo con quien trataba, podía encontrarse con alguno que en vez de hacer caso la tratara mal, o después hablara peor; mas no se dio nunca este caso, porque lo hacía suplicando más que reprendiendo, y con tal dulzura que más o menos siempre consiguió lo que pretendía, que era evitar ofensas de Dios Nuestro Señor.





CAPITULO VII

El Rebañito del Niño Jesús

Pero donde Josefa estaba en sus glorias y ejercitaba su celo a velas desplegadas era en el Rebañito del Niño Jesús. Ha habido siempre en esta villa, hasta ahora que van ya por desgracia escaseando, algunas mujeres piadosas y celosas, que ayudaban a los Párrocos en la tarea de catequizar a los niños, principalmente a aquellos que, por carecer de padres o por otras causas, estaban más atrasados en la instrucción religiosa. Estas buenas mujeres reunían por la noche en sus casas a un número mayor o menor de niños y niñas para enseñarlos los rudimentos de la Doctrina cristiana, y los preparaban a fin de que pudieran hacer su primera comunión. De esto pasó una de ellas a convocar a los niños todos los domingos y días festivos en la iglesia o en sus alrededores, según el tiempo lo aconsejaba, repasándoles la Doctrina, enseñándoles cánticos piadosos, iniciándolos en las prácticas de piedad, refiriéndoles ejemplos edificantes, y disponiendo a las niñas para que ingresaran en la asociación de Hijas de María. A esto llaman aquí el Rebañito del Niño Jesús, que, como se ve por lo dicho, viene a ser una piadosa catequesis, pero independiente de la que el Párroco tuviera.

Murió a fin de julio de 1923 la piadosa señora que cuidaba de este Rebañito y pasó el verano sin que le hubiera. No se le había ocurrido a Josefa que pudiera ella encargarse de esto, porque se consideraba propio de personas de más edad; pero una ocurrencia (providencial sin duda) de un joven fue la ocasión que la determinó a ello. Iba de paseo un domingo por la tarde acompañada de varias niñas de menos edad, cuando un joven la dijo por burla: Oye, Pepa, parece que vas haciendo el Rebañito. Estas palabras fueron para ella una revelación. Pues es verdad, pensó para sí; podía yo tener el Rebañito, y ¿por qué no he de tenerle? Y en efecto, al punto pidió a sus padres el permiso, que concedieron gustosos; me pidió mi parecer, que fue alabar su idea y animarla a ponerla en práctica, y desde el domingo siguiente comenzó su Rebañito con la mejor intención y el mayor entusiasmo, sin acobardarse por las burlas y rechifla que algunos hicieron de ello.

Però mejor que pudiera yo hacerlo, nos contará ella misma el calor con que tomó esta obra de celo y la satisfacción y alegría que en ella encontraba. En la carta VIII, 3, dice a su amiga Pepa Dégano: «¿No sabes que hago el Rebañito del Niño Jesús? » si vieras lo que disfruto, lo feliz que soy mientras » estamos allí ante el Sagrario con el Niño Jesús, ha- » blándole y haciéndole compañía un ratito por tan- » to tiempo como estará solo y en tantas partes... » Acuden bastantes niñas y también niños, que uni- » dos todos le vamos a querer muchísimo, y entre » todos le vamos a quitar las espinas que nosotros y

» otros le hemos clavado en el corazón: ya te contaré los proyectos que tenemos formados: queremos, ya que no vienen los mayores, venir nosotros a recibirle, a visitarle, para que no esté triste ni llore; y estamos dispuestos a ir a los Sagrarios en que esté solito a hacer lo mismo; y recibirán (ya lo hacen muchas) todos o casi todos cada ocho días al Niño Jesús, pidiendo vayan todos a recibirle. Ya se están preparando para la fiesta del Niño, ya te contaré, ya te contaré; estoy contentísima.»

Ahí está trazado el plan que se proponía efectuar Josefa en el Rebañito, a saber, iniciar a los niños en el amor de Dios y en las prácticas de piedad, infundiendo en sus almas sencillas estas tres ideas entre otras: 1.^a Que Jesús se hizo niño pequeñito como ellos por su amor; que ama mucho a los niños, y ellos deben, en justa correspondencia, amarle cuanto puedan, tratándole con sencilla familiaridad, como a su amiguito del alma. 2.^a Que en el Santísimo Sacramento del altar está siempre de día y de noche, realmente presente por nuestro amor; allí está en el Sagrario, prisionero, solito casi siempre, y esperando que los hombres vayan a visitarle y recibirle con frecuencia. 3.^a Que como muchos niños y mayores le ofenden tanto, clavándole nuevas espinas en su cabeza o en su corazón, los niños que quieren amarle deben esforzarse por arrancarle esas espinas que tanto le hieren, lo cual pueden hacer con sus oraciones y buenas obras.

Para acostumbrarlos a poner en práctica estas ideas, recitaban al comenzar y terminar el Rebañito algunas oraciones; los excitaba a visitar diariamente

al Santísimo Sacramento, enseñándoles a hacerlo; y los animaba a recibirle en la comunión lo más frecuentemente que les fuera posible. Con esto comenzaron varias niñas, y aun algunos niños, a hacer su visita por la tarde y a comulgar cada ocho días, los domingos, en que estaban libres de la escuela. Además por Navidad les hacía escribir cartas al Niño Jesús manifestándole su amor y su cariño y pidiéndole por ellos y por todos; e igualmente a los Santos Reyes. Varias cartas de estas tengo en mi poder, las cuales como es de suponer, abundan en las ideas apuntadas. Ni descuidaba las obras de misericordia; y así les proponía vestir al Niño Jesús en alguno de sus pobres; y al efecto con las perrillas que entre todos podían reunir compraban algunas prendas que en nombre de todos regalaban a niños pobres. Así lo hicieron en las Navidades de 1923, y ya había Josefa comenzado a preparar las de 1924, cuando el Señor la llamó a sí. En los Carnavales dominaba la idea reparadora por los ultrajes de esos infaustos días; véase en la carta IX, 5 y 6, cómo cuenta ella lo de 1924, que es verdaderamente hermoso y conmovedor.

Los niños acogieron desde el principio con tal afecto a la nueva directora del Rebañito, que asistían más de un ciento de niñas, y los niños (que ya no acostumbraban a asistir) comenzaron a hacerlo. Se veía muy claramente en ellos el buen deseo y el gusto con que acudían a su Rebañito: cuando por haber Josefa oído la primera Misa, no subía tan pronto a la iglesia, bajaban a su casa algunas niñas a preguntar por ella; y tan tristes como quedaban

cuando les decían que no podía subir por estar peor, tan alegres y satisfechas se mostraban si las decían que al momento iba. Demuestra la estima y opinión en que los niños la tenían el siguiente diálogo cogido al vuelo la mañana que se supo había muerto. Murió la misma noche otro joven, también soltero, y un niño pequeñito decía a otro: ¿No sabes que esta noche se han muerto un mozo y una moza? Sí, contestó el otro, pero la moza es santa.


No solamente se aprovechaban del Rebañito los niños, sino que más de una vez quedaron escuchando a Josefa personas mayores, las que salían edificadas y gratamente sorprendidas. Digo sorprendidas porque no se explicaban cómo una joven con la sola instrucción que había adquirido en la escuela, podía hablar una hora poco más o menos de cosas tan hermosas y divinas. Lo que no tiene nada de particular, porque tampoco ella misma se lo explicaba; pues habiéndola preguntado en varias ocasiones sus hermanas y amigas, de dónde sacaba todas aquellas cosas que a los niños decía, respondía que de ninguna parte; que muchos días subía sin saber de qué iba a hablarles, y una vez que comenzaba, iban saliendo unas cosas tras otras sin saber cómo: es decir, que Dios por cuyo amor emprendía este trabajo, la iluminaba y ponía en sus labios las palabras.

Lo cual debe animar a quien por la gloria de Dios quiera continuar su obra: no diga que no sabe; que más sabe un niño dirigido por Dios, que los más grandes sabios con toda su ciencia. Dos cosas tan solo son necesarias: la primera, mucho

amor de Dios y mucho celo de su gloria: la segunda, mucho amor a los niños y mucho celo de la salvación de sus almas. Teniendo esto, Dios Nuestro Señor dará lo demás, como se lo dio a Josefa, y se lo dará a cualquiera que como ella no se proponga otro fin que la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas de sus hermanos.

¿No habrá, pues, quien se atreva a continuar esta obra tan hermosa a los ojos de Dios, tan útil a la infancia, y tan gloriosa para la patria de S. Pedro Bautista? Las jóvenes y no jóvenes de San Esteban del Valle se encargarán de dar contestación a esta pregunta, que a juzgar por las muestras, va a ser enteramente negativa.





CAPITULO VIII

Su amor a Jesus Sacramentado

Tan propio de Dios es el amor, que dice San Juan (1-IV, 8) que Dios es caridad, como si quisiera enseñarnos que la esencia de Dios es el amor. Amor respiran todas las obras de Dios, y si el Salmista dice que los cielos cantan la gloria de Dios, con no menos verdad podemos nosotros decir que todas las obras que han salido de sus divinas manos publican a voces su infinito amor al hombre. Pero este amor brilla con especiales resplandores en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Ved el amor de Jesús en su más alto grado, dice S. Bernardino de Sena: No pudo darnos más, escribe San Agustín: S. Bernardo llama a este divino Sacramento, Amor de los amores, es decir, el amor más grande, el amor por excelencia: y por fin, Sto. Tomás le llama Sacramento del amor más grande, que podía darnos un Dios.

Por este Sacramento se une Jesús con las almas tan íntimamente, que los santos han dicho de esta unión cosas maravillosas. En este Sacramento derrama sobre las almas gracias abundantísimas y las hace participantes de todas las dulzuras de su amor y de todas las ternuras de su amante corazón.

Nada de particular tiene que las almas santas

encuentren delicias inefables en este Sacramento, cuando Jesús las tiene en comunicarse a ellas. En él las hallaba también Josefa, siendo su mayor satisfacción y contento acompañar, visitar y recibir en su pecho a Jesús sacramentado. No salía una vez el Santísimo de la iglesia sin que ella le acompañara; ya fuera en las procesiones, ya se llevara en viático a los enfermos, siempre le seguía lo más cerca que podía, siendo de notar el recogimiento y alegría que en ello mostraba.

Su mayor placer era visitar al Santísimo en la iglesia y acompañarle los ratos que podía; y para conseguirlo se valía de mil industrias. Tenía la costumbre de cogerse el velo y guardarle en la manga siempre que salía de casa, y con esto estaba en disposición, al pasar por una iglesia, de poder entrar a hacer una visita más corta o más larga, según el tiempo de que dispusiera; y esa costumbre tenía en el pueblo, en Avila, en Madrid y en donde quiera que estaba. En el pueblo cuando la mandaban a algún recado, o iba a ver a la familia o a las amigas, lo primero un momento a la iglesia o a la ermita (en que también tenemos Reservado) y después al recado. Al anochecer sobre todo, como teníamos a esa hora la catequesis en la ermita, y a esa misma hora solía ella ir por pan, se la veía muchas veces entrar con la cesta del pan a hacer su acostumbrada visita.

Cuando desde su casa salía de paseo con sus hermanas o amigas solía decir con disimulo: Mejor es ir por el cotanito (llaman así a una explanada que hay delante de la iglesia parroquial), por allí ade-

lantamos más para salir a la carretera. Cierto que es camino más corto, aunque peor; pero así tenía la satisfacción de que no solo ella, sino también las demás compañeras, al pasar por la iglesia, entraran a hacer una visita a Jesús sacramentado; por eso era por lo que se acordaba de ese camino. Cuentan sus hermanas que diariamente solía pedir repetidas veces permiso para subir a la iglesia a hacer su visita, y cuando no se lo concedían, al momento se la saltaban las lágrimas, por lo que la decían: Mujer, no es la cosa para tanto, para que así llores; pero ella insistía y raro fue el día que se pasó sin satisfacer sus deseos.

Hasta en los viajes aprovechaba siempre que podía las pequeñas paradas para sus visitas a Jesús en el sagrario. Así cuando en 1923 fué a Medina del Campo, al parar el automóvil en Mengamuñoz, se encaminó al pueblo y al verla una señora que viajaba en el mismo auto, la preguntó: ¿Adónde va V.?—A hacer una visita, respondió.—Pues qué, ¿conoce V a alguien?—Sí, y mucho; venga V. también, si gusta. Y cómo se rió de esta ocurrencia la señora al ver que la llevaba a la iglesia! (carta III, 7); pero así ya fueron las dos las que a Jesús visitaron. Y cuando no podía detenerse hacia la visita interiormente y con el deseo. «A cada torrecilla que veíamos, dice en el lugar citado, mi corazón palpitaba de alegría, y corriendo se postraba delante de El y hacía la comunión espiritual». Solo con ver la torre de una iglesia se conmovía dulcemente su corazón, así en la misma carta n. 10 dice: «Mire V. al entrar en Medina todas las caras extrañas y desco-

«nocidas, sin conocer a nadie, ni a mí tampoco; pero ví muchas torrecillas y me decía: No todos me son desconocidos; ahí hay Uno que me conoce, y yo le conozco mucho, y le amo mucho más».

Si este gusto experimentaba en visitar a Jesús sacramentado y por tantos medios lo procuraba, fácil es comprender las vivísimas ansias que tendría de recibirle en la sagrada comunión, y las dulzuras de que se inundaría su alma, así como los esfuerzos que haría para no verse privada de este celestial alimento. Ya desde el principio de su nueva vida propuso comulgar diariamente: «Ya sabes, Jesús querido, dice (n. 14), que soy muy débil, pero os recibiré todos los días que pueda en mi corazón, y Vos me daréis fuerzas para vencer»: propósito que renueva cuando escribe cómo querría vivir en el mundo (n. 62): «No dejaré un solo día de recibir en mi corazón a mi Dios, mi Jesús amado, mi fortaleza, mi consolador, animador y mi todo».

La comunión diaria que fue para ella fuente de inagotables dulzuras y consuelos, y de la fortaleza que en tantas ocasiones demostró, fue al propio tiempo la ocasión de muchas contradicciones y sufrimientos. Ya dejó indicado en el capítulo 1.º que no conocieron en mucho tiempo la enfermedad que padecía; y creyendo la familia que provenía de ir a la iglesia por la mañana y estar en ayunas, o al menos que era esto un impedimento para su curación, trabajaron en gran manera para apartarla de tan santa práctica, y llegaron a prohibírselo en algunas temporadas. «¡Pobrecillos! me decía (carta III. «6), me quieren tanto con un cariño mal entendido,

que creen que quitándome eso no me voy a morir y me voy a poner buena. Yo pediré muchísimo por ellos y los querré más, si cabe, ¿no le parece?».

Pero Josefa no se acobardaba por esto, y apelaba a los mismos medios que para visitar al Santísimo. Unas veces, aunque por la noche se lo hubieran prohibido, pedía humildemente permiso por la mañana y con frecuencia lo conseguía. Otras veces al ir por leche se iba por la iglesia, y como yo solía estar allí bastante tiempo antes de tocar a Misa, la daba la comunión, y se marchaba a hacer el recado; y cualquiera salida que tuviera que hacer a esas horas, como siempre estaba preparada, la aprovechaba para el mismo fin. Ya acostumbraba ella a entretenerse algo más de lo que necesitaba al hacer los recados, para que nada sospechasen por el tiempo empleado. Y Dios nuestro Señor la ayudaba, y disponía las cosas de modo que lograrse sus intentos; y así refería ella que la mandaron cierto día que de los conejos que tenían en una finca cercana a su casa, cogiese uno y le llevase a una señora; era precisamente la hora de Misa y se celebraba aquel día en la ermita, por donde tenía que pasar; y aunque en otras ocasiones no había podido coger el conejo, aquel día le cogió en un instante, y así tuvo tiempo de hacer el encargo, oír Misa y comulgar sin suscitar la más leve sospecha en los suyos. En otras ocasiones apelaban para privarla de la comunión diaria a ocuparla en los quehaceres de la casa; pero ella o se levantaba antes, o se daba más prisa, o tan buena maña, que por estos trabajos,

aunque fueran en el campo (como alguna vez sucedió), no dejó nunca o muy rara vez la comunión, antes al contrario, cuando subía a la iglesia ya lo dejaba todo arreglado. También tenía a veces que probar el almuerzo para ver si estaba bien, y al principio lo probaba procurando no pasar nada; pero después sin probarlo decía que estaba... como la parecía que debía de estar, a juzgar por los ingredientes que hubieran echado.

La decían con el mismo fin que otras eran muy buenas y no comulgaban todos los días; que ella quería distinguirse de las demás y parecer mejor: mucho la mortificaba esto último, pero no por eso aflojaba. También la decían sus hermanas que era egoísta, que todo lo quería para ella, que también las demás querían ir a Misa; y como alguna tenía que quedarse en casa, si ella iba todos los días, no podían ir las otras. En esto sí que cedía, diciéndolas que si todas querían comulgar, ella de muy buena gana iría antes o después o no iría, y se quedaría en casa el día que la correspondiese, para que pudiesen ir las demás.

No es extraño en verdad que la familia no se explicara la enfermedad en este punto, sobre todo cuando avanzando el mal, apenas tenía fuerzas para los trabajos ordinarios de casa, y sin embargo nunca la faltaban para subir a la iglesia, subida en verdad trabajosa. Durante mucho tiempo pasaba las noches muy mal con grandes ataques, y al tocar a Misa no había quien la sujetase en la cama. Ella misma se admiraba y me decía que muchas noches las pasaba con graves molestias o agudos dolores,

y en esos momentos la parecía que no podría comulgar al día siguiente; pero a la mañana remitían los dolores y tenía fuerzas suficientes para subir a la iglesia, lo que atribuía como es natural, a la bondad de Dios que quería concederle este consuelo.

Mucho la hizo sufrir la sed tan terrible de su enfermedad, y mucho más cuando por no conocerla, ningún remedio se ponía para combatirla; sed que se la hacía insufrible, y de resultas de ella se la abrió toda la lengua; pues a pesar de todo, desde las doce de la noche la sufría pacientemente por poder comulgar; ¡cuántas noches se levantaba a beber acosada por la sed, y al ver que habían ya dado las doce se volvía satisfecha a la cama sin cuidarse ya de la sed, que era tal que más de una vez tuvo que entrar en la sacristía a pedir agua al acabar de comulgar.

De la comunión diaria sacaba Josefa las fuerzas que tanto necesitaba para resistir a los halagos del mundo, que no la faltaban; a las contradicciones y burlas de algunos, que tampoco escasearon, sobre todo al principio; y para sobrellevar los dolores y molestias de la enfermedad, que tanto la hicieron sufrir. De ello estaba muy bien penetrada, por eso dice (núm. 24): «Mi fuerza y mi alegría (será) la santa comunión, mi hora preferida la santa Misa», y después (núm. 36): «La comunión acompañada de fé viva me fortalecerá», y varias veces me dijo que no quería ceder en este punto, porque «tan débil y floja como soy, ¿qué será de mí si dejo la comunión?». Para más aprovechar procuraba prepararse lo mejor que podía y dar gracias el mayor tiempo

que le era posible. «Los días en que deba comulgar, > dice en el núm. 23, desde que despierte pensaré > en la felicidad que me espera, excitando en mi alma sentimientos de humildad, de fé y de amor > (aunque sin olvidar mi nulidad absoluta y la grandeza infinita de mi Dios); con todo el fervor posible > me prepararé para comulgar...; con el mayor recogimiento que me sea posible daré gracias por lo > menos un cuarto de hora».

Verdad es que Dios Nuestro Señor derramaba sobre el alma de Josefa en esos momentos tales dulzuras y consuelos que la hacen exclamar (número 23): «¡Oh cuán deliciosos son los momentos que > siguen a la venida de mi Jesús a mi alma! es el momento más delicioso y más oportuno para pedirle > la fortaleza y santidad de que tanto necesita mi > alma», lo cual repite en varios otros lugares. No era raro que al comulgar quedara en altísima contemplación, y se la pasase el tiempo sin advertirlo y creyendo que nada había hecho de provecho. Véase la carta IV, 5. en que me da cuenta de lo que la pasaba. Lo mismo la ocurrió alguna vez al abrir el sagrario para exponer el Santísimo, como el primer día de octubre de 1923 (núm. 58). Y cierto que así debía de ser, a juzgar por el semblante que de ordinario tenía al comulgar y al retirarse del altar. Mil veces noté al darla la comunión (como otras personas lo notaban cuando se volvía a su sitio después de comulgar), que estaba transfigurada y que su rostro mostraba una expresión de placidez, de alegría, de felicidad, de un no sé qué indefinible, pero que no podía menos de ser cosa del cielo.

Para no hacer más largo este capítulo y para no multiplicar las citas, remito al lector a varios pasajes de sus escritos, principalmente a los números 46 a 52, en que habla de sus comuniones en los días de Navidad y siguientes. Después de lo dicho nada de particular tiene que ella diga (carta IV, 4) que cada día siente una atracción tan grande hacia el Sagrario, «así como un ansia de más y más sentir el amor que profeso al dulce prisionero... Me admiro de que no acudamos todos al divino Solitario; y allí arrodillada ante el Sagrario me parece verle de verdad, y le hablo como a una persona que la veo, que me oye, y yo le oigo. ¡Oh qué dulces se pasan los minutos y las horas! ¡qué dulces son las lágrimas que derramo en su presencia!».

Por todo esto, cuando vi que parte de octubre y todo noviembre apenas un día u otro subió a colmar, creí que muy mal debía de estar, que muy pocas fuerzas debían de quedarla, cuando ella voluntariamente hacía lo que antes no habían podido conseguir con tantos esfuerzos. Y así fue efectivamente, pues muy poco tiempo vivió después.





CAPITULO IX

Josefa, María de los Sagrarios

Teniendo presente lo dicho en el capítulo anterior, ¿quién ha de extrañar que nuestra Pepa simpatizase al momento con la Obra del célebre Arcipreste de Huelva, hoy Obispo de Málaga? ¿que conocida la Obra de las Marías de los Sagrarios-Calvarios se penetrase perfectamente de su espíritu y se identificase con él? ¿que experimentase la mayor satisfacción en hacerse María? «Ah Jesús mío ¡mi
>amado Jesús! dice (núm. 31), ¿sabes lo que ahora
>traigo entre manos? ¡qué bueno eres conmigo!...
>quiero ser tu María de los Sagrarios Calvarios, me-
>jor dicho Tú lo quieres; ¡oh qué dicha! amarte,
>adorarte, recibirte, desagraviarte por los que tanto
>os maltratan, olvidan y desprecian en el adorable
>Sacramento de nuestro amor; yo quiero que por
>lo menos todos mis pensamientos, palabras y ac-
>ciones vayan inflamados en vuestro amor en desa-
>gravio de los que no os aman» El día 16 de abril
de 1922, domingo de Resurrección, le fue impues-
ta en Avila la medalla de María, y ¡cuánto gozó su
corazón en ese día! Ya en sus impresiones de la vís-
pera se muestra profundamente conmovida al pen-
sar que al día siguiente va a recibir la medalla y el
título de María (núm. 40) y se da cuenta de que ser

María no es una cosa cualquiera, sino una cosa muy grande; es imitar a la Virgen María en desagraviar, reparar, acompañar y amar a Jesús abandonado, agraviado y solo en tantos Sagrarios; abandono, agravios y soledad muy parecidos a los que sufrió en aquellas tres terribles horas de agonía en la cruz. Por eso promete hacer cuanto pueda para amar a Jesús y extender su amor entre los demás; y pide (núm. 41) a la Virgen María que la enseñe y ayude a ser una verdadera María.

Siempre guardó gratisimo recuerdo de este para ella memorable día. «No olvidaré nunca (núm. 43) el día 16 de abril; aún todavía palpita mi corazón de alegría, de la emoción que siento. Aún siento lo que sentí entonces; no lo sé explicar, solo sé que las lágrimas acuden a mis ojos, lágrimas de... yo no sé... cuando me dijeron al ponerme la medalla: Recibid esta insignia & &. Lo mismo viene a decir en la carta VII, 4, a su amiga Josefa Dégano al llegar el aniversario de día tan feliz, rogándola que la ayude con sus oraciones a dar gracias a Dios. «¡Qué dicha más grande ser tu María! tener yo un Sagrario y dentro a un Jesús, ¿es posible desear más en la tierra? me siento como avergonzada; yo... Jesús mio, yo... tu María ¡yo, dicha semejante!... ¿con qué pagaré tantos favores? amando más que ninguna a mi querido Jesús & &. (núm. 44).

Mas no se limitó Josefa a estos desahogos de su corazón y a procurar ella acompañar y desagraviar al divino Solitario, sino que como verdadera María activa comenzó al momento a propagar la obra de las Marías. Nombráronla primera María del

Sagrario de Mombeltrán, y tan pronto como pudo fue a dicha villa, se presentó al Sr. Cura párroco a fin de ofrecérsele como primera María de aquel Sagrario, y pidióle (para orientarse) noticia de las jóvenes más apropósito para dar principio a su propaganda; al instante se puso en comunicación con varias de ellas, explicándolas el espíritu y funcionamiento de la obra, dándolas (en cuanto podía) algún folleto o librito para que después se enteraran más despacio, y animándolas a hacerse verdaderas Marías, sin olvidar lo que nunca olvidaba, el apartarlas de diversiones peligrosas, especialmente de los bailes *agarrados*. (V. cartas I y II).

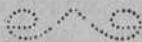
Algunas Marías formó en Mombeltrán, a las que procuraba infundir nuevos ánimos siempre que la ocasión se presentaba, principalmente en sus visitas al Sagrario, aunque no fueron tantas como hubiera ella deseado; pues por su falta de salud no quería su familia que fuese allá, sobre todo en ayunas y a pie. A pesar de todo aprovechaba las coyunturas que se le presentaban; bien algún encargo que en Mombeltrán necesitasen en su casa, o alguna amiga a la que con este pretexto acompañaba; bien que fuera a esperar o a despedir a alguien al automóvil, y siempre que le era posible iba a comulgar allí, acudiendo a varias estratagemas para poder ir en ayunas, como la que sigue. Teniendo concertado cierto día ir a Mombeltrán con una hermana y una amiga, fingió desayunarse, y para hacer creer en su casa que efectivamente había tomado el chocolate, se manchó un poquito los labios por fuera; algo sospecharon por el camino las com-

pañeras, pero no se lo declaró hasta que habían caminado tanto que no podían ya volver a casa.

Más intensa era la propaganda que hacía en este su pueblo (V. el cap. El Rebañito), en el que también instruyó a varias, y animadas por ella comenzaron a prepararse; pero pocas, muy pocas han llegado a recibir la medalla; pues parece que todas tienen miedo, o recelo, o no sé qué, a la comunión diaria. ¿Será acaso por no atreverse a romper con los *agarrados*, hoy tan en boga aun en los pueblos más pequeños? Una de las pocas que recibieron la medalla de María fue su amiga y tocaya Josefa Dégano, a quien escribe las cartas VII a XII, y que hoy es novicia en las religiosas Salesas de Burgos. Santa cruz del Valle fue el Sagrario que la señalaron, y bien pronto allá fueron las dos juntas para dar comienzo a sus trabajos en aquel Sagrario. Mucho bien hubieran podido hacer siendo ya dos, y jóvenes animosas y de excelente espíritu, pero el Señor dispuso que se separaran, y a muy poco tiempo la amiga se fue a vivir con su tío, el Doctoral de la Catedral de Orense: esta es la razón de escribirla a dicha ciudad.

En fin como verdadera María procuraba en cuanto ella podía el decoro de la casa de Dios. Están encargadas las Hijas de María de esta parroquia del aseo y limpieza del altar mayor y del de la Inmaculada; y Josefa era entre todas la más voluntaria y la más constante, siendo de admirar la reverencia y respeto que en ello observaba, y al propio tiempo la satisfacción y contento que sin procurar-lo mostraba.

Por último ya por su falta de salud, ya también por otras causas no pudo trabajar por esta obra de las Marías cuanto hubiera deseado; pero Dios Nuestro Señor habrá aceptado sin duda sus deseos, que si no los llevó totalmente a la práctica, no fue por culpa suya.





CAPITULO X

Su oración

Nuestra dicha y felicidad eterna consistirá en ver a Dios, en alabarle, bendecirle y adorarle, en estar en continuo y familiar trato con El: de la misma manera, viendo a Dios con los ojos del alma, hablándole familiarmente y escuchando sus divinas palabras encontraremos en esta miserable vida una dicha y felicidad que será el principio de aquella. Esto se consigue por la oración, que es por otra parte la fuente de toda las gracias tanto espirituales como temporales: Pedid y recibiréis, ha dicho J. C. Es también la luz del alma: Acercaos a El, dice David, y seréis iluminados (Ps. XXXIII, 6). Felices las almas que oran, y más felices las que tienen espíritu de oración, es decir, que aman la oración, que se complacen en ella, que la practican bien y con frecuencia. Si tratando íntimamente con personas buenas, virtuosas y santas sentimos honda complacencia, y más o menos siempre se nos pega algo, ¿cuánta será nuestra satisfacción, y cuántos frutos de bondad, de virtud y de santidad podremos sacar del trato continuo con Dios, fuente de toda bondad, modelo de toda virtud y tipo de toda santidad?

Este espíritu de oración tenía Josefa de bastante tiempo atrás, y sin duda en premio del mismo quiso Dios Nuestro Señor elevarla a la virtud y santidad a que llegó. Pues cuando se declaró a mí y me manifestó que tenía deseos de ser mejor, que la ayudara y dirigiera, traté como es natural, de ponerla un plan de vida en el cual entrase la meditación diaria. Mas entonces ella me manifestó que ya hacía todos los días que le era posible la meditación por la mañana y por la tarde o noche, empleando cada vez media hora o más, si podía; que hacía la Hora santa todos los jueves, y a poder ser de 11 a 12 de la noche; que rezaba el Rosario diariamente, el Viacrucis ciertos días, y algunas otras devociones; por lo que no hubo más que animarla a perseverar y hacerlo todo con el mayor fervor y recogimiento posible, y cuidar de que no multiplicase las devociones más de lo que pudiera hacer bienamente sin faltar a sus obligaciones como hija de familia.

Ya dice (n. 24) que sus amores serán la oración y la mortificación; que una de las cosas que más la gustaban y en la que más dulzura encontraba (n. 65 y 66) era, después de la comunión, la meditación, «porque poco a poco conozco lo que soy y lo que es Dios; en ella encuentro una paz y una tranquilidad... una cosa que no puedo explicar». Por el consuelo que en la oración hallaba y por el fruto que de la misma sacaba, se dedicaba a ella con el mayor ardor y constancia, pudiéndose decir con razón lo que dice una de sus discípulas; que siempre estaba en oración, y por esto distraída frecuen-

temente no advertía lo que las demás hablaban. Y tan convencida estaba de que por medio de la oración la concedía el Señor la fortaleza de que tanto necesitaba, que le da gracias por ello, promete acudir a ella en todas sus necesidades y le pide que por nada la deje.

«Cuando todo me duela (n. 35) y no pueda hacer nada, cuando mis piernas y mis manos se pongan engarrotadas y nerviosas, haced que en lugar de turbarme y ponerme disgustada, ore con mucho fervor. Cuando me vea abatida, humillada y despreciada, haced que lejos de entristecerme, ore con más fervor. Cuando me asalten temores y dudas por mi amadísima vb... haced que en lugar de espantarme o temer, acuda a Vos, orando con más fervor. Cuando me acosen las tentaciones de desaliento, me sienta abandonada y sola, ¡Dios mio! que lejos de desalentarme, me entregue a la oración. Haced que aprenda a orar de día y de noche, y lo mismo en los momentos en que me encuentre animosa y alegre que cuando me vea triste y desanimada.» Como lo pide en el párrafo transcrito así lo hacía, acudiendo a la oración en todas las ocasiones; y así se lo recomienda a su amiga Pepa Dégano, excitándola a pedir humilde pero confiadamente; y a no cesar aunque las tentaciones, las adversidades y hasta las propias faltas nos acometan; acudamos entonces (carta VII, 1) «más humildes pero con más confianza y amor, seguras de que si no nos cansamos de pedir y suplicar, con la gracia de Dios venceremos, pues el mismo Jesús nos dice: Busca y hallarás, pide y se

«te dará, llama y te abrirán. ¡Qué palabras más dulces, más consoladoras! ¿verdad?».

Y no perseveraba en la oración sólo cuando Dios estaba sensiblemente con ella, sino también cuando Dios se retiraba y como que la desamparaba dejándola en sequedad y desolación. «Que muchos días me encontraba (carta IV,6) de tontuna, de tontuna... ni sentía nada, y varias veces ni aunque acudo a mi Jesús nadie me oye ni me escucha; y como comprendo que solo esto merezco, me callo y le digo: Tú lo quieres, yo también, pero no estés así mucho tiempo; ¡qué egoísta soy!» Y como dice en el n. 34, procuraba no desalentarse aunque viera que no la hacía bien y la pareciera que podía haberla hecho algo mejor.


El asunto más frecuente de sus meditaciones era la Pasión y Muerte de nuestro divino Redentor y ¡cuántas veces, dice n. 67, se tenía que parar por no poder seguir, deseaba llorar y porque no se lo notasen reprimía las lágrimas! En una confidencia con una amiga manifestó a ésta que desde que ella recordaba, todas las noches había meditado algo en la Pasión de J. C. Poniéndolo en duda la amiga le dijo: —¿De veras?— Sí, respondió —¿Siempre? insistió la amiga.— Desde que me acuerdo, contestó ella.

Propone (n. 34) levantarse si despierta entre noche, postrarse de rodillas por espacio de 5 o 10 minutos y pedir perdón de sus pecados a Jesús, y trasladándose con el espíritu al Sagrario adorar a Jesús con todo su corazón, pidiéndole perdón por tantas ofensas. ¡Me es dice, tan dulce esto! y hace

tiempo lo practico. En efecto, no sé por cuánto tiempo, pero sí que estuvo haciendo esto hasta que enterados sus confesores se lo prohibieron terminantemente en atención a su estado de salud. Y cosa extraña, nunca lo advirtieron en su casa a pesar de dormir en la misma habitación alguna de sus hermanas.

Por todo lo referido, he dicho al principio de este capítulo que quiso Dios sin duda premiar su espíritu de oración con las gracias y las virtudes con que la adornó.





CAPITULO XI

Su Presencia de Dios

Todos los autores ascéticos recomiendan el ejercicio de la presencia de Dios como uno de los medios más eficaces no solamente para preservarnos del pecado, sino también para adelantar en la perfección cristiana. Y a la verdad, quien tiene presente al Dios que le ha de juzgar, ¿cómo se ha de atrever a ofenderle? el que está continuamente con Dios, ¿cómo no ha de crecer en su amor? Si aquellos dos discípulos que iban a Emaús por la compañía de Jesús, aunque sin conocerle, sentían inflamarse en amor sus corazones; ¿dejarán de encenderse los nuestros con la compañía de nuestro Dios, sabiendo que está con nosotros, y pudiendo hablarle y explayarnos con El como con el amigo más íntimo? Este medio de santificación dio el mismo Dios a Abraham cuando le dijo: Anda delante de mí y sé perfecto; es decir, anda en mi presencia y alcanzarás la perfección, serás perfecto. La meditación por la mañana, la presencia de Dios durante el día y el examen de la conciencia por la noche forman un plan o método de vida que es imposible practicar bien por algún tiempo sin que se vean claramente nuestros progresos en el camino de la perfección y santidad.

Recordando lo dicho en el capítulo precedente sobre el espíritu de oración de Josefa, fácilmente se comprenderá que siempre estaba en la presencia de Dios; pues la oración y la presencia de Dios se completan y ayudan mutuamente, son inseparables y casi una misma cosa; con el ejercicio de la presencia de Dios se pone en práctica aquella continua oración que Jesucristo nos pide en el Evangelio (Luc. XVIII, 1): Conviene orar siempre y no desfallecer; y lo de San Pablo (Ad Tímothal. V, 17): Orad sin cesar.

Teniendo esto presente propone Josefa (número 62) «estar siempre en la presencia de Dios diciendo: Dios me ve, Dios me mira, Dios me ha de juzgar»; y como las jaculatorias son un medio muy apropiado para excitar y conservar esta presencia divina, dice (núm. 24): «No olvidaré nunca la presencia de Dios y levantaré mi corazón con frecuentes jaculatorias»; y esto aun cuando no sintiera gran gusto en ello; «Diré (núm. 34) frecuentes jaculatorias sobre todo cuando tenga menos gana de decir las». Así en efecto pasaba la vida, en continuo trato con su Dios; imaginábase que Jesús estaba con ella como un amigo del alma que nunca la dejaba sola y a todas partes la acompañaba; y ella a su vez hablábale con toda confianza, le confiaba todas sus cosas, le comunicaba todos sus pensamientos y deseos. «Llevo ya (núm. 25) quince días sin salir y han venido a acompañarme unas amigas; se lo agradezco, pero... me gusta tanto estar solamente contigo, ¡Jesús amado!... conversar contigo, decirte todo lo que siento... a lo que aspiro...


»aunque Tú ya lo sabes, pero veo te gusta y quie-
»res que yo misma te lo diga: me gozo yo tanto (y
»os doy infinitas gracias por ello) de verme que no
»soy nada en tu divina presencia... me parece estar
»sentadita a tus pies contándote mis miserias y lo-
»mucho que quiero amarte; y no echo menos na-
»da, nada, pues soy la más feliz del mundo; y mira,
»estoy con las amigas y pienso en nuestras pláticas
»tan dulces, y deseo se marchen por estar sola con-
»tigo». «Mi dulce Jesús (carta XIII) con quien yo
»me pasaba tan buenos ratos, charlando los dos
»continuamente...» Y así me refiere (carta III,7) que
pasó gran parte de su viaje recordando lo que hacía
Gemma Galgani: «Por el camino... ¿se acuerda V. de
»Gemma cuando se ponían ella y su ángel a decir
»alabanzas a Jesús? pues así (no como ella, pues yo
»¡pobre de mí! cuán poco valgo todavía) pero así,
»una cosa parecida, le decía a mi ángel: Mira, viene
»Jesús con nosotros, vamos a decirle cosas para que
»vaya contento y no se vaya».

En cierta ocasión en que por estar más ocupa-
da disponía de menos tiempo para sus devociones
y ejercicios acostumbrados, la recomendaba yo que
se aprovechase de las mismas ocupaciones y traba-
jos viendo en todo ello la voluntad de Dios y avi-
vando más y más su presencia, pero al llegar a esto
me interrumpió de pronto en un arranque espon-
táneo: Ah, padre, si esa nunca la pierdo. Y así era
en verdad; por esto recomendaba este ejercicio a
sus amigas; y a su hermana mayor que algunas ve-
ces se le quejaba de que por las ocupaciones de ca-
sa no podía hacer lo que deseaba, le decía: «Com-

»prendo que llevas la mayor parte del trabajo de
»casa, pero eso no es inconveniente para que san-
»tifiques y ames mucho a Jesús; hazlo todo por El,
»acostúmbrate a vivir en su presencia, cree firme-
»mente que está siempre contigo acompañándote,
»dándote fuerza para esos mismos trabajos, y
»deseando que los hagas muy bien para premiár-
»telos después en el cielo, y verás qué contenta vi-
»ves y qué ánimos tienes para hacerlo todo bien.»

Como a su hermana se lo recomendaba, así se conducía ella en los trabajos y ocupaciones. Cuando al marchar a Mondariz me enviaba desde Medina unos corporales que estaba haciendo, me decía (carta VI, 2): «¡Me es tan dulce pensar que algún día mi Jesús amado se posará en un trabajillo hecho por mi mano! Mientras lo he bordado he pasado ratos muy felices en la presencia de Dios tan... y hablando con mi Jesús le decía: Cada puntada sea una alabanza para tu Corazón divino. Mi ángel me ayudaba y entre los tres lo hemos hecho riendo, cantando y alabando a Dios.» (1) Con razón pues podía decir que nunca estaba sola; por eso al terminar de referir las burlas de que había sido objeto en la fiesta de julio de 1922, dice (n. 45): «Por fin sola, sola me quedé», pero al momento rectifica añadiendo: «Sola no, con mi Jesús», a quien nunca perdía de vista.

(1). Los corporales de que aquí habla Josefa, sin terminar estaban a su muerte, aunque solo faltaba pegarles la puntilla que tenía en casa: se los entregué a la familia manifestándola lo que ella decía en su carta, y sus hermanas los terminaron y me los dieron para la parroquia.



CAPITULO XII.

Su amor al sufrimiento; su mortificación.

Es el sufrimiento una cosa absolutamente inevitable en esta vida; llorando venimos a este mundo, llorando atravesamos por este valle de lágrimas y llorando salimos del mismo. Penas físicas, como enfermedades, dolores, fatigas, hambre, sed, & &; penas morales mucho más agudas, preocupaciones y temores por los asuntos de la vida, sentimiento en las pérdidas y contratiempos, duelos de familia agravios, injusticias e ingratitudes del prójimo; remordimientos por los pecados pasados, remordimientos que van aumentando al paso que se va disipando esa obscuridad con que las pasiones y el mundo envuelven a nuestra alma... ¿Quién podrá verse libre de tantas y tan variadas penas como nos rodean? Mas este es el afán de la sociedad actual, evitar a todo trance el sufrimiento y buscar por todos los medios posibles el gozo y el placer. Por esto es tan rara la santidad en estos tiempos, porque son muchas las almas que buscan ante todo el gozar, y muy pocas las que desean padecer.

Bien grabado tenía esto Josefa en su corazón; así en la carta XI, 3, dice a su amiga: «Uno de los

»medios de llegar a la perfección es el amor a la
»Cruz, siguiendo con ella a nuestro dulce Jesús, que
»por nosotros la llevó hasta morir enclavado en
»ella; la cruz conduce al cielo. Por la manera de lle-
»var mi cruz conozco a mis escogidos, dice el mis-
»mo Jesús. El camino de la cruz es áspero, largo y
»penoso para aquellos que no la aman, ni la com-
»prenden, ni saben encontrar en ella el bálsamo
»para sus penas, la dulzura y el contento que en-
»cierra», y en el número siguiente: «He aquí por
»qué hay tantos que principian y tan pocos que
»acaban; mientras todo sale a nuestro gusto y de-
»seo, mientras se siente la dulzura con que Dios se
»comunica a las almas, y en la oración y buenas
»obras se encuentra la satisfacción propia... muchos
»son los que siguen a Jesús: todos suspiramos y an-
»helamos subir con El y entrar triunfantes en Jeru-
»salén; pero al huerto, al calvario le siguen pocos; y
»todos le dejan desde que se anuncia la tribulación.
»¡Qué triste es todo esto! ¿verdad? Nosotras al me-
»nos seamos constantes y fieles...»

De estas almas constantes y fieles, de estas almas deseosas de sufrir era nuestra joven, en la cual de tal modo y en tal grado arraigó el amor al sufrimiento, que este amor junto con el de Jesús sacramentado creo es la especialidad de Josefa, lo que más la distingue y en lo que más sobresale. En muchos lugares de sus escritos manifiesta estos deseos y vehementes anhelos de sufrir. «¡Oh Jesús mío! (n. 30) sufro, sí, es verdad; pero con todo no quiero verme libre de mis padecimientos, sino que solo os pido se cumpla en mí la voluntad de

>Dios. Dios mío, no quiero sino lo que Vos que-
>ráis y todo lo que que queráis: os ofrezco mis su-
>frimientos, Jesús mío> «¡Oh Jesús mío (n. 36-
>cuán feliz soy en poder sufrir!>. «Jesús mío (n. 37)
>me ofrezco a Vos para trabajar mucho, sufrir mu-
>cho y amar mucho>. «Sufriré (n. 51) lo que quie-
>ras sólo por agradarte>. En agradecimiento a ha-
>berla hecho María, «le ofreceré, dice (n. 44), todas
estas cosas que tanto me hacen sufrir>. En el mes
del Rosario, día 7, ofrece a Jesús «todos mis sufri-
>mientos, esas cosas que me hieren y tanto me ha-
>cen sufrir, yo en fin, yo quiero ser tu discípula y
>por tanto sufrir lo que Tú quieras>. «No solo (nú-
>mero 76) quiero amarte, sino padecer, sufrir por
>tí, Jesús mío; yo quiero padecer para parecérteme;
>oh sí, mi Jesús del alma, yo quiero sufrir, quiero
>sufrir, pero no tengo valor; por eso acudo a Tí
>para que me escuches y me concedas gracia tan
>grande: quiero sufrir para satisfacer por mis mu-
>chos pecados; quiero sufrir para pagarte tantas
>gracias y tantos beneficios; quiero sufrir para po-
>der ir al cielo; quiero sufrir por Tí nada más y
>porque te amo mucho>. «¡Oh Jesús mío! (número
>78) déjame que a Tí me llegue y abrazada a tu
>cruz vivir... siga valiente de tu cruz el camino, e
>imitando a mi querida madre Santa Teresa diga
>con ella: Padecer o morir>.

Estas mismas ideas revela en sus coloquios con
Jesucristo, el cual la dice, (número 39). «Disponte a
>sufrir muchas contradicciones y malos tratos, pero
>súfrelo con alegría por mi amor... acuérdate del
>abandono que tuve en el huerto de las olivas, que

»me vi abandonado de todos, y tú nunca llegarás a tanto, ni mucho menos». También me dijo (número 49) que tendría que sufrir mucho, pero que »El estaría a mi lado».

Y que estos no eran deseos ineficaces y fervorines del momento lo prueba el que no tenía estos sentimientos solo cuando estaba en oración, sino cuando en realidad sufría y padecía; porque es en verdad muy fácil decir que queremos sufrir algo por Dios cuando vemos de largo la tribulación; pero si repetimos esto cuando el Señor nos prueba con enfermedades u otros males, entonces podemos creer que esos deseos son verdaderos. Y así lo vemos en Josefa. «Ya llevo dos años, escribe en Avila »(número 15), que ¡cuánto sufro! ¡cuántas veces me parece me voy a morir! pero no quiero quejarme, »Jesús mío, no; esto y mucho más tengo merecido; »no diré ni me lamentaré a nadie de lo que estoy »sufriendo; solo Tú lo sabrás, ya que a Tí te lo »ofrezco», y algunos días después, cuando por aguantarse y no decir nada se marea, como varias veces la acontecía, dice (número 17): «Quiero sufrir en silencio hasta que no pueda más; *pues es lo »único que me gusta*, quiero sufrir, sufrir por todos »los medios». Pero al fin no puede más, notan que cojea y avisan al médico; y al mostrar éste sus temores de que tuviera atacado de caries el hueso y fuera necesario cortarle un dedo, exclama (núm. 18), «¡Qué alegría! ¡qué gusto! así sufriré un poquitín por El»; y aunque no llegó la cosa a tanto, tuvieron que sajarla y quemarla las heridas, operaciones que sufrió sin despegar los labios, dejando admirado

al practicante que la curó. En otra ocasión al ponerla una inyección equivocó el médico la aguja usando una más gruesa que la que debía y causándola por lo mismo más dolor; ella lo notó, pero nada dijo, y cuando el médico lo advirtió, una leve sonrisa fue el único reproche que le hizo.

Mucho tuvo que sufrir en los últimos años de su vida, y cada vez más según iba avanzando la enfermedad que padecía: dolores en diferentes partes del cuerpo, falta de fuerzas, mareos, desvanecimientos; ¡cuántas noches le pareció que no amanecería! pero acaso más que nada, al menos en algunas temporadas, la mortificó la sed, que dicen es horrible en su enfermedad, mucho más cuando en vez de combatir la causa, inconscientemente se fomentaba por no conocer la enfermedad: ya dejó indicado que se la abrió la lengua por la sed. Solamente el plan a que, conocida la enfermedad, la sometieron, es suficiente para hacer sufrir a cualquiera: no poder comer pan, dulces, ni otros muchos alimentos corrientes, y sobre todo abstenerse de las frutas quien se ha criado entre ellas, no poder comer una uva, un higo, &, teniéndolo casi continuamente a la vista y al alcance de las manos, es ya una molestia más que regular. Pero todo esto lo llevó con entera conformidad, más aún, con alegría.

«Dios lo quiere, cúmplase su voluntad, yo todo se lo ofrezco», me dice (carta V, 8) cuando el médico la manifiesta que tiene que someterla a un tratamiento largo y penoso; y en la carta siguiente, al confirmarse el diagnóstico del médico y repetir éste que era un método muy pesado y largo, añade:

«Pero Dios lo quiere... yo también; sea bendito por todo». Y un poco después: «Me preguntó por la sed y le dije que había días que parecía me ahogaba.— ¡Pobrecita! tiene que haber sufrido mucho con la sed horrible.— Le digo a V. que sentí una alegría... pues aunque ofrecidos a mi Jesús (imperfectamente) todos mis sufrimientos porque se alegrara algo, por las ofensas que se le hacen, no sabía si en realidad sufría o no, y ahora que me dicen que sí he sufrido, pienso: Pues algo se alegraría mi Jesusito, y cuánto me alegro de haber sufrido; ya recibí el premio. ¡Qué dulce es sufrir con Jesús, para Jesús y por Jesús!». Hasta este extremo llegaba, hasta no saber si en realidad padecía o no por el gusto con que lo llevaba.

Nótese por fin este arranque verdaderamente de santa, advirtiéndole que no prorrumpe en estos afectos y forma estos propósitos cuando se ve muy lejos de los dolores, sino cuando los está sufriendo. «¿Quién me envía los sufrimientos, estos dolores tan atroces? es mi Dios que quiere que su hija sufra pruebas (bien merecidas por mis muchas faltas), quiere saber si yo, que protesto morir antes que ofenderle, soy sincera y sé mantenerme en mis promesas. ¡Cuánto me amáis, Dios mío!... Pues bien, mi Dios; machacad mi corazón, mandadme lo que queráis, quiero sufrirlo todo por vuestro amor, quiero segueros hasta la cima del Calvario»; &. Véase todo el núm. 74.

Lo dicho hasta aquí se refiere principal y casi únicamente a los padecimientos físicos; pero tampoco la escasearon los morales y espirituales, aun-

que estos es más fácil comprenderlos que describirlos. La lucha casi continua que tuvo que sostener para perseverar en el tenor de vida comenzado; las burlas y hasta malignas alusiones de que fue objeto cuando dejó los bailes y ciertas reuniones y compañías (v. el n. 45); la oposición de la familia al mostrar deseos de abrazar el estado religioso (número 28); las dudas en que la sumían cuando se esforzaban en hacerla creer que iba equivocada, que era una ilusa, que al fin lo había de dejar todo y ser como los demás (números 53-57), sino que lo hacía por despecho, & & los esfuerzos que hacían para meterla (por decirlo así) los novios por los ojos, diciéndola a cada instante que fulanito la miraba con mucho interés, que menganito hablaba con mucho entusiasmo de ella, que el uno la quería mucho, que el otro deseaba relaciones con ella. &&, ...todas estas cosas la ocasionaron padecimientos muy molestos y muy continuados, sobre todo en algunas temporadas; mas ella los sobrellevó todos con gran resignación y conformidad con la voluntad de Dios, sin ceder nada en sus propósitos y sin mostrarlo exteriormente; pues su semblante siempre alegre, nunca daba a conocer las luchas que sostenía, ni las penas interiores que sufría.

Por último no la faltaron tampoco las sequedades y desolaciones interiores, las pruebas a que Dios nuestro Señor la sujetaba, retirándola sus consuelos y luces en la oración y el gusto en los ejercicios espirituales, y ocultándose El mismo como suele hacer frecuentemente con las almas escogidas para que con más anhelo y ansia le busquen. De

esta sequedad habla en la carta IV, 6; y en las impresiones después de la comunión del día 21 de enero de 1923, se queja de que habla a Jesús y éste no la contesta, le llama y no la responde (número 52) y añade: «¡Qué triste es todo esto! ¡qué pena más grande! ¿estará enfadado conmigo? pero ¿porqué? ¿porqué? ¡Jesús mío, Jesús mío! yo comprendo que así es como me debías haber tratado siempre, que no merezco nada; pero por piedad, bien veis cuánto necesito de vuestros consuelos... Hoy a pesar de sentir este vacío, esta tristeza, me conformo; será esta tu voluntad; es verdad que sufro muchísimo, que ninguna cosa se puede comparar con este sufrimiento; pero con mis lágrimas, mis ruegos y mis caricias te he de encontrar; que Tú eres muy bueno, y si te escondes de mí, lo mereceré y te ofreceré este sufrimiento; pero no por esto te amaré menos, no; al contrario te amaré más, si cabe, tanto... tanto que convencido de mi cariño vuelvas otra vez a mí; y si no quieres, al menos déjame que te quiera yo mucho, mucho, y después haz de mí lo que quieras».

Esta desolación fue muy grande y continua en los primeros meses de 1924; por eso en la carta de 11 de enero a D. Justo Sánchez, (XIII) le repite los mismos conceptos del párrafo anterior; y en la de marzo (IX) a su amiga Pepa se queja del invierno de su alma y suspira (núm. 2) «por la primavera celeste de nuestro dulce Jesús, de este sol divino que con sus rayos derrita las escarchas y las nieves que formando ventisqueros rodean mi pobre corazón, haciéndole quejarse de que tiene frío;

»pide, pide una chispa de ese fuego en que se abra-
»sa el corazón de nuestro Rey para que se incen-
»die este corazón de hielo que desea arder».

Si este era su amor al sufrimiento, natural es que estimara la mortificación en lo que esta virtud vale, que deseara mortificarse y buscara con ansia las ocasiones para ello. «Mis amores, dice número 24, serán la oración y la mortificación», y hace intención (número. 33) de pedir a Dios «la mortificación» y el amor al sufrimiento al levantarme por la mañana». Este le parece el mejor medio para alcanzar el amor de Dios (número. 26): «Me parece a mí que el único medio para adquirirlo es sacrificar, vencer todos mis gustos y querer». Y en efecto en sus apuntes hallamos propósitos de mortificarse, tanto en general, como en particular en varias ocasiones de las que cada día se nos suelen presentar. «Mira, Jesús mío: (número. 20) Buscaré cuidadosamente todo aquello que más me fastidie. Me privaré de toda golosina y, si me es posible, no comeré nada entre día, evitando con todo el que lo noten». «En cuanto me sea posible (número. 21) rezaré mis devociones de rodillas, o si no, en una postura incómoda». «En la mesa (número. 34) no escoger una cosa u otra, sino tomar la que vea más cerca... Seguiré observando la práctica de no apoyarme nunca en el respaldo de la silla o banco en que esté sentada». «Cuando me propongan algo (número. 28) que me agrade, me haré la desentendida para que se lo den a mis hermanas, que son mejores que yo... que para ellas sean los regalos y diversiones; mas si se trata de algo molesto y que disguste, me

»ofreceré para ello y lo haré, pero sin hacer alarde,
»ni por parecer mejor, eso no». «Mortificaré (nú-
»mero 64) mis sentidos especialmente la vista, oído
»y lengua». Y en fin, la mortificación general de la
carne la propone así (núm. 27): «Mortificar los sen-
»tidos; la sujeción del cuerpo, de este cuerpo re-
»gañón que querría levantarse caprichosamente por
»la mañana, comer cuando le dé la gana, trabajar
»sin orden ni concierto, y que bebe los vientos por
»bien parecer; de esta carne, repito, que se rebela
»y desea ser ensalzada, que exige a todas horas ala-
»banzas, caricias y regalos, que se encabrita con la
»menor humillación, y se enfurece contra cualquiera
»que le suelte una verdad amarga; en fin, que no ve,
»ni oye, ni vive sino para sí. ¡Oh carne pecadora y
»miserable! hay que combatirte y vencerte a todo
»trance».

Estas eran sus ideas sobre la mortificación: cierto que a pesar de ellas no pudo hacer grandes cosas a causa de su enfermedad, por lo que se queja (n. 37) de que no ha ayunado en la cuaresma de 1922, y algunos días nada ha podido hacer; y en la carta VII, 2, hablando a su amiga de la Semana Santa de 1923, dice: «Me parece que estoy hablando
»contigo y que tú me cuentas muchas cosas, mu-
»chas, que tú has hecho estos días, muchas cosas
»porque mereces el ofrecerle y sufrir por El: y
»yo.... nada, pero ya quiero quererle mucho y.... sea
»lo que Dios quiera; le ofreceré el sentimiento de
»no poderle ofrecer nada; pide mucho por mí».

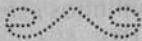
Pero si no pudo hacer grandes penitencias, hizo pequeñas mortificaciones que no son menos

agradables a Dios cuando proceden de un corazón recto y puro y deseoso de sufrir por El; así aunque tenía reclinatorio en la iglesia, rara vez le usaba para arrodillarse, haciéndolo de ordinario en el suelo (en lo que la han imitado algo, no mucho) y al sentarse nunca lo hacía en la posición natural y ordinaria, sino en otra más violenta y menos cómoda sin recostarse en respaldo, como todos pueden haberlo observado. Veranos enteros ha prescindido del abanico en el templo, a pesar del calor que para subir a la iglesia se coge, sobre todo al subir por las tardes al Rosario, y aunque le llevaba allí.

Hubiera deseado usar cilicio y le encargó alguna vez (pero no se le trajeron) y todos los años al entrar la cuaresma y al aproximarse la Semana Santa preguntaba qué haría ella ya que no podía cumplir el precepto del ayuno, y la respuesta fue siempre la misma; que no pensara en otras mortificaciones que las que buenamente podía hacer y ya hacía; no quería darla permiso para ninguna mortificación de importancia, primero porque no lo permitía su salud, segundo porque, aunque no la hubiera causado grave daño, como varias veces se ponía mal de pronto, al examinarla el médico se hubiera descubierto la cosa, lo que hubiera originado graves disgustos; y por último porque dado su espíritu era muy fácil se excediese en lo que la permitiese; sólo una vez la concedí algo y era de ver la alegría con que me refería luego lo que había hecho, pero había hecho más de lo concedido. Contó con toda reserva a una amiga íntima que sintiendo cierto día

grandes deseos de padecer algo por Jesús, entró en un huerto muy cercano a su casa, y poniendo el pensamiento en lo que el Señor padeció por nosotros, se sentó sobre unas zarzas, en lo que experimentó un consuelo muy grande.

Raro contraste en verdad forman todas estas cosas con lo que se suele ver en estos tiempos, en que se rinde culto a la comodidad y al placer; pero en estos y en todos los tiempos será siempre verdad que tanto amamos a Dios cuanto somos capaces de mortificarnos por su amor.





CAPITULO XIII

Su modestia y amor al retiro

Aunque la modestia, como su nombre lo indica, es una virtud que pone modo y medida en todas las cosas, pudiendo por tanto ser interior y exterior, mas comunmente se toma solo por la exterior, esto es, por la virtud que arregla y modera los actos del cuerpo; así se habla de la modestia en el mirar, en el andar, en el hablar, en el vestir, &c. Esta virtud realza sobre manera a la juventud y le da un encanto y hermosura superior a todos los adornos terrenos; supone otras muchas virtudes y a la vez sirve de ayuda para conservarlas y perfeccionarlas todas; y es señal de vida interior por la frecuente reflexión y continuos esfuerzos que son necesarios para adquirirla.

Modesta era Josefa en todo su porte; natural y grave sin afectación en el andar; recogida sin curiosidad en el mirar; prudente y reflexiva en el hablar; en todo correcta, digna y edificante para los demás.

Pero en lo que más se nota hoy la falta de modestia en las jóvenes (y en las no jóvenes) es en el vestir, tanto por defecto de tela, como por exceso de adornos. En esta materia va llegando a tales excesos la vanidad de las mujeres, que duda uno a veces si vive en los cultos y cristianos pueblos de

Europa, o en los paganos y salvajes de Africa. Por la gracia de Dios no ha llegado en esta villa a grandes excesos la inmodestia en el vestir; algo ha habido y algo hay, y algo la tocó a Josefa, bien que no por su voluntad. Un traje que tuvo, no inmodesto, sino algo menos modesto que lo antes acostumbrado, bien pronto le añadió ella por arriba, por abajo y por el medio, es decir, por el cuello, por las piernas y por las mangas. Tan modesta y tan a lo antiguo se mostraba en esta parte, que llamaba la atención cuando de aquí salía. En un tranvía en Madrid una señora que no iba vestida como ella, no atreviéndose a reprender directamente su modo de vestir, la dijo: No sé cómo no se ahogan ustedes vistiendo así; y mientras se disponía a contestar, un caballero que allí iba salió a su defensa, cuando menos lo esperaba, respondiendo a la señora: Más valía que la imitara V. y la dejara en paz.

Deseaba Josefa vestir el hábito de Ntra. Sra. del Carmen, como lo dice en el núm.º 62, y muchas veces se lo indicó a sus hermanas; y ya que a esto no accedieran, suplicaba que la hicieran los vestidos lisos, amplios y sin adornos, y el importe de éstos hubiera sido su deseo darlo a los pobres. Mas a pesar de sus deseos la familia quería que se arreglase y adornase lo más posible, por lo que la porfiaban y hasta reñían para que se adornara, se peinara, se rizara el pelo y otras vanidades semejantes; a todo lo cual ella resistía lo que podía, y cedía lo menos posible. Lo mismo ocurría respecto a alhajas y adornos; cuánto la marearían sus hermanas para que se comprase pendientes, sortijas, &, y no

lo pudieron lograr. Le era totalmente indiferente ponerse uno u otro vestido, y por eso casi siempre esperaba que las otras le dijeran el que había de ponerse. Al salir de viaje con una de sus hermanas la preguntó ésta si había hecho ya la maleta, y respondió que ni sabía qué ropa iba a llevar, ni qué se había de poner en el camino. Hasta tal punto llegaba su indiferencia en esta materia.

Muy necesario para alcanzar la perfección es el amor al retiro y a la soledad, y hasta cierto punto aun para la salvación es necesario; por eso ha sido tan amado y buscado de los Santos el retiro, por lo menos el del espíritu. En la soledad y no entre el ruido del mundo es donde Dios se comunica a las almas. Quien tiene espíritu de oración, forzosamente ha de ser amante del retiro; y quien sinceramente busque su salvación, tiene que huir de los graves peligros que ofrecen muchas reuniones mundanas, y la mayor parte de los pasatiempos y diversiones que son corrientes en estos tiempos.

Grande era el amor de Josefa al retiro, por lo cual huía cuanto podía de tales diversiones; poniendo tanto empeño en evitarlas como antes había puesto en procurarlas; lo que no extrañará quien haya leído cuanto dicho queda de su amor a la oración y de su presencia de Dios. ¿Qué gusto había de tener en el trato con las criaturas la que estaba en continuo trato con el Criador? ¿Qué contento había de hallar entre el ruido del mundo la que tanto gozaba con la compañía de su amado? Su gusto hubiera sido (a ser posible) estar siempre a los pies de Jesús sacramentado. «La vida retirada y solita-

»ia.... dice en el n. 60, día 3, mi ideal, mi encanto
»es estar sola, retirada de ese bullicioso mundo,
»pensando solamente en mi Jesús, amándole y di-
»ciéndole ternuras y cariños; pero no es así.... Dios
»lo quiere, hágase su santísima voluntad: pero de
»todos modos me parece que Dios quiere que yo
»sea recogida, y me considere solitaria aun en me-
»dio de ese bullicio, que por obediencia tengo que
»estar en él». «Qué feliz se siente una (dice en la
»carta VIII, 5, después de haber hablado de la bó-
»da de su hermana), qué alegría, qué cosa se siente
»cuando después de pasado ese momento de locu-
»ra, de.... no sé como decir, se postra una ante el
»Sagrario, y mirando al Prisionero que está allí es-
»perando a que volvamos a El, decirle: Mi corazón
»es solo para Ti, en Ti piensa, a Ti ama». Por esto
recomendaba a las niñas del Rebañito que no salie-
ran los días de Carnaval, y un día de éstos que se
escabulló de entre sus amigas y hermanas la encon-
traron después orando en casa, y al preguntarla
dónde había estado: En un sitio, contestó, en el que
había muy poquita gente y convenía que hubiera
mucho; en cambio donde vosotras habéis estado
había mucha más de la que debía. Aludía a la igle-
sia donde ella había estado, y al casino donde ha-
bían estado las otras compañeras.

Hallándose en Madrid no pudo conseguir su
hermana Consuelo que fueran a una función de ci-
nematógrafo; al contrario, de tal modo habló a la
hermana que se la quitaron los deseos de ir. Véase
cómo cuenta el modo (n. 38) de que Dios se valió
para librarla de ir al teatro en cuaresma, disponien-

do las cosas de tal manera que llegan a sacar las entradas en el momento preciso que están despachando las últimas. Nada de extraño tiene que si alguna vez por compromiso se ve precisada a asistir a un espectáculo, como no ponía atención en él, se durmiera, como la sucedió en Avila. (Carta III, 8).

Fuerte lucha sostuvo a cuenta de los bailes y mucho trabajo la costó dejarlos; el ser una cosa tan corriente, el haberlos ella misma frecuentado antes, el asistir a los mismos todas sus compañeras y amigas, no habiendo ninguna que quisiera dejarlos; todas estas cosas hicieron que fuese más difícil y costoso el sacrificio (véase como describe ella esa lucha en los números 9 a 14), pero al fin los dejó del todo especialmente los *agarrados*; y creo que desde que tomó tal resolución, sola una vez los bailó, y esto con su hermano. Tan determinado y firme fue el propósito, que «ya hasta me molestan», dice (número 13), y no se la pasa ocasión de decir algo contra ellos cuando a pelo viene. «Ya pasó todo» (dice en la carta X, después de hablar unas palabras de la función), y ¿qué hemos sacado? pero no, «todo no pasa; allá en el fondo de nuestra alma sentimos un disgusto contra contra nosotras mismas; »y digo yo: si es una diversión entre parientes y »amigos y sólo por pasar el rato, como se suele »decir, después que todo pasó, ¿por qué no nos »encontramos lo mismo que al empezar?... ¿por »qué en lo que unos encuentran placer y alegría, »hay quien siente disgusto, desprecio, horror?... »porque ofuscado nuestro entendimiento, nos lanzamos ahí alejados del dulce Jesús, que contiene

«en sí todos los gustos, todas las alegrías y felicidades que puede una desear». Así pues no es de extrañar que aunque muchas veces la invitaron, y con gran interés, no solo jóvenes sino aun personas más serias y de edad, pues tenían mucho deseo de hacerla quebrantar su propósito, nunca pudieron conseguirlo; y convencidos al fin de que todas sus tentativas eran infructuosas, acabaron dejándola en paz. Y ella no sólo no volvió a bailar, sino que procuraba apartar del baile a las que querían ser Marías, a las que veía más devotas, a todas aquellas de las cuales podía esperar que conseguiría algo. Este sacrificio sin duda quiso el Señor premiar con la abundancia de gracias y consuelos que siguieron; pues desde este momento fue cuando comenzó a adelantar de un modo admirable en la virtud.

Quisiera para dar fin a esta materia, llamar la atención de las jóvenes y de las madres sobre un error demasiado extendido entre ellas por desgracia. Hay jóvenes a las que disgustan y repugnan abiertamente los excesos de la moda y los peligros de ciertas reuniones y diversiones; pero creen (muy equivocadamente) que si no visten a la moda, si no frecuentan ciertos sitios, no serán estimadas ni tendrán pretendientes para matrimonio: y hay también madres necias e insensatas que tienen por mayor mal que sus hijas se queden para vestir santos, como vulgarmente dicen, que el casarlas de cualquier modo que sea; y por eso fomentan el lujo de sus hijas y las empujan por esos caminos peligrosos, haciéndolas con mucha frecuencia desgraciadas en esta vida y acaso en la eterna. Mucho podría decir-

se sobre este punto; pero atended solamente a esto. Los jóvenes cuando sólo se trata de divertirse, de pasar el tiempo, cosa desde luego peligrosísima, entran con todas, buenas o malas, y más con éstas; pero cuando se trata seriamente de buscar compañera para la vida, entonces aunque sean ligeros, calaveras y amigos de divertirse, suelen mirar más de lo que parece las condiciones de las jóvenes. Tened por cierto que los jóvenes serios, honrados, trabajadores y religiosos, entre una muchacha inmodesta y bailarina y otra recogida y virtuosa, elegirán sin duda la segunda; y los otros, los viciosos, corrompidos y haraganes no creo que los deba ni pueda buscar una joven decente y cristiana.

En la vida de Josefa encontramos la prueba de esto mismo: después que se retiró de todo, tuvo más pretendientes que antes, no solo del pueblo sino también de fuera, ¡si hasta en los pocos días que estuvo en el balneario de Mondariz tuvo un pretendiente, y al parecer de buenas condiciones!





CAPITULO XIV

Su alegría y afabilidad.

Podrá creer alguno por lo dicho en el capítulo precedente que Josefa era tristonra, huraña y retraída hasta el punto de huir del trato y amistad con sus semejantes; y nada hay más lejos de la realidad. Verdad es que hay quien cree que la virtud es triste y malhumorada por naturaleza; que el virtuoso no puede tener alegrías ni satisfacciones, y que ha de huir forzosamente todo trato y relación con los demás. Pero esto no es verdad; la virtud es de suyo alegre, como quien tiene en sí la fuente de la alegría más pura, que es la paz y la tranquilidad de la conciencia, la amistad y gracia de Dios. Ciertamente que la virtud no se compagina con algunas ruidosas alegrías y diversiones del mundo; pero ¿es que no hay más alegría que la vana y pasajera de los mundanos? ¿es que no puede hallarse contento y satisfacción más que en ciertos tratos y reuniones?

Josefa huía, sí, como hemos visto de reuniones y diversiones peligrosas, pero no por eso vivía triste, al contrario, siempre estaba alegre; y esta era una de las cosas que más llamaban la atención a varias de las amigas que la trataban; que siempre la encontraban del mismo tenor, siempre contenta, siempre satisfecha, a pesar de todos sus dolores, a

pesar de todas las dificultades que hallaba para la virtud, y a pesar de toda la guerra que continuamente tuvo que sostener. «Al despertar por la mañana, dice en el n. 34, formaré el firme propósito de pasar el día animosa y alegremente a pesar de todas las penas y tristezas», y aunque no haga muy bien las cosas «tener paz en mi interior a pesar de los pesares. Durante el paseo y distracciones no desalentarme si suelto alguna tontería o cometo alguna falta, o hablo de mí misma. No acostarme bajo una impresión de desaliento, sino de alegría y confianza»; y cuando escribe cómo quería vivir en el mundo, dice (n. 62): «Estar alegre a pesar de los pesares».

Fiel era en el cumplimiento de estos propósitos hasta tal punto que nadie la notó que tuviera dificultad ni contradicción alguna, y aunque varias cosas eran del dominio público, nunca se supo por ella lo que en casa la pasara. Hasta la misma enfermedad parece que ocultaba con su alegre proceder, en lo cual sin duda Dios la ayudaba, pues así que pasaba un par de días regular, su semblante parecía el de una persona enteramente sana. A Dios lo atribuía ella, pues habiéndoselo hecho notar una hermana, respondió: He leído que a varios santos les concedía Nuestro Señor la gracia de tener buena cara, para que los demás no conocieran sus padecimientos; y quizá a mí me pase lo mismo.

Natural es, que quien esta paz y alegría disfrutaba interiormente y la mostraba exteriormente, tratase con la mayor afabilidad y agrado a todos los demás tanto altos como bajos, tanto superiores

como iguales e inferiores. «Debo, dice en el n. 20, >aunque me cueste trabajo, ser más amable y no >decir palabra de mal humor y mucho menos frases picantes»; y en el 21: «No desperdiciaré ocasión >en que pueda decir una palabra amable a los demás, y soportar con amabilidad el carácter de >las personas cuyo trato me fastidie y contrarie, >siendo más atenta con ellas que con las demás. >¡Qué difícil es para mí ser tan dueña de mi lengua que no se le escape ni una palabra poco caritativa! me admiro cuando veo que otros lo hacen: >complacerse en hablar de todos bien, aunque sea >a costa propia, es cosa buenísima; ¡si yo lo hiciese >siempre así!» Y en el 28 propone «estar alegre a >fin de complacer a los que me rodean».

¡Hermosas reglas de conducta que se propone Josefa y que observaba continuamente, y que realzarán extraordinariamente a las jóvenes que como ella las pusieren en práctica! ¡cuánto más sincera y franca amistad reinaría entre la juventud, si en vez de entretener sus ocios en sacar a relucir los defectos de los otros, ya en presencia ya en ausencia todos se tratasen con benevolencia y afabilidad!



CAPITULO XV.

Su humildad

Es la humildad una virtud que lleva a la voluntad del hombre a un sincero abajamiento y desprecio de sí mismo, de modo que no se ensalce desordenadamente ni sucumba al amor desordenado de su grandeza. Tiene por fundamento el verdadero conocimiento de Dios y de sí mismo; pues estos conocimientos llevarán necesariamente al hombre al desprecio de sí. Por eso dice S. Bernardo que *humildad es verdad*, como dijo después Sta. Teresa.

Convienen los Santos Padres y autores ascéticos en que la humildad es el fundamento de todas las virtudes, como fácilmente se puede probar. La humildad, dice S. Cipriano, es el fundamento de la santidad. S. Jerónimo: La primera virtud de los cristianos es la humildad. S. Bernardo: La humildad es fundamento y guarda de las virtudes. San Gregorio la llama maestra y madre de las virtudes, y también raíz y origen de las mismas. Es tan necesaria esta virtud que sin ella es imposible adelantar un paso en la vida espiritual. S. Agustín la compara al cimiento de un edificio, y dice que así como cuanto más alto se quiere levantar el edificio, tanto más profundos y sólidos han de ser los cimientos, así también a la medida que ahondemos y nos ci-

mentemos en la humildad, podremos levantar este edificio de la perfección, y no solo para alcanzar la perfección, aun para conseguir la salvación es necesaria, pues Dios sólo a los humildes da su gracia.

Humilde era Josefa para consigo misma, es decir, en su propia estimación y aprecio: para con Dios, teniéndose por nada ante El y creyéndose indigna de sus gracias y favores: y para con los demás, honrando y considerando a todos según su diversa condición; esto es, respetando y obedeciendo a los superiores, tratando con benevolencia y afabilidad a los iguales, conduciéndose agradable y cariñosamente con los inferiores y teniéndose por la última de todos.

«¡Oh Jesús mío! dice (núm. 32), quiero ser humilde y soy muy orgullosa; dadme vuestra gracia para que sea más humilde, más sumisa, más buena». Contemplando al Niño Jesús, dice (número 47): «¡Qué humilde entre tanta pobreza! ¡cómo me enseña a mí tan orgullosa! pero ya no quiero serlo más». «¿No será falta muy grande en mí, dice en el núm. 72, el querer marcharme con mi Jesús al cielo, siendo lo que soy, tan mala, tan poco mortificada? ¿será que yo me crea buena? ¿será orgullo?. Y en la carta IV, 1, me decía: «Pero ¿cómo he de envanecerme ni enorgullecerme yo?... ¡yo!... si no supiera muy bien lo que soy, lo que he sido... pero no obstante, si ve, padre mío, en mí algo de orgullo (qué locura más grande) dígame qué debo hacer para que desaparezca. Pero le digo que estoy tan convencida de mi nada, que continuamente doy gracias a Dios diciéndole:

»Dios mío, os doy infinitas gracias de que nada soy
»en vuestra presencia; y ¡cuánto gozo!». Y en la VI,
3: «Mire V., cada día me veo más nada, más imper-
»fecta; cada minuto tengo que estar: esto no está
»bien, esto está mal». Y a su amiga en la VII, 1:
»No confiemos en nosotras para nada, pues aunque
»nos parezca somos algo, no somos nada, nada,
»nada». Pidamos humildes, la dice después, y quan-
to más tentadas, con más humildad.

«Jesús mío, escribe en el núm. 25, ¡me gozo yo
»tanto (y os doy infinitas gracias por ello) de ver-
»me que no soy nada en tu presencia!., y al expli-
»car cómo hacía la oración (núm. 65) dice: ¡Hay
»que ver! ¡yo tan pequeñita, que no valgo nada, ha-
»blar con mi Dios! ¡qué bondad tan grande la tuya,
»Dios mío, cuando consientes y gustas y quieres
»que te hable una nada como yo!.. ¡Cómo debo
»humillarme ante mi nada y tu poder! ¡cuánto me
»gozo entonces de verme tan chiquitina, tan pobre,
»diciéndole... ayudadme Vos a conocer más y más
»mi nada y vuestro poder!... ¡Y me gusta tanto pen-
»sar en estos momentos en lo poco que valgo, en
»verme lo que soy, tan pobre, tan chiquitina, tan
»nada!». En varias partes confiesa que solo merecía
que el Señor la hubiera abandonado por sus pecados;
y cuando se queja (núm. 52) de que no siente a
Jesús como otras veces, le dice: «Yo comprendo
»que así es como me debías haber tratado siempre,
»que no merezco nada». «Comprendo que sería yo
»una gran santa, dice en el núm. 21, si yo corres-
»pondiese a las gracias que Jesús me da; pero lo
»que El hace hoy, mañana yo lo tiro y lo deshago».

Y a cada paso reconoce su debilidad, su flaqueza, y que no es digna de las gracias y favores que Dios la da.

Acepta las humillaciones alegremente para imitar en algo al divino Jesús (núm. 21), y se siente feliz en poder ser humillada (núm. 36). En el día cuatro del mes del Rosario (núm. 60) toma la resolución de considerarse... «lo que soy, la última entre todos los que me traten, sentirme yo como la menor de todos, hacer las cosas como si todos fuesen más que yo, y gustar que me traten como si yo no fuera nadie, con desaire, con desprecio!» ¡cuánto me va a costar esto! porque soy más orgullosa... Pero por tí, Jesús mio, y con tu gracia lo cumpliré». Y al día siguiente vuelve a insistir en lo mismo: «Contemplando la humildad de Jesús, hago la resolución de hacerme niña en muchas cosas y dejame guiar como niño que no sabe andar, cediendo siempre de mi parte».

En mil partes propone ser humilde y se lo pide a Dios, y esta misma virtud la recomiendan Jesús y María en sus conversaciones con ella. «No te ensoberbezcas (la dice Jesús, núm. 39), sino humíllate y reconoce que tú no vales nada; que por tí sola ¿qué podrías hacer siendo polvo, nada, miserable pecadora? atribúyemelo todo a mí, a mi gracia; que eres nada, nada, pero con mi gracia y fijos los ojos en mí, lo eres todo y lo puedes todo; sé humilde, que la humildad es la base de todas las virtudes»; y el Niño Jesús la dice (núm. 49) que sea humilde y que la guste ser siempre la última y ser despreciada. Y en la visita a la Virgen ésta la dice que permí-

te Dios sus tentaciones para que aprenda lo poco que vale y lo mucho que necesita de Dios (n. 55); y poco después (n. 56): «Pero humíllate, hija mía,...» ven siempre confesando tu poquedad y nuleza y > maldad, como tú misma dices».

Consecuencia de estas ideas y propósitos acerca de la humildad era el tenerse por peor que todas; así dice que sus hermanas son mejores que ella (n. 28), por lo cual deja para ellas los regalos y diversiones. No la gustaba que la llamasen buena, y la hacía padecer mucho esto; por lo que huía de algunas amigas que con frecuencia ponderaban su bondad. Por último véase en la carta IV, 7, cómo se ocultaba para hacer algunas devociones con el fin de que no la creyeran mejor de lo que para sí misma era; y por la misma razón calló aun a su mismo confesor por mucho tiempo los favores extraordinarios que el Señor la hizo. (n. 71 al fin).



CAPITULO XVI

Su obediencia.

Si la humildad es la base y fundamento de todas las virtudes, ciertamente que de un modo especial lo es de la obediencia. No es necesario discurrir mucho para entender que el que es verdaderamente humilde, con facilidad será dócil y obediente; por el contrario, el que es soberbio lanzará muy pronto aquel grito del ángel rebelde: *Non serviam*, No serviré; es decir, no me sujetaré a nada, no obedeceré a nadie, no aguantaré yugo de ninguna clase. La obediencia es una virtud absolutamente necesaria; Dios ha dispuesto todas las cosas de modo que se dirijan y gobiernen por la obediencia. El mundo material obedece a su modo ajustándose exactamente a las leyes que Dios le ha dado; la familia, la sociedad civil, la Iglesia, toda congregación de seres inteligentes y libres se disgregará si falta la obediencia.

Con el primer pecado se infiltró en el corazón del hombre el espíritu de rebeldía que tanto domina en esta época y que tan dificultosa hace a muchos la obediencia. Para enseñarnosla prácticamente vino al mundo el Hijo de Dios vestido de nuestra naturaleza, y vivió hasta los treinta años obedeciendo en todo a San José y a la Santísima Virgen.

María, criaturas tuyas; y porque se humilló haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz, Dios le exaltó y le dio un nombre sobre todo nombre, dice San Pablo (Ad Philip. II, 8 y 9).


Varias veces junta Josefa estas dos virtudes de humildad y obediencia en sus apuntes: así en las impresiones del día de Navidad de 1922 pide al Niño Jesús que la haga humilde y obediente (n. 48); y el Niño Jesús la dice (n. 49) que sea humilde y obediente; lo mismo promete ella en el día de Reyes (n. 51); y en la carta a los mismos Reyes del año después, dice a estos que cuando estén en el portal de Belén pidan para ella las mismas virtudes de humildad y obediencia.

La importancia que Josefa daba a la obediencia se colige de lo que dice en la cuaresma de 1922 (n. 37): «Amadísimo Jesús, yo nada puedo hacer, ni he hecho en cuaresma, ni ayunos, ni nada algunos días, como estoy mala; pero quiero obedecer, obedecer y obedecer», como quien está persuadida de que la obediencia es mejor que el sacrificio. Cuando escribe cómo querría vivir en el mundo, dice (n. 62): «En casa me sujetaré en todo y por todo a la obediencia, no haciendo nunca mi voluntad sino la de ellos, lo mismo de mis padres y hermanos, que amigos y demás personas, mayores o pequeños; no mirando en ellos nada más que el complacer a mi querido Jesús sólo por amor.... Procuraré trabajar según mis fuerzas sobre todo en los trabajos humildes y despreciativos y que más me molesten, sin quejarme nunca si me mandan más o menos, o mejor o peor; pensando que

»quien me manda es la Virgen, y a quien sirvo a mi
»Jesús».

Fácilmente se comprenderá que no podía menos de ser obediente en alto grado quien estas ideas tenía de la virtud de la obediencia. No tenía Josefa voluntad propia, como dicen sus hermanas; y a disposición de todos estaba en aquellas cosas que sin falta ni pecado podía hacer o dejar de hacer. Y en los quehaceres de la casa, en los recados por el pueblo, que la tocaban de ordinario por ser la menor, siempre fue obediente a los padres y mayores; y en esto como en ciertos trabajos del campo que la encomendaban, estaba pronta y dispuesta en todas ocasiones, haciéndolos con gusto y satisfacción, aun cuando a veces (como sucedía cuando la enfermedad fue adelantando) apenas tuviera fuerzas materiales para lo que la ordenaban, y hubiera de sufrir después las consecuencias de sus esfuerzos por obedecer, pues estaba dispuesta a todo, incluso a morir por obedecer.





CAPITULO XVII

Otras virtudes.

Varios capítulos más podrían añadirse acerca de algunas otras virtudes que adornaban el alma de Josefa; pero por no alargar más este folleto, sólo sumariamente tocaré algunas en este capítulo.

Extraordinaria fue su fortaleza, demostrada en los dos actos principales que tiene esta virtud, que son: sufrir y luchar y acometer; sufrir los trabajos, dolores y peligros sin que el temor nos haga faltar al deber, y luchar contra nuestros enemigos y acometer obras buenas sin temor a los peligros. Va hemos visto cómo sufrió Josefa sus trabajos y enfermedades, cómo afrontó las contradicciones y dificultades que la suscitaban tanto los propios como los extraños; y aunque tan humilde y obediente, sabía resistir fuertemente cuando la ocasión se presentaba. La noche del martes de carnaval de 1924 se empeñaba su padre en que fuera al baile del casino, a lo que ella se negaba; pero tanto insistía el padre, que al fin serena pero decididamente le dijo, que a eso no la podía obligar, ni tenía autoridad para mandar tales cosas. Y no fué.

Pero esta fortaleza ha de venirnos de lo alto, que nosotros no la tenemos; por eso Josefa repite muchas veces que es muy débil, muy cobarde (nú-

meros 9 a 12, 29, 57, &) y pide a Dios la fortaleza que tanto ha menester; por lo mismo se entusiasma cuando oye predicar de la fortaleza de Sta. Teresa (n. 16) y propone imitarla. (V. carta III).

Intima relación con la fortaleza guarda la magnanimidad o grandeza de ánimo, que es lo que significa esta palabra; es decir, no tener nada ordinario, vulgar, ni rastrero en los pensamientos, afectos y deseos. Altos eran los pensamientos de Josefa: honrar y servir a Dios, llevar a El las almas de sus hermanos, sacrificarse por los demás, &. Nobles sus afectos; el amor de Dios, el dolor de sus pecados pasados, la indiferencia y desprecio de las cosas terrenas, el deseo del cielo, &. Elevados sus deseos; querer ser santa, y cada vez más santa, y siempre mejor; he ahí sus aspiraciones. «Si a otras »dice (n. 66) les diera (Dios) lo que a mí, ya eran »santas; pero yo.. ¡Dios mío, Dios mío! yo quiero »serlo». «Sí, padre mío, me decía en la carta VI, 3, »quiero ser santa con Aquel que todo lo puede, si- »guiendo sus pasos y haciendo su voluntad santí- »sima en todo y por todo».

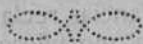
Hija de la fortaleza es también la paciencia, virtud que nos dispone a llevar sin tristeza ni abatimiento, antes bien con alegría, o al menos con resignación los males que nos sobrevienen de cualquier clase que sean. Ya hemos visto lo mucho que tuvo que sufrir Josefa, y por lo dicho de su amor al sufrimiento, fácil es comprender cuán grande era su paciencia, y la perfección que esta virtud añadía a sus obras, pues como dice Santiago (Ép. I, 4). «La paciencia perfecciona la obra».

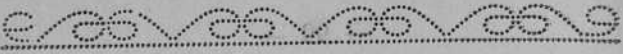
No fue menor su conformidad con la voluntad de Dios, medio efficacísimo para adelantar en la virtud, y que Josefa ejercitaba en todas las cosas, tanto en las favorables, como en las adversas, que fueron las más y en las cuales se da a conocer mejor esta virtud. Hacer la voluntad de Dios es el anhelo de Josefa; «Dios lo quiere, cúmplase su voluntad, yo todo se lo ofrezco», me dice cuando el médico la anuncia el plan curativo (carta IV, 8); y al ponerle en práctica repite casi lo mismo (carta V, 1): «Dice (el médico) que es un método muy pesado y argo; pero Dios lo quiere... yo también, sea bendito por todo». Lo mismo dice en sus tribulaciones (número 30 ya copiado); y con la voluntad de Dios se conforma aun para quedarse en el mundo y no ser religiosa, aunque tanto lo deseaba (n. 62).

Era igualmente notable su piedad, ese agrado y esa dulzura que se pone en el servicio del Señor, tratándole como a padre bondadoso a quien deseamos procurar los goces más dulces y legítimos. ¡Cuántas jóvenes desprecian la piedad! ¡Cuántas madres la temen para sus hijas! Ignoran que como dice San Pablo (I ad Tim. IV, 8), la piedad es útil para todo; ella tiene la promesa de los bienes de esta vida y de la otra. Josefa ejercitaba y alimentaba su piedad en los cotidianos ejercicios de la oración mental y vocal, de la santa Misa con la comunión, de la visita al Santísimo Sacramento, de la lectura espiritual, del rosario de la Virgen María, del examen de conciencia, &, &, además de los que en ciertos días o en circunstancias especiales añadía.

La perfecta abnegación consiste, dice el V. P. La

Puente (Sentimientos &, núm. 66), en una vigilancia grande para sentir los movimientos desconcertados del ánimo y luego reprimirlos y castigarla por ellos; unida a la mortificación aumenta grandemente los méritos y extingue la deuda que debemos pagar por los pecados. Esta vigilancia practicaba Josefa sobre todos los movimientos de su alma, principalmente aquellos que con más facilidad podían impedirle la perfección: así vigilaba y combatía su genio que era naturalmente fuerte y violento, su rabioso genio le llama ella varias veces, y le llegó a dominar de tal manera que quien antes no la hubiera conocido la hubiera creído de temperamento débil y flemático. Combatía igualmente y castigaba sus movimientos de vanidad o respeto humano: iba una vez con ciertos utensilios de casa para lavarlos o fregarlos y vio venir a un joven que había de cruzarse con ella; sintió de pronto vergüenza de que la vieran con aquellos objetos humildes, y maquinalmente trató de esquivar el encuentro; pero al momento reaccionó, y avergonzada de su vergüenza fue por donde era natural que fuera, y más despacio para que la viera mejor. Lo mismo se conducía en otras ocasiones.





CAPITULO XVIII

Su devoción y sus devociones

Muchos son los errores que (al menos prácticamente) hay en el pueblo cristiano acerca de la devoción. Unos creen que consiste en rezar mucho; muchos rosarios, muchos viacrucis, muchas novenas & &, aunque todo se haga atropelladamente. Otros en las penitencias o mortificaciones exteriores; ayunos, abstinencias, cilicios, disciplinas, &, descuidando acaso la mortificación interior. Otros en las obras de misericordia, visitas, limosnas, &; o en dar su nombre a muchas asociaciones y cofradías; o en ostentar muchos escapularios y medallas; otros en fin en otras prácticas devotas. Pero la devoción no consiste en ninguna de estas cosas; son sí medios para adquirirla, o señales de tenerla, y alimento de la misma; pero no son la devoción.

La devoción es, según Santo Tomás, la disposición o prontitud de la voluntad para dedicarse a todo lo que mira al servicio de Dios; y así será verdadero devoto quien está siempre resuelto y siempre pronto a ejecutar todo aquello que redunde en mayor gloria de Dios, conforme a lo que sea posible y las circunstancias reclamen, sean oraciones o limosnas, sean mortificaciones u obras de apostolado. Esta prontitud de la voluntad la poseía

ciertamente Josefa, que se hallaba siempre dispuesta a hacer lo que exigiera el mayor servicio del Señor: pronta estaba a orar, y en ello encontraba su mayor satisfacción, pero tan pronta estaba para obedecer a sus superiores: dispuesta se hallaba a pasar el tiempo ante Jesús sacramentado, pero tan dispuesta se hallaba a buscar nuevas Marías, si se presentaba ocasión propicia: mucho gozaba entretenida con las niñas en el Rebañito, pero el mismo gusto tenía en preparar a un enfermo a bien morir: con gusto sufría por su amado Jesús, pero con gusto cantaba también en los actos del culto en que estaba permitido, y trabajaba en la limpieza y ornato de la iglesia y altares: en fin, no hay obra ni trabajo de que ella fuera capaz y en la que poco o mucho se interesara la gloria de Dios, para la que no estuviera al momento dispuesta, ejecutándola con el mayor cuidado y entusiasmo.

Pero digamos cuatro palabras acerca de algunas de sus devociones, o sea, de sus prácticas piadosas, que significamos también por la palabra devoción. La predilecta fue la devoción a Jesús sacramentado, mas después de lo dicho en el capítulo VIII, inútil es insistir en este punto, por lo cual nada añadiré.

Grande fue también su devoción a la Pasión de nuestro divino Redentor: ya queda dicho que ese era el objeto ordinario de sus meditaciones (cap. X), y para comprender mejor lo que Jesucristo padeció por nosotros propone (n. 8) hacer el viacrucis todos los domingos; mas no sólo los domingos, otros muchos días le hacía sola o con otras.

Tiernísima era su devoción a la Virgen María.

Señal de predestinación es esta devoción cuando es verdadera, y por mediación de María descienden hasta nosotros todas las gracias del cielo; razón por la que todos los Santos han sido devotísimos de la Madre de Dios, y en esa devoción han hallado dulzuras y suavidades inenarrables. Estas encontraba igualmente Josefa: con frecuencia llamaba a María *su querida madre* (números 42, 46, 58, 64); y como una hija acude a su madre, así Josefa acude a María en sus necesidades: a ella clama cuando quiere salir del pecado (n. 3) y obtener de Jesús el perdón; a ella pide ayuda cuando el enemigo intenta impedir que haga la confesión general (núm. 6); cuando quiere hacerse María de los Sagrarios, a ella pide que la enseñe a serlo, y a María propone imitar (números 40 y 41); y que la enseñe (núm. 59) a preparar su corazón de modo que sea un sagrario en que Jesús esté muy bien y del que no quiera marcharse; a la misma acude también para que la enseñe a orar (núm. 66), y para que la ayude a prepararse a recibir al Niño Jesús (núm. 46) y a Jesús sacramentado (núm. 43). ¡Y cuán efusivamente le da gracias lo mismo después de haber hecho la confesión general (núm. 7), que cuando tuvo la resolución suficiente para romper definitivamente con los bailes (núm. 13)! Pero para conocer la filial confianza con que trataba a esta Madre amorosa, léase su Visita a la Virgen (números 53 a 57) que escribió en mayo de 1923; visita que merece en verdad leerse y de la que nada copio porque habría de copiarla toda entera.

Fomentaba Josefa esta su devoción a María con

varias prácticas, públicas unas, privadas otras. Asistía asidua y puntualmente a las primeras, como el mes del Rosario, el de mayo o de las Flores, al ejercicio mensual de las Hijas de María, y demás actos que en honor de la Santísima Virgen se celebran en esta parroquia. Pero a estas prácticas públicas añadía ella otras privadas, como el rezo del Rosario cuando no se hacía en la iglesia, el del Angelus las tres veces acostumbradas cada día (n. 58); el de un Ave María al dar el reloj (n. 7); el deseo de vestir el hábito del Carmen (n. 62) y el obedecer pensando que quien la manda es la misma Virgen, como lo dice en el número 62.

Devota era de San José a quien se encomendaba para que la ayudase a recibir bien a Jesús (números 46 y 48) y para que la enseñase a orar (número 66) y en cuyo honor hacía los siete domingos anteriores a su fiesta, práctica que ya de antiguo observaba.

Igualmente era, como buena avilesa, devotísima de Santa Teresa de Jesús, a la que dice (núm. 5) que quiere mucho, y la llama su madre (núm. 16); a ella acude haciendo los seis domingos para que la alcance la gracia de hacer una buena confesión general (núm. 5) con firme propósito de antes morir que pecar; a ella se encomienda juntamente con la Virgen María, y a ambas da gracias después de haber hecho la confesión y añade «después de mi querida Madre seréis la que más quiera, y os pido me alcancéis de vuestro Jesús la gracia de amarle con un amor parecido al vuestro, que yo en toda mi vida no os olvidaré». A Santa Teresa toma por

maestra de oración (n. 66), como modelo de indiferencia en las cosas terrenas (n. 14), y de fortaleza (n. 16), ella que tan débil se creía, y en fin como modelo en el padecer por Jesús (n. 78).

Siendo natural de San Esteban del Valle, ¿cómo había de faltar a Josefa la devoción al Santo (1), es decir, a San Pedro Bautista, nacido en esta villa? Por eso al marchar a Mondariz me decía (carta VI, fin): «Rece a mi querido Santo por mí; pida en la

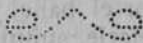
(1) Como en Avila llaman La Santa a Sta. Teresa de Jesús, así en esta villa llamamos El Santo a San Pedro Bautista, santo menos conocido de lo que debiera, hasta en la misma diócesis de Avila; tanto que se les olvidó (o no le conocían) a los encargados de hacer la lista de los Santos para el monumento de la Santa en la plaza de su nombre en Avila; ¡cosa extraña en verdad, pues no son tantos los santos canonizados que hay de la diócesis! Para contribuir por mi parte a dar a conocer a este santo, pongo en esta nota una brevísima reseña de su vida. Nació S. Pedro Bautista, protomártir del Japón en S. Esteban del Valle, diócesis y provincia de Avila, a mediados del siglo XVI. Después de estudiar en Avila y Salamanca, tomó el hábito de S. Pedro Alcántara en el convento de Arenas de San Pedro. En 1580 pasó como misionero a Méjico; de allí a Manila en 1583, y diez años después al Japón, como embajador del gobernador de Filipinas, a tratar de la paz con el Emperador Taicosama, que amenazaba apoderarse de aquellas islas. En el Japón convirtió muchas almas a la Fé, y edificó algunas iglesias, por lo cual irritado el Emperador mandó ponerle en una cruz y alancearle, con otros 25 compañeros. Tuvo lugar su glorioso martirio en Nangasaki el 5 de febrero de 1597. Hizo varios milagros en vida y después de muerto. Fué beatificado con sus 25 compañeros por Urbano VIII en los días 14 y 15 de septiembre de 1627, y solemnemente canonizado por Pío IX el 8 de junio de 1862.

Su pueblo natal se dispone a celebrar el tercer centenario de su beatificación en septiembre de 1927.

»novena y en el día de su fiesta», que fue la única que no presencié. Sin duda fue el Santo el que la acabó de conseguir del Señor la gracia de dejar las diversiones peligrosas; pues al adorar su santa cabeza el día 11 de febrero la dije: Pide al Santo la fortaleza que necesitas; y aquel o el siguiente día fue cuando definitivamente rompió con los bailes y demás (n. 13).

Por último, entre lo que propone pedir en varias de sus obras (n. 33) dice: «Siempre que oiga la divina palabra, la devoción a los Angeles y Santos». Intimo y familiar era el trato con el ángel de su guarda, como claramente lo indican dos hechos citados al hablar de la presencia de Dios (cap. XI), es decir, cuando en el camino de Avila iba con su ángel alabando y diciendo ternuras a Jesús, y cuando dice que bordaron los corporales los tres: ella su angel y Jesús.

Pocas devociones y mucha devoción, decía Santa Teresa; y con esta recomendación a mis lectores pondré fin a este capítulo; no se acumulen tantas oraciones vocales que se hagan atropelladamente; véase las que se pueden hacer buenamente sin faltar a las obligaciones, y esas háganse constante, ordenada y devotamente.





CAPITULO XIX.

Gracias extraordinarias

Al leer los escritos de Josefa encuéntrase ciertas cosas al parecer extraordinarias, gracias místicas que llaman los autores; unas locuciones, varias visiones, & &. Difícil es formar juicio recto y seguro en estas materias; primero porque son de suyo obscuras y difíciles; después por la poca experiencia que de ellas tenemos, siendo tan raras en medio del mundo; y en fin, por falta de examen detenido, pues la mayor parte de estas cosas tardó mucho Josefa en manifestarlas, y cuando quise examinarlo todo más despacio, ocupaciones imprevistas lo impidieron, y poco después murió. Sin embargo de esto, reuniré en este último capítulo lo que ella escribe en varios lugares, para que cada cual pueda formar juicio sobre ello.

La primera vez que dice que el Señor la habló es el 25 de diciembre de 1921, cuando después de comulgar la dijo el Niño Jesús que quería de ella (n. 9) «que le amase mucho y que dejara ciertas cosas que le disgustaban y le hacían poner triste». Esto lo toma ella por el baile, y de aquí la lucha y los esfuerzos por dejarle, aunque aquel mismo día por la noche vuelve a él.

A los pocos días, el 1 o el 6 de enero de 1922

promete otra vez a Jesús no bailar para no disgustarle y tenerle contento, y «porque El mismo me lo >ha dicho (n. 11) que no vaya, que no baile, que >quiere que le ame más y mejor que hasta ahora, ¡cuántas cosas me dijo esta mañana después de recibirle!»; pero no especifica estas cosas. Aquel día parece que fingiendo que la dolía un pie, no fue al baile; y en las siguientes fiestas de febrero le deja ya definitivamente.

El sábado santo de este mismo año (15 abril), víspera de recibir en Avila la medalla de María de los Sagrarios, dice (n. 39) : «Tengo grabadas en el >alma las palabras tan dulces que me dirigió esta >mañana», y son que le ame mucho, que corresponda a su amor, que no le ofenda ni aun levemente, que se lo ofrezca todo en reparación de las ofensas que recibe en el sacramento de su amor. «Fuí a contestar, dice después, y me dijo: Espera, >te tengo que advertir algunas cosas», y estas son que se disponga a sufrir muchas contradicciones y malos tratos, que lo sufra con alegría por su amor, que El estará siempre a su lado, que se acuerde del abandono que El tuvo en el huerto de las olivas, &, y que si llega a hacerlo así, no se ensoberbezca, sino que se humille, pues ella por sí es polvo, nada, miserable pecadora, pero con su gracia lo es todo y lo puede todo. ¿«Cuánto tiempo pasó así? (añade) >no sé. ¡Qué paz! ¡qué dulzura sentía en mi alma!» >sólo le contesté: Ya veis mi corazón, Jesús mío, >dispón de mí como te plazca, &».

La visita a la Virgen que escribió en mayo de 1923 es una hermosa conversación con ella, en la

que se hablan mutuamente como madre e hija; no sé si la escribiría después de haber tenido dicha conversación, o sin haberla tenido.

Por último, cuando estando en Avila quieren llevarla al teatro el domingo de Pasión (2 abril 1922), no viendo modo de poder evitarlo, acude a Jesús que la dice: No temas (núm. 38). Y en efecto llegan a sacar las entradas en el preciso momento en que estas se acaban.

Cierto que en estas locuciones ninguna enseñanza hay extraordinaria, pero tampoco hay nada que desdiga de la verdadera piedad y religión; al contrario, todo induce a la virtud, al amor de Dios; y los efectos se van viendo, pues Josefa pone cada vez más fielmente en práctica lo que en ellas se le recomienda, aunque es contra sus anteriores aficiones y costumbres, y se ve que la cuesta mucho, lo que parece excluir toda predisposición a escuchar tales cosas; en la última el suceso confirma las palabras. Por todo lo cual, si no son verdaderas locuciones, serán por lo menos especiales inspiraciones y llamamientos a la virtud.

Con mucho fervor y consuelo de su alma celebró Josefa las Navidades de 1922, para las cuales se dispuso durante el Adviento. En sus impresiones de la víspera dice (n. 46): «Durante el día dos o tres veces me parecía ver a la Virgen y S. José caminar hacia Belén» y en su borrador en vez de *me parecía ver*, dice *he visto ir*. Al día siguiente, o sea el día de Navidad, describe lo que aquella mañana feliz la sucedió: al ir a comulgar, dice (n. 49), «Me levanté para ir a recibirle en mis brazos y en

»mi corazón, pues la Virgen bendita me le ofrecía
»para que le adorase y besase sus piesitos, ¡lo
»que sentí en estos momentos!... yo no sé decirlo,
»la cabeza parecía se me espeluzaba, todos los pe-
»los de punta, el corazón se me saltaba del pecho,
»me pareció tenerle en mis brazos y al contemplar-
»le a mi Niño tan bello, tan hermoso, tan humilde,
»tan bueno... quise como esconderme y no acer-
»carme a recibirle, pues me veía yo... lo que soy;
»nada, pecadora, indigna de tanto placer; pero mi
»Jesús me tendía sus brazos y me dijo: ¿No te he
»perdonado todo... todo?... acércate, quiero tu cora-
»zón para descansar en él (me da no sé qué poner
»esto; ¡a mí! ¡a mí decir esto! ¡cuánto tengo que
»agradecerle a Él!). Me acerqué a recibirle realmente
»en mi corazón, ¿qué pasó entonces por mí?... me
»quedé embobada, estrechándolo dulcemente con-
»tra mi corazón; le sentía, le oía que me decía... no
»sé cómo decirlo, me lo dijo repetidas veces esto:
»Quiero que seas santa, quiero que me ames mu-
»cho y me entregues sin reserva tu corazón»; & &

En la cuaresma de 1923 tuvo estas visiones que ella refiere en los nn. 69 a 71: «Un jueves después
»de hacer la Hora Santa lloré mucho recordando
»mis pecados; ¡qué dolor tan grande sentía, porque
»con ellos te había ofendido a tí, Jesús mio! al po-
»co rato sentí que yo misma oraba con más fervor,
»pero sin pronunciar palabra, sólo por dentro; de
»pronto vi a Jesús cubierto de sangre por todas
»partes, ¿qué sentí entonces? fue un momento, un
»abrir y cerrar de ojos; no vi más, pero recibí tal
»dolor en el corazón que pensé morir».

«Otro día me fuí al huerto (1) a pensar en El, en mi Jesús, siguiéndome siempre el recuerdo de mis pecados, y si no poder contener las lágrimas rogaba a mi Jesús me perdonase por lo que El había sufrido por mí; ¡cuánto! ¡cuanto sufriríais en vuestra pasión! y le dije: Yo querría sufrir algo por Vos; y me quedé callada como esperando; y mi buen Jesús le vi segunda vez, pero en medio de aquellas fieras que hiriéndole sin compasión le desgarraban las carnes. Aprende, esto es sufrir, me dijo con la mirada, que aun hoy alguna vez me hace estremecer».

«Y por último, el viernes de Pasión le pedí me diera (si lo creía El conveniente), un dolor de cabeza, para penetrar en algo en la corona de espinas que clavaron en su delicada cabeza, y sufrir aquel dolor por tantos y tan agudos como El sufrió; así fue, se me puso un dolor tan grande como si me clavasen agujas, y estaba yo ¡de contenta! dándole gracias y pidiéndole más, más; pero algunas veces tenía que bajar la vista, pues si alzaba los ojos tenía ante la vista aquella corona de espinas taladrando las sienes de mi Redentor. En este día el dolor de mis pecados fue más intenso y sin poder mirar a mi Jesús, de tal manera se grabaron en mi mente las llagas de mi Jesús, que no se han vuelto a borrar de mí».

En la carta III, 2, al referir ciertas cosas que tuvo que sufrir, dice: «Yo no sé cómo, pero me parecía verle a mi lado y se reía diciéndome: Va-

(1) Un huerto que tiene la familia muy cerca de la casa que habitan.

»mos, súfrelo por mí, que te quiero tanto.... Yo
»entonces eché a llorar de alegría; ellas creerían
»lloraba por.... pero no, &». Y en el n. 6, cuando
me cuenta que no la dejaron comulgar, y su pa-
dre la hizo desayunar, dice: ¡«Cuánto sufrí enton-
»ces! solo Dios lo sabe, que siempre tan bondado-
»so y generoso le vi a mi lado con el cáliz y la Sa-
»grada Hostia en sus divinas manos y sonriéndose,
»que me hizo me fueran gratos todos los malos ra-
»tos pasados. Sin desaparecer de mi vista visión
»tan consoladora partimos &».

Después de referir las burlas de que fue objeto
en la función de 1922 por no haber querido asistir
a los bailes, dice (n. 45): «Yo no sé lo que me pasaba
»por la noche, la alegría me hacía estar como fue-
»ra de mí, y yo no sé cómo explicar esto; entraba
»en una habitación a oscuras, y por toda la casa, y
»una luz yo no sé cómo veía sobre mi cabeza, que
»caía de rodillas y así me estaba tiempo, tiempo,
»hasta que me llamaban; ¡con una cosa estaba! sin
»decir nada, me parecía estar allá, lejos, lejos....»

¿Qué decir de todas estas visiones? Sin arrogar-
me autoridad para definir nada, creo sin embargo
que hay razones fundadas para tenerlas por verda-
deras visiones, unas corpóreas, otras imaginarias.
El P. Naval en su curso de Teología Ascética y Mís-
tica, resumiendo lo que más largamente han escrito
otros autores, reduce (núm. 300 y siguientes) a tres
grupos las normas para discernir las gracias místi-
cas: la materia, la persona y los efectos.

Siguiendo estas normas diré que en cuanto a la
materia de estas visiones nada hay en ellas que sea

no ya contrario a la fé y a las buenas costumbres o al recto sentir de la Iglesia, pero ni que desdiga de la virtud y santidad; y todo en ellas es conducente al mayor aprovechamiento, si no de otras almas (porque no se dirigen a otros), por lo menos de aquella a quien se conceden estas gracias. Algunas además tienen los caracteres que Santa Teresa asigna a las visiones imaginarias; esto es, que pasan casi instantáneamente, pero tan fuertemente se imprimen, que sus efectos y recuerdo pueden durar toda la vida. «De lo que me pasó el año pasado en »la cuaresma, dice en el número 69, tan grabado »se me quedó en mi pensamiento y en mi corazón »que no se borrará jamás», y al fin del 71 «pasaban »como relámpagos, aunque se quedaron imborrables en mi alma».

En cuanto a la persona, cierto que, aunque era de complexión robusta, podía estar más o menos debilitada por sus largos padecimientos; y que algún tiempo se la tuvo por muy nerviosa, atribuyendo a los nervios su enfermedad (si bien después se vio que no era así, y que se achacaba a los nervios lo que sencillamente no se conocía); mas por otra parte sus virtudes, su conducta toda, nada tiene que repugne o se oponga a que el Señor la concediera estas gracias, antes bien sus muchas pruebas y su oración parecen estar conformes con ellas. Josefa por otra parte tampoco procuraba ni ambicionaba estas gracias; muy poco había leído de estas materias cuando empezó a tenerlas, y mucho menos pensaba en manifestarlas a otros o en hacer alarde de ellas, sino que todo lo ocultaba, aun a mí

mismo por algún tiempo; para que escribiese lo de la cuaresma de 1923 tuve que decírselo más de una vez, y cuando lo hizo ya había transcurrido un año o más.

Por último, los efectos son manifiestos; va progresando de día en día en las virtudes, sobre todo en la humildad, en la obediencia, en el amor de Dios, en la paciencia y en la alegría en los sufrimientos; en vez de envanecerse por estas gracias se tiene por indigna de ellas, se avergüenza de sí misma al escribirlas. «Me da no sé qué poner esto» dice en un paréntesis del n. 49; y pone fin a la relación de las visiones de la cuaresma de 1923 con estas palabras (n. 71): «Y ahora yo digo, ¿habré yo correspondido a tantas gracias y tan grandes? con pena tengo que confesar que no, ¡Dios mío! ¡Dios mío! Y si no le conté todo esto, es porque primero pasaban como relámpagos, aunque se quedaron imborrables en mi alma; y porque como no era buena, no me creía digna de esas cosas; y creía que era que quería yo pasar por buena sin serlo, si lo decía».

En muchas ocasiones no se atribuye nada a sí misma, ni aun con la ayuda de la divina gracia, sino que atribuye todo el éxito a Jesús, y así le dice (n. 13): «Triunfaste tú, Jesús querido... mucho te ha costado, ya lo has visto &» y en el n. 39: «Pero no soy yo, es mi Jesús... suya es toda la victoria, suyos estos sentimientos, tuyas las aspiraciones de mi alma, suyo es todo, porque yo no tengo nada, nada, sino miserias». Y así en otros lugares.

También creo que la concedió el Señor el don de lágrimas para llorar principalmente sus pecados y los dolores de Jesucristo en su pasión.

Como advierte el citado P. Naval (núm. 203), siempre se han de tener estas gracias por inferiores a las de contemplación infusa propiamente dicha, por más que el vulgo las tenga por efectos e indicios de una santidad consumada. Pero también creo que Josefa tuvo esta contemplación, por lo menos varias temporadas; entonces creía ella que no hacía nada de provecho, que perdía el tiempo, & &. Y en esto ya no estoy tan solo, pues lo mismo opinaba el Sr. Penitenciario, que la confesó y trató algún tiempo. Esto indica ella, aunque sin conocer tal nombre, en los pasajes que siguen. «Me pasaba algunas veces (n. 68) que sin pensar, ni saber, ni esperar merced tan grande como lo que me ocurría estando ante el Sagrario y especialmente después de comulgar; no puedo expresar lo que ocurre entre Jesús y yo cuando esto ocurre: cuando menos lo pienso siento una dulzura tan grande, siento tan cerquita a mi Jesús, que se pasaría no sé el tiempo sin darme cuenta de nada; y aunque mucho tiempo pase y esté de rodillas, no lo noto; cuando es así, no le veo como otras veces me parece verle, nada más le siento ahí junto a mí; no sé decir cómo es esto, pero veo tan de verdad que es Él, mi Jesús, que no me cabe duda ninguna .. Otras veces no decía nada, sintiéndome muy dichosa y muy feliz; así pasaba el rato hasta que me tocaban para decirme que era hora.»

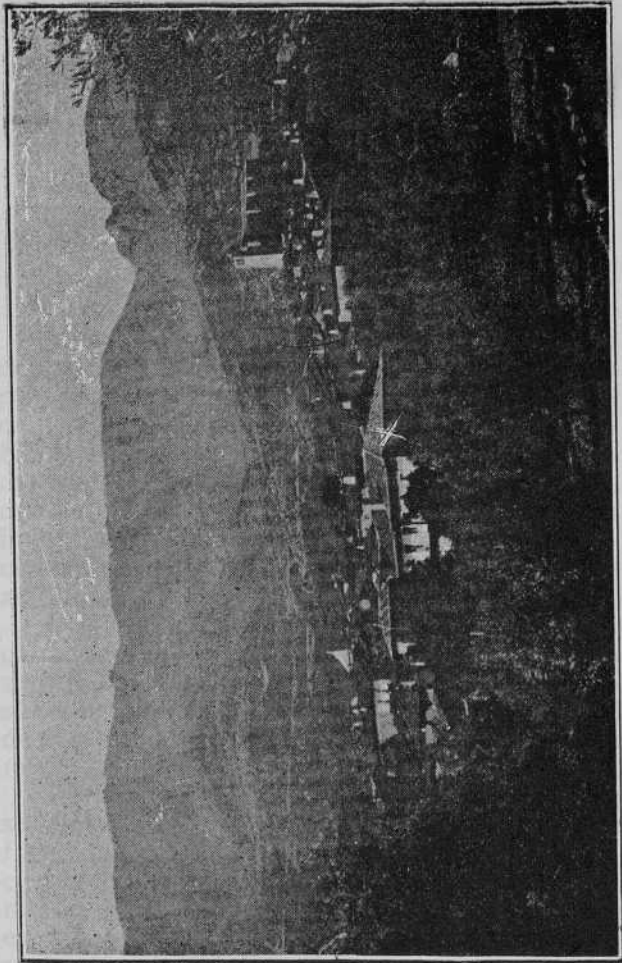
Y en la carta IV, 5 me decía: «Me ocurre, mire

»V., que cuando recibo a mi Jesús en mi corazón
»me quedo no sé cómo, al momento me toca Bea-
»triz y me dice: Vamos; y yo no he dicho nada; so-
»lamente he empezado a decir: Ya estás conmigo,
»Jesús de mi alma, y ya yo estoy contigo; y le sien-
»to, le veo, y en aquellos momentos me siento allá,
»allá, lejos, disfrutando de una paz y una dulzura
»&». Preguntada la compañera que la avisaba qué
tiempo solía transcurrir, me ha contestado que si
comulgaban después de Misa, un cuarto de hora,
y si antes de Misa, toda la Misa.

Por fin el día primero del mes del Rosario
(n. 58) cuenta que al abrir el sagrario «Me parecía
»que me miraba y me decía: Amame mucho, no
»seas mala, sufro mucho y quiero que seas mía; yo
»le dije: Siempre te querré muchísimo a Tí solo,
»¿verdad Jesús mío? y me pareció que hasta se rió.
»Así pasé mucho rato, ¡más bien! ¡más contenta!...
»y vi que ya estaban rezando el Rosario.»

Terminaré con este hecho que ha referido su
hermana Consuelo después de la muerte de Josefa.
Al acostarse una noche vio a Josefa dormida al pa-
recer como otras noches, pero con un semblante
tan alegre y tan risueño que la causó mucha extra-
ñeza: la llamó, la movió, mas no la respondía ni des-
pertaba como solía, y la dejó. A la mañana siguien-
te la dijo: Pero chica, ¿qué te pasaba anoche que
no me contestaste por más que te llamé y aun te
moví? ¿Cómo te iba a contestar, respondió Josefa,
si estaba viendo a la Virgen?





SAN ESTEBAN DEL VALLE, VISTO DESDE EL SUR. (A la izquierda se ve la ermita del Santo.





SEGUNDA PARTE

Sus Escritos

Al entrar el adviento de 1922, viendo el fervor de Josefa, la dije que se preparase lo mejor posible para recibir al Niño Jesús, y el día de Navidad escribiese las impresiones de aquel día o lo que el Niño Jesús la inspirase. Entonces fue cuando ella me manifestó que ya tenía escritas muchas cosillas, que hacía más de un año que venía anotando sus impresiones, según podía. En efecto, ya en esa fecha tenía escritos los 45 primeros números y acaso algo más.

Comenzó a escribir por consolarse o desahogarse, como al principio dice; continuó para que la sirviera de estímulo para mejor amar y servir a Jesús; y después porque la parecía que Jesús gustaba de ello; en fin, algunas cosas las escribió por orden mía.

No serán en verdad modelo de lenguaje; acaso se repita en algunas cosas, o ponga como suyas frases que quizá tomó de algún libro; pero si se recuerda lo que ya he advertido, que Josefa no tenía más instrucción humana que la que adquirió en la escuela de Instrucción Primaria, ciertamente que no podría esperarse tanto.

Porque en sus escritos no he hecho cosa de importancia; numerar los párrafos para facilitar las citas; poner alguna fecha que Josefa no había puesto; pero que se deduce ciertamente de lo que ella dice; añadir *tomándolo de sus mismos borradores*, algunas cosillas que ella había suprimido al ponerlo en limpio; corregir las faltas de ortografía, y enmendar algunas, muy pocas, frases que no expresaban bien la idea, aunque de los antecedentes y consiguientes podía sacarse el verdadero sentido. He aquí mi única labor en los escritos que siguen, a los que se añadirá alguna nota cuando parezca oportuno.

(Debió escribir esto hacia fin del verano de 1921)

1.— ¡Dios mío! ¡Dios mío! yo no sé lo que tengo, no sé lo que me pasa; tengo unas ganas de encontrar una persona con quien yo pudiera desahogarme... contarla lo triste que estoy... que no sé lo que me pasa; que no tengo nada más que ganas de llorar; pero no tengo confianza con nadie, y no pudiendo callarme más, me viene al pensamiento escribir las impresiones que tengo; y desde que me he propuesto hacerlo, estoy más conforme ¡qué tonta soy!; pero me parece se lo estoy contando a alguien, aunque nadie verá esto que voy a escribir.

2.— Hace ocho días o más que yo misma no me sé explicar lo que me pasa; siento en mi interior una cosa que me hace estar intranquila, triste, no quisiera más que llorar, me vienen deseos de... no sé explicarme, así como que quiero yo ser buena (¡tan rabiosa como soy!), y me dan unas ganas de decirle cosas a Jesús, de amarle mucho; pero me

veo tan mala, me acuerdo tanto de... ¡Dios mío, Dios mío! ¡qué mala fui y qué mala soy! ¡cuánto sufro y cuánto lloro! y pensando en lo que le ofendí, me da vergüenza pensar en que quiero... ¡oh! no... yo no, no, no soy digna. Si yo se lo contara todo a D. Anastasio, si le dijera lo que sufro, que no soy buena, pero que quiero serlo, que me ayudara él a ser buena, que yo quiero amar mucho a Jesús...; pero no me atrevo. ¡Dios mío, Dios mío! tú ya sabes que quiero ser buena, que quiero amarte mucho; también sabes lo mala que fui y lo que me pesa haberlo sido; Vos sabéis que sufro muchísimo, que llorando os pido perdón de todos mis pecados, los cuales no se apartan de mi imaginación: y más los días aquellos en que, aunque sufría porque os ofendía, no dejaba de ofenderos, no tenía resolución para decir: «Dios lo ve todo y no quiero ofenderle»: ¡cuánto sufría! ¡qué vergüenza me daba! ¡Dios mío, Dios mío! ¡qué mala fui! y después ¡qué remordimientos! pues me daba miedo... y yo... no sé cómo explicar lo que yo sentía; cómo decir yo... no, no ¡qué dirán tan buenos como deben ser todos, y ¡yo iba a descubrir! y ¡Dios mío! ¿por qué temí? ¡cuánto me pesa! fui a comulgar dos veces sin decirlo; ¡cuánto sufrí y cuánto lloré! ¡Dios mío, perdón! nunca me cansaré de pedirte. Y tú, Dios mío, tan bueno, tan misericordioso, no me abandonaste, sino al contrario me animaste, y tu gracia me ayudó para hacer una buena confesión, y ¡qué contenta me quedé! Pero en cuanto me vi libre de los remordimientos, ingrata y desagradecida volví a ser la misma de antes, con mi rabioso genio y tan

amiga de las diversiones y vanidades del mundo.

3.—Pero desde hace ocho o diez días yo no sé lo que tengo; me parece que no me confesé bien; yo quiero hacer confesión general y no me atrevo; me parece que Dios lo quiere para que me arrepienta, y deje de ofenderle, y le ame mucho, pero... Dios mío, pienso yo, ¿no será una idea mía o me lo imagine yo? Porque (pienso llorando) ¿cómo va a querer que yo le ame, cuando después de ofenderle y El perdonarme, le dejé sin acordarme más de El, ni de lo que había hecho conmigo? ¡Ay, ay, Dios mío! no puedo más. ¿Cómo vais a querer que os quiera y os ame una como yo? esto es lo que me hace sufrir; mas ¿qué hacer?

Virgen bendita, madre mía, a tí acudo, en tí confío; dime, madre querida, qué hago para ser digna de tu Jesús; ayudadme Vos, madre mía amadísima, llorando os pido os pongáis en mi favor; me pongo bajo tu manto para que me ampares y defiendas; madre mía, recuerdo bastante lo que he ofendido a vuestro querido Jesús y quisiera hacer (porque eso me parece que quiere Jesús) una confesión general de mi vida para más tranquilidad, y arrepentida y purificada amar más y mejor a vuestro Jesús, ¡que tengo unas ganas de quererle! pero me da vergüenza; madre mía, madre mía, tened piedad de mí.

(Lo que sigue debió escribirlo en octubre de 1921)

4.—¡Cuánto tiempo hace que no escribo nada! pero me encuentro igual o peor; sufro más, porque yo quisiera querer mucho a Jesús, decirle que le

amo mucho, pero no me atrevo a decirle nada; me parece a mí que yo amo a Dios y quiero amarle mucho, y sin embargo no hago nada por El, ¿cómo va a creer que yo quiero amarle? ¿cuando tardo tanto en entregarme a El por completo, y me cuesta trabajo confesar mis faltas, y un día por otro, todos los días lo voy dejando? ¡qué ingrata y miserable soy, Dios mío!

5. — Hoy 30 de octubre de 1921. — He empezado los domingos a Santa Teresa de Jesús (porque yo la quiero mucho) para que me alcance con sus ruegos a Jesús, el que yo haga una buena confesión y, con firme propósito de antes morir que pecar, ame a Jesús con un amor parecido al suyo.

6. — 2 de diciembre. — Hoy es viernes y siento una emoción, un contento... ya el domingo termino los domingos a Santa Teresa, y mañana estoy resuelta a hacer confesión general: todavía me viene la tentación de dejarla, pero con la gracia de Dios y la Virgen y la ayuda de Santa Teresa la haré; solo en pensar que me voy a confesar me salta el corazón de alegría.

7. — 3 de diciembre de 1921. — ¡Gracias, Dios mío, gracias! ¡cuánto os debo! ya me he confesado esta tarde; ¡qué a gusto! ¡qué contenta! ¡qué tranquila estoy! ¡qué feliz soy! ¡qué bueno sois, Dios mío! Al quitarme del confesonario me ahogaba, no puedo explicar lo que sentía, lloraba, sí, pero ¡cuánto quería llorar! ¡cómo sentía entonces el haberos ofendido tanto! pero ya no quiero ofenderos más. Como me ha dicho muy bien el Sr. Cura, ahora a ganar el tiempo mal perdido, y a corresponder a

las gracias que Dios nos dé, ponernos en sus manos con entera confianza de que El nos ayudará a triunfar de nuestros enemigos; oh, ¡cómo me ha animado a que sea buena! oh, ¡si yo también lo quiero! Después de confesarme no pude decir nada más que: Gracias, Dios mío, perdón, Dios mío. Así me llevé un rato diciendo y llorando, pero ¡con un gozo! ¡con una cosa!...

¡Cuántas gracias tengo que darte, Dios mío! ¡cuánto tengo que agradecerte a tí también, Virgen bendita! ¡madre mía de mi alma! te doy mil gracias; desde hoy seréis mi verdadera madre y yo vuestra agradecida hijita, todo os consultaré, para todo os pediré consejo, y toda mi vida y todas mis cosas las pongo en vuestras manos para que Vos me protegáis en todo. Te prometo, madre mía, sólo por obsequiarte y alabarte, rezar por lo menos un Ave-maría cuando dé el reloj, y pediré siempre perdón a tu Jesús diciendo: «Jesús mío, misericordia y perdón», tres veces. Y a tí, Santa Teresa de Jesús, también estoy agradecidísima, y después de mi querida madre seréis la que más quiera, y os pido me alcancéis de vuestro Jesús la gracia de amarle con un amor parecido al vuestro, que yo en toda mi vida no os olvidaré.

8.—4 de diciembre de 1921.—Ya terminé los domingos; esta mañana al ir a comulgar, nunca podré expresar lo que sentía; ¡qué bueno es Dios conmigo! Estaba muy contenta, pero ¡me daba una vergüenza!... no podía alzar la vista a la Sagrada Hostia; pues me parecía ver a Jesús, que me miraba sonriéndose, y yo me encontraba acobardada, no

me atrevía a decirle nada, pero en mi interior ¡le quería más...! y cuando comulgué, cuando le recibí en mi corazón, no sé lo que pasó por mí; quería decirle cosas a Jesús, y no podía; no dije nada más: «Yo quiero amarte mucho a tí solo». Después, animada por ver a Jesús contento, le dije muchas cosas, le dije, «Mi amor y mi todo» con una alegría... hasta hoy no me he atrevido a decir a Jesús que yo quiero ser solamente suya, y he prometido no volver a pecar queriendo yo. ¡Oh Jesús, mi dueño-amado! ¡cuán dulce es experimentar tu amor! me veía privada de él hace algún tiempo y ahora lo he recobrado de nuevo, y no quiero perderle por nada del mundo; ayudadme Vos, Jesús querido, a seros fiel. Desde hoy todos los domingos haré el viacrucis para comprender mejor lo que sufristeis por mí.

9.—25 de diciembre de 1921.—¡Qué contenta, qué alegre fuí esta mañana a recibir al Niño Jesús! le dije muchas cosas, y El también me dijo algunas; me dijo que quería de mí, «que le amase mucho y »que dejara ciertas cosas que le disgustaban y le hacían poner triste». Y a mí me parece que es el baile; ¡tengo unas ganas de dejarlo! pero... yo no sé cómo soy de débil; esta mañana le dije: «¡Jesús mío! »yo quiero dejar todo lo que te haga poner triste, »toma mi corazón, hazme buena, que yo quiero »quererte mucho».

10.—Es de noche, y mientras ellos ríen, yo escribo. ¡Dios mío! ¡cuán mala soy! ¡desagradecida y todo lo peor soy! ¡cómo merezco que me despreciéis y me abandonéis por no corresponder a lo que Vos

queréis de mí! ¡tan feliz como soy, tan contenta como estoy con Vos! y por no disgustar, por no hacer el ridículo, he preferido disgustarte a tí, Jesús querido, que tanto me quieres... que tantos favores y gracias me has dado, que cuando tanto sufría, Tú me consolaste y quisiste que te quisiera una ingrata como yo. ¿Cómo vas a creer en mis promesas? ¿cómo vas a creer que yo te quiero? me da vergüenza pensar que esta mañana te recibí en mi corazón tan contenta, tan alegre, y que te prometí amarte más que a nadie, no disgustarte por nada ni por nadie, y esta tarde al baile al casino sufriendo porque iba, pero cobarde y sin resolución para decir: «Yo quiero mucho a Jesús y no quiero disgustarle yendo por la mañana a recibirle en mi corazón y decirle que le amo mucho, y por la tarde echándole de nosotras para ir al baile al casino». Así debiera yo haber dicho; ¡yo! que digo que quiero amarte mucho, yo que te debo tanto... Pero se reirán de mí, haré mal papel, y ¿no es esto lo que quisiera yo querer? Cobarde que soy, y que todavía no tengo ese cariño que debo tener a Jesús. ¡Dios mío! ¡Jesús mío! merezco que me abandonéis y me dejéis sola... pero entonces ¿dónde iría a parar? ¿qué sería de mí? Perdonadme, Dios mío, tened piedad de mí, que soy tan desagradecida, tan débil y tan mala. Yo os pido vuestra gracia para prometeros no volver a disgustaros yendo a los bailes; que aunque no se peque, se os disgusta y os ponéis triste, y yo quiero veros muy contento.

11.—1 o 6 de enero de 1922.—Hoy ha habido baile otra vez; pero yo esta mañana prometí a Jesús

no bailar para no disgustarle, y tenerle muy contento; y lo primero porque El mismo me lo ha dicho; que no vaya, que no baile, que quiere que le ame más y mejor que hasta ahora; ¡cuántas cosas me dijo esta mañana después de recibirle! ¡oh cuán deliciosos son los momentos que siguen después de recibir a Jesús en mi alma! ¡cuánto me amáis, Jesús querido! y yo... ¡cuán poco! que después de recibir tantas gracias de parte de Vos, yo todavía soy débil, soy floja aún, todavía siento el qué dirán, y esta tarde sin resolución para decir; «no quiero bailar», he dicho me dolía un pie y no podía. ¡Oh Jesús mío! cuándo llegará el día en que por tu amor lo deje todo, despreciando y aborreciendo de todo corazón estas diversiones peligrosas, que lo son, y lo son, aunque a nosotras nos parezca que no, y lo diga quien quiera; yo no quiero, no, Jesús mío; ayudadme Vos y dadme vuestra gracia para por fin salir de este estado de intranquilidad (y bien sabéis Vos cómo estoy de triste, y no sé cómo, nada más por mi poca firmeza y cobardía), y alejada de todo peligro te ame a Tí solo con todo mi corazón, y así me verá libre de esta tristeza que me hace llorar sin cesar. Cuánta razón tiene el Sr. Cura (al que tantas veces hemos desobedecido, y no hemos hecho caso de sus consejos y reprensiones), que me dice: que bien está el llorarlo, pero llorando sólo, no se adelanta nada; que el remedio le tengo en la mano; que si de verdad quiero amar a Jesús, si como digo quiero darle gusto, salte por cima de todos los qué dirán, que teniendo a Jesús con nosotros ¿qué más queremos?—Que dicen que hacemos el ridículo;—

que más ridículo hacemos bailando; que correspondamos a sus gracias y El nos ayudará en todo. Así quiero hacerlo con vuestra gracia, Jesús querido.

12 -4 de febrero de 1922.—Esta tarde al salir de vísperas ya han empezado a hablar del baile de mañana, ya le tienen preparado; y yo ¿qué haré? ¿cederé o estaré firme en mis propósitos? estoy así como excitada, nerviosa, y no quisiera más que llorar, y es—lo confieso—porque dudo de mí, me parece me falta esa resolución firme de no ceder. Dios mío, ¡qué débil soy! ¡ayudadme Vos Jesús querido!... Ya esta tarde de que no he estado contenta y hablando como ellas, han empezado a llamarme ridícula y no sé cuántas cosas más; y que quiero sobresalir de todas, que si me creo yo mejor que ninguna ¡oh qué ganas tengo de llorar! ¡yo! ¡yo me voy a pensar soy mejor que ninguna! ¡yo, yo que sé que soy tan mala! bien sabéis, Jesús mío que no es así; bien sabéis cómo soy; y yo también sé que no valgo nada, no soy nada, pero que sí quiero serlo con tu gracia; y que no lo hago por aparecer mejor, sino porque sé os disgusta, y yo quiero que estéis muy contento.

13.—12 de febrero de 1922.—¡Dios mío, Dios mío! no sé lo que siento, no puedo explicar lo contenta que estoy; gracias, Dios mío, gracias, Jesús de mi alma, gracias, Virgen bendita; ¡cuánto os debo y cuánto os tengo que agradecer! ¡qué contenta estoy! ¡qué alegría siento desde que con vuestra gracia... y tanto como me habéis ayudado, y yo malona, sin tener (porque no quería de verdad, aunque yo decía que sí, ahora lo veo) fuerza de vo-

luntad y resolución para dejar diversiones peligrosas, en las que a tí, Jesús mío, te disgustábamos; pero ya con tu gracia triunfaste Tú, Jesús querido, y yo soy más feliz que nunca; mucho te ha costado, ya lo has visto, pero Tú me has querido más que yo a Tí, y me has hecho comprender que si como digo quiero amarte, tenía que dejar las ocasiones peligrosas, esos bailes del agarrado, en los que se dice no se te ofende, pero es fácil ofenderte; ya por fin renuncié, ya hasta me molestan.

14.—Todavía el día del Santo por la tarde y al otro día, ¡cuánto sufrí y cuánto lloré! y aunque me vine a casa, me descalcé, fingí tener dolor, y llorando pedía me dejaran, que no quería, vinieron a llamarme todas; y mi hermana me llamó imbécil, ridícula; y también lloraba (ella) porque (yo) no quería, que qué dirían, y qué sé yo qué más; y mi madre me dijo: Ve; y todavía cobarde me fui con ellas, y encima ¡que rabiosa me puse!... Dios mío, ¡cuándo dominaré mi genio! En el baile dije no bailaba; pero tanto me porfiaron... y yo sin resolución ni nada bailé dos vueltas, y ¡cuánto sufría! me acordaba de Jesús en el Sagrario, me parecía verle triste mirándome, me acordaba de mis propósitos, y ¡con cuántas ganas hubiera echado a llorar en medio del salón! Salí por fin, no sé cómo salía, con una firme resolución de no volver a bailar; y por fin ya con la gracia de Dios tan grande le he dejado; y ¡qué alegría siento más grande! ¡qué tranquilidad! ¡qué gusto! ¡si yo pudiera decirles a mis amigas lo feliz que soy!... ¡si las pudiera yo demostrar lo contenta que estoy, y decirlas; «Nunca he sentido alegría

«tan... no se cómo»; ¡qué regocijo! Gracias os doy, Jesús mío, y ya que me has hecho pasar días tan felices y contenta, y me has dado tu gracia para por fin despreciar los vanos contentos del mundo, yo os pido me concedáis la gracia de no volver nunca atrás, y la de amaros más y mejor; os ofrezco mi ser todo entero, ya no quiero pensar más en mí, sino en amarte y darte gusto en todo; ya sabes, Jesús querido, que soy muy débil, pero os recibiré todos los días que pueda en mi corazón y Vos me daréis fuerzas para vencer.

15.—12 de marzo de 1922.—¡Oh Jesús mío, cuánto te debo, y cuán feliz soy! por mucho que sufra, por mucho que haga por tu amor, todo es nada en comparación a lo que Tú has hecho por mí: ¡cuánto quieres a esta pobrecita pecadora! y ella ¡cuánto te va a querer!...

Estoy en Avila; hace unos días que me trajeron, porque estoy poco bien, a ver si mejoro; pero me parece a mí que... Ya llevo dos años que ¡cuánto sufro! ¡cuántas veces me parece me voy a morir! pero no quiero quejarme, Jesús mío, no; esto y mucho más tengo merecido; no diré ni me lamentaré a nadie de lo que estoy sufriendo; solo Tú lo sabrás, ya que a Tí te lo ofrezco. Indiferente me pondré a todo, diré con mi madre Santa Teresa de Jesús: «Dadme muerte, dadme vida, dad salud o enfermedad, &», tu voluntad es mi vida, yo a todo diré que sí.

16.—¡Ay, qué impresiones tan gratas tengo del primer día del triduo de Santa Teresa de Jesús! ¡qué será en el cielo! nos colocamos a los pies de

La Santa, contemplándola tan... rica, tan hermosa como estaba, y con tanta música y tantos cantos tan preciosos y conmovedores, que no puedo expresar lo que sentía, me parecía aquello el paraíso. (1). Luego el orador tan sabio, tan elocuente, qué bien exponía las virtudes de La Santa, sobre todo su grande fortaleza y lo valerosa que era; cómo

(1) Josefa había llegado a Avila el 8 de marzo, y vivía con su hermana Serviliana, que estaba estudiando para maestra, en la Carretera de Madrid, núm. 1, piso bajo, casa de doña Elisea.

El 9 de marzo comenzó el triduo preparatorio del Centenario de la canonización de Santa Teresa, y Josefa fué por la tarde a la Iglesia de La Santa, donde se celebró aquel día la función religiosa: dirigía el gran coro musical el P. Iruarrizaga C. M. F.; y predicó elocuentemente, enaltecendo sobremanera la fortaleza de La Santa, el Excmo. Sr. Eijo, entonces obispo de Vitoria.

Todo lo que sigue hasta el número 41 inclusive lo escribió en Avila. Solía ir a misa a la Catedral, y allí se confesó varias veces con el M. I. Sr. Penitenciario, D. Justo Sánchez, que fué su director durante los cuarenta días que Josefa pasó en Avila. A pocos días de llegar la ocurrió lo del pie, como lo cuenta en los números 17 y 18, y la curó el practicante D. Demetrio San Segundo. Aprovechando la quietud a que la obligaba el pie malo, en la segunda quincena, de marzo y hasta el 2 de abril, escribió desde el núm. 19 hasta el 37.

El 16 de abril, Pascua de Resurrección, D. Justo la impuso la medalla de María de los Sagrarios en el altar de la Virgen de la Caridad de la Catedral. El 17 regresó al pueblo. El 18, como lo cuenta en el núm. 42, fue al convento de Arenas, donde aquel día se celebraba el tercer centenario de la beatificación de San Pedro de Alcántara. Luego hubo en el pueblo misiones dadas por los PP. Paúles, como preparación para la visita pastoral que el Sr. Obispo hizo a la parroquia de San Esteban el día 30 del mismo abril: de todo lo cual habla Josefa en dicho núm. 42 y en el 43.

pensaba yo me hacía falta siquiera un poquitín de su fortaleza y valor (¡tan cobarde como soy!) como le pedí y se lo pediré siempre; cómo me pareció me decía: «Hija mía, sé valerosa, no te acobardes por nada, acude a mi Jesús y El te ayudará». Así lo haré, madre mía.

17.—... de marzo.—¡Ay, Dios mío! ¡seas bendito por todo! ¡cuánto sufro! ya me cuesta mucho andar; esta tarde al venir de paseo venía mareada; ¡qué mal me encontraba! pues tengo un dedo que no sé lo que tengo en él, está inflamado todo el pie, y tal dolor tengo que me hace poner mareada. Esto no lo sabe nadie (creen que los mareos son porque otras veces también me pongo poco bien por mi mal estado); quiero sufrir en silencio hasta que no pueda más, pues es lo único que me gusta; quiero sufrir, sufrir por todos los medios; aprovecharé estas ocasiones para mortificarme interiormente, y especialmente buscaré aquellas que siendo desconocidas de los demás me den algo que sufrir, y no me lamentaré, ni siquiera bromeando, de lo que haya tenido que sufrir.

18.—Hoy ya me han notado cojeaba, ya no podía más, ¡Jesús mío! y me ha visto un médico y teme se haya careado el hueso, y dice tendrán que cortarme el dedo; ¡qué alegría! ¡qué gusto! así sufriré un poquitín por El. Me ha lavado la herida y me ha hecho la operación; cómo tiraba de la piel inflamada, cortando sin compasión lo que le daba la gana; ¡qué chiste!, me decía: chille V., grite, llámeme lo que quiera; pero con tu gracia, Jesús mío, y por tí, lo sufrí calladamente; tenía debajo de la

piel que me quitó tres llagas, una ya llegaba al hueso, pero me las ha quemado y no las dejarán pasar. Como me ha recomendado el mayor sosiego, no ando nada; me da risa verme el pie tan envuelto; y aprovecharé los días estos, en que no saldré nada, en escribir.

19.—Ya sabes, Jesús mío, lo que en mi corazón pasa; y quiero escribirlo para que algún día sea una prueba más de las gracias y favores con que enriqueces a una ingrata como yo. Las impresiones que tengo, los afectos que salen de mi corazón, Jesús amado, las promesas que brotan espontáneamente del fondo de mi alma es muy difícil se borren; pero pudiera suceder que olvidando ingratamente tantas gracias e inspiraciones, con las que me habéis atraído a Vos, Jesús querido, después (no puedo menos de llorar al recordar lo alejada que estaba de Ti, y Tú tan generoso me hiciste ver lo dulce que era tu amor) después me olvidara de todo (no lo consintáis nunca). Quiero escribirlo todo para que el día en que me vea flaquear y vencer, la lectura de tantas gracias y de estos pequeños propósitos me animen a continuar, siquiera por no parecer ingrata; pero no, que todo esto sea para más y mejor amarte, y no aflojar nunca, nunca. Así sea.

20.—Mira, Jesús mío: Buscaré cuidadosamente todo aquello que más me fastidie, en especial si es cosa práctica. Me privaré de toda golosina, y si me es posible, no comeré nada entre día, evitando con todo el que lo noten. Debo, aunque me cueste trabajo, ser más amable y no decir palabra de mal humor, y mucho menos frases picantes.

21.—En cuanto me sea posible rezaré mis oraciones de rodillas, o si no, en una postura incómoda. Aceptaré alegremente si puedo las humillaciones para imitarte en algo, mi divino Jesús: renuevo el propósito de aprovechar las ocasiones de mortificarme interiormente, en especial aquellas que, siendo desconocidas de los otros, me den algo que sufrir. No desperdiciaré ocasión en que pueda decir una palabra amable a los demás y soportar con amabilidad el carácter de las personas cuyo trato me fastidie y contrarie, siendo más atenta con ellas que con las demás. No hablaré de mí misma ni en bien ni en mal. ¡Qué difícil es para mí ser tan dueña de mi lengua, que no se le escape ni una palabra poco caritativa! me admiro cuando veo que otros lo hacen; complacerse en hablar de todos bien, aunque sea a costa propia, es cosa buenísima, ¡si yo lo hiciera siempre así! Comprendo sería yo una gran santa, si correspondiese a las gracias que Jesús me da; pero lo que El hace hoy, mañana yo lo tiro y lo deshago; yo amo a Dios y sin embargo no hago nada por El, ¿cómo va a creer pues que yo le amo?

22.—Muy amado Jesús; aunque todos me abandonen y perdiera toda mi dicha, y todo el mundo se volviera contra mí, aunque todo me falte, siempre me quedarías Tú, Jesús mío, mi amor y mi todo: por más que todos me odiasen, podrán arrebatármelo todo, pero a Tí, mi Jesús, mi dueño amado... ¡oh! ¡cuán dulce es experimentar este amor!... estuve privada de él hace algún tiempo y ahora lo he recobrado de nuevo; éste es el que me da valor

para luchar, y fuerzas para ir siempre adelante; solo el amor puede reinar en mi pobre alma, que por desgracia es sumamente floja. ¡Jesús!... ¡oh qué nombre el de Jesús! solo el pronunciar el nombre de Jesús, mi corazón salta de alegría; todo lo encierra en sí; hermano, amigo, consolador, sostén, esperanza: alienta para todo, no hay dificultad que no venciera con solo invocar el nombre de Jesús: lo purifica todo, cuanto se hace por amor a Jesús es santo: lo consuela todo, en las adversidades y trabajos no hay sino mirar a Jesús. Jesús mío os amo sobre todas las cosas, y os amo porque sois Jesús.

23.—Me levantaré siempre a la hora señalada, y cuando mi primer pensamiento no haya sido para Dios, me humillaré considerándolo como una prueba de mi escaso cariño; rezaré las oraciones de la mañana, aunque no me sea posible rezarlas todas. Los días en que deba comulgar, desde que despier- te pensaré en la felicidad que me espera, excitando en mi alma sentimientos de humildad, de fe y de amor (aunque sin olvidar mi nulidad absoluta y la grandeza infinita de mi Dios); con todo el fervor posible me prepararé para comulgar; sea que tenga que recibir al Señor en realidad, o sólo espiritualmente. Con el mayor recogimiento que me sea posible daré gracias por lo menos un cuarto de hora: ¡Oh cuán deliciosos son los instantes que siguen a la venida de Jesús a mi alma! es el momento más delicioso y más oportuno para pedirle la fortaleza y santidad de que tanto necesita mi alma.

24.—No olvidaré nunca la presencia de Dios y levantaré mi corazón con frecuentes jaculatorias:

mis amores serán la oración y la mortificación, mi amor Jesús crucificado, mi fuerza y mi alegría la santa comunión, mi hora preferida la santa Misa, mi divisa ¡Viva Jesús!, el fin que deseo, Jesús mío, de todo y de todas mis acciones y deseos, el cielo.

25.—Jesús mío, quiero proseguir con tu ayuda lo que he comenzado por tu amor, de expresar por escrito lo que solo Tú sabes. Hace dos días no he podido escribir nada, llevo ya quince días sin salir y han venido a acompañarme unas amigas; se lo agradezco, pero... ¡me gusta tanto estar solamente contigo, Jesús amado!... conversar contigo, decirte todo lo que siento... a lo que aspiro... aunque Tú ya lo sabes, pero veo te gusta y quieres que yo misma te lo diga; ¡me gozo yo tanto (y os doy infinitas gracias por ello) de verme que no soy nada en tu divina presencia! Me parece estar sentadita a tus pies contándote mis miserias y lo mucho que quiero amarte; y no echo menos nada, nada, pues soy la más feliz del mundo; y mira, estoy con las amigas y pienso en nuestras pláticas tan dulces, y deseo se marchen para estar sola contigo.

26.—Hoy te digo que hay veces que casi no sé lo que soy, ni lo que hago, ni lo que debo hacer; no veo claro nada, todo me parece confuso; muchas veces no sé si obro bien o mal, si mejor fuera hacer esto o aquello, y ni si soy buena o mala; me atormenta no poco tal incertidumbre, pero ¿qué hacer? no lo sé. Cuando creo haber obrado bien, me dicen que lo hice mal, y otras veces parecenme a mí faltas gordas y luego no es nada o poquita cosa; ¿dónde hallaré remedio para tal ceguera? que

soy mala y floja bien lo sé; que tengo un carácter ligero, y brusco, y rabioso, y poco mortificado, también; ¿acaso en reprimir mi amor propio? ¿en que sea más generosa para el sacrificio? Dios mío, no me cabe duda que en todo esto y en algunas cosas más; pero creo que todo esto se arreglaría queriéndote más, mucho más con un amor muy intenso; mas ¿cómo voy yo a saber este amor? ¿cómo tenerle? yo no lo sé. Me parece a mí que el único medio para adquirirlo es sacrificar, vencer todos mis gustos y querer y hacer en todo la voluntad de mi querido Jesús, pero ¿cómo voy a arreglármelas para alcanzar esto, según yo soy?

27.—Mortificar los sentidos; la sujeción del cuerpo, de ese cuerpo regalón que querría levantarse caprichosamente por la mañana, comer cuando le dé la gana, trabajar sin orden ni concierto, y que bebe los vientos por bien parecer, de esta carne, repito, que se rebela y desea ser ensalzada, que exige a todas horas alabanzas, caricias y regalos, que se encabrita con la menor humillación y se enfurece contra cualquiera que le suelte una verdad amarga, en fin, que no habla, ni ve, ni oye, ni vive sino para sí. ¡Oh carne pecadora y miserable! hay que combatirte y vencerte a todo trance.

28.—¡Oh mi dulce Jesús! ¡qué regañeta he tenido hoy porque.... porque, bien lo sabes Tú, han notado que quiero amarte mucho y ser sola para Tí; me da como vergüenza ¡yo... yo... Jesús mío, tu querida! ¡qué favor, qué gracia tan grande concedes a una que te ha ofendido tanto!... otras que te habrán amado siempre y que lo merecen más

que yo, quizá no tengan este deseo que Tú has inspirado a mi pobre corazón: gracias, Jesús mío, gracias mil ¡qué deuda tan grande la mía para contigo, que, como muy bien tenía merecido me hubieras dejado abandonada, no lo hiciste así, sino que para colmo, primero me hiciste conociera la ceguera en que vivía, consentiste te amara yo!.... y ahora permites el que yo aspire a la felicidad mayor del mundo, la de unir mi vida a la tuya ¿qué más puedo yo desear? teniéndote a Tí todo me es igual ¿Cuánto tiempo hace que siento estos deseos? casi.... un año; pero me parecía a mí... qué sé yo.... y procuraba como acallar los sentimientos que brotaban en mi corazón; pero han ido en aumento, y ya me es imposible ocultarlos, y por esto me riñen y me privan el que vaya entre semana a recibirte en mi corazón; me amenaza mi hermana con mandarme a casa y llora; yo bien sé lo que me espera en casa, pues.... se ponen de una manera.... de que hace un poco tiempo, como dicen ellos, soy un poco rara; ¡me gustan tanto estas rarezas!.... pero en fin, aceptaré los sacrificios y adversidades que se me presenten sin murmurar interiormente, ni abatirme, ni desalentarme; no confiaré en mí misma para nada de cuanto se me presente, procurando alentarme y estar alegre a fin de complacer a los que me rodean. Cuando me propongan algo que me agrade, me haré la desentendida, para que se lo den a mis hermanas, que son mejores que yo: si preguntan, ¿quién quiere venir a tal parte? ¿quién quiere esto o lo de más allá? procuraré que elijan a mis hermanas, que para ellas sean los regalos y

diversiones: mas si se trata de algo molesto y que disguste, me ofreceré para ello y yo lo haré, pero sin hacer así alarde, ni por parecer mejor, eso no.

29. — He de amar las almas de mis prójimos, y amarlas con un amor sobrenatural e ilimitado, amar las almas de mis hermanos, de mis amigos, de todos. Cuando cometa alguna falta levantaré en seguida los ojos hacia el divino Jesús y le diré: «¡Oh Jesús mío! bien veis cuán débil soy aún y cuánta necesidad tengo todavía de Vos, ¡perdón!... os amo sobre todas las cosas».

30. — ¡Oh Jesús mío! sufro, sí, es verdad, pero con todo, no quiero verme libre de mis padecimientos, sino que solo os pido se cumpla en mí la voluntad de Dios. Dios mío, no quiero sino lo que Vos queráis y todo lo que queráis, os ofrezco mis sufrimientos, Jesús mío, os amo ...

31. — ¡Ah Jesús mío, mi amado Jesús! ¿sabes lo que traigo ahora entre manos? ¡qué bueno eres conmigo!... quiero ser tu María en los Sagrarios Calvarios, mejor dicho, Tú lo quieres; ¡oh qué dicha! amarte, adorarte, recibirte, desagraviarte por los que tanto os maltratan, olvidan y desprecian en el adorable Sacramento de vuestro amor; yo quiero por lo menos que todos mis pensamientos, palabras y acciones vayan inflamados en vuestro amor en desagravio de los que no os aman. ¡Oh Jesús mío! os ofrezco una vez más el sacrificio de todo mi ser, solo a Vos quiero amar con toda mi alma, por Vos sufriré gozosa cuanto digan y hablen contra mí. Oh Jesús, dignaos compadeceros de mí, pues después de tantas gracias todavía soy tan ma-

la. Jesús mío, a pesar de los pesares quiero amaros: con toda mi alma; si Vos huís de mí, volaré yo en vuestro seguimiento; si me ocultáis vuestra presencia, no descansaré hasta que vuelva a hallaros; si me ponéis cara seria, os repetiré que os amo con más ardor.

32.— ¡Oh Jesús mío! quiero ser humilde y soy muy orgullosa; os lo suplico, dadme vuestra gracia para que sea más humilde, más sumisa, más buena. ¡Jesús mío! todas las alegrías que me concedéis vienen como con algo de tristeza, nunca soy completamente dichosa, siempre me falta algo, ¡si yo siempre hubiera sido buena!... ¡jamadísimo Jesús! quisiera sentir más el amor que os profeso. Jesús mío, me siento así como decaída al ver que no puedo gozar siempre de vuestra dulce presencia y que no os amo como quisiera, y que tengo que luchar sola; bueno, mi confesor sí que me ayuda mucho, pero....

33.— Desde ahora formo la intención de pedir a Dios (esto me lo ha enseñado una amiga mía; algunas cosas, otras no, y yo quisiera practicarlo como ella, con la gracia de Dios) la contrición perfecta, todas las veces que haga la señal de la cruz. El espíritu de amor y de temor, al arrodillarme o hacer alguna genuflexión. Una profunda y sincera humildad, cada vez que bese el suelo (esto mío). La mortificación y el amor al sufrimiento, al levantarme por la mañana. Al acostarme, la perfecta sumisión a la voluntad de Dios. Al lavarme con agua fría, la constancia que necesito para soportar los rigores de la vida. Al vestirme, el desprecio del mundo. En

las comidas, perfecta renuncia de los placeres de la carne. En cada una de mis devociones, la íntima unión con Dios. En mis conversaciones, el espíritu de caridad. En cada obra buena en favor del prójimo, la bondad. Con mi trabajo, el amor a la pobreza. Con mis lecturas, la gracia de ser santa. Con mis mortificaciones, la edificación del prójimo. Con mis fatigas, una muerte santa. Con mis frecuentes dolores, el perdón de mis pecados. Al rezar el rosario, el amor a mi querida madre la Santísima Virgen. Cuantas veces levante los ojos al cielo, el deseo del cielo. Siempre que soporte con resignación las molestias del frío, el vivir alejada de todo pecado. Por cada molestia que el calor me ocasione, el amor a la Sagrada Eucaristía. Por cada latido de mi corazón, que algunas veces son tantos, la gloria de Dios (esto de ella). Siempre que oiga la divina palabra, la devoción a los ángeles y santos. Por cada palabra que diga, la caridad; por cada mirada, la pureza; por cada respiración, el amor; en las meditaciones, el conocimiento de Dios.

34.— Al despertar por la mañana formaré el firme propósito de pasar el día animosa y alegremente, a pesar de todas las penas y tristezas; y durante la meditación procuraré no desalentarme, aunque vea no la hago bien y me encuentre en ella así como sola, y por más que a mí me parezca que la hubiera podido hacer algo mejor. En la Misa, si me siento desolada, triste, me ofreceré generosamente a mi Jesús, y procuraré tener paz en mi interior a pesar de los pesares. Durante el paseo y distracciones no desalentarme si suelto alguna tontería, o co-

meto alguna falta, o hablo de mí misma. No acostarme bajo una impresión de desaliento, sino de alegría y confianza. Si despierto por la noche, me levantaré, y postrándome de rodillas por espacio de 5 o 10 minutos, pediré a mi Jesús perdón de todas mis ofensas, y trasladándome con el espíritu ante el Sagrario, le adoraré con todo mi corazón pidiéndole perdón por tantas ofensas; ¡me es tan dulce esto! ya hace tiempo lo practico. En la mesa no escoger una cosa u otra, sino tomar lo que vea más cerca. En mi porte exterior procuraré siempre mostrarme animosa, sobre todo cuando me sienta fatigada. Seguiré observando la práctica de no apoyarme nunca en el respaldo de la silla o banco en que esté sentada. Diré frecuentes jaculatorias, sobre todo cuando tenga menos ganas de decirlas.

35.—Señor, aceptad el humilde homenaje de mi acción de gracias por la fortaleza que me comunicáis en la oración. Cuando todo me duela y no pueda hacer nada; cuando mis piernas y mis manos se ponen engarrotadas y nerviosas, haced que en lugar de turbarme y ponerme disgustada, ore con mucho fervor. Cuando me vea abatida, humillada y despreciada, haced que lejos de entristecerme, ore con más fervor. Cuando me asalten temores y dudas por mi amadísima vb... haced que en lugar de espantarme o temer, acuda a Vos orando con más fervor. Cuando me acosen las tentaciones de desaliento, me sienta como abandonada y sola, ¡Dios mío! que lejos de desalentarme me entregue a la oración. Haced que aprenda a orar de día y de noche, y lo mismo en los momentos en que me

encuentre animosa y alegre, que cuando me vea triste y desanimada.

36.—¡Dios mío! ¡Jesús mío crucificado! os pido la gracia de no volver nunca atrás, os ofrezco todo mi ser, todo entero... ya no quiero pensar más en mí. La comunión acompañada de fe viva me fortalecerá. Callaré ante los hombres; no quiero lamentarme más, sino mostrarme agradecida. ¡Oh Jesús mío! ¡cuán feliz soy en poder sufrir y ser humillada! soy mil veces más dichosa que antes, porque ando por sendas más seguras. Abridme vuestro Corazón para que pueda sacar de él aquella fortaleza que jamás desfallece.

37.—¡Dios mío! quisiera vivir únicamente para Vos, ¡y cuántas veces, cuántas veces me llaman la atención las cosas de la tierra y me ocupo en ellas olvidándome de Vos! Hay veces que apenas os he contemplado, he estado un instante contigo, cuando ya os vuelvo a perder de vista; ¡cuánto trabajo me cuesta hallaros de nuevo, así como estoy llena de distracciones!... ¡cuándo llegará el momento en que Vos lo seáis todo para mí! ¡cuándo llegará el día en que no desee, ni aspire a nada fuera de Vos! ¡Jesús mío! iré hacia Vos caminando así como todo en tinieblas; ya veis mi buena voluntad, pero también conocéis mi flaqueza, me arrojé a vuestros pies temblando por mí... y en vuestros brazos para no contemplar sino a Vos solo y amaros. ¡Mi fiel Jesús! en Vos confío; Jesús mío, antes morir que desfallecer; Jesús mío, me ofrezco a Vos para trabajar mucho, sufrir mucho y amar mucho; Jesús mío, os suplico no permitáis que mi vida resulte

inútil para Vos. Amadísimo Jesús, yo nada puedo hacer ni he hecho en cuaresma, ni ayunos, y algunos días ni nada como estoy mala; pero quiero obedecer, obedecer y obedecer.

38.—3 de abril de 1922.—Mi buen Jesús, ¡qué rato pasé ayer! ¡cómo sufría! querían que fuese al teatro a ver a... siendo ya domingo de Pasión; pero ¡cómo se ve bien que el que a Tí acude no en valde lo hace! no tenía ninguna esperanza de escapatoria, pero en cuanto volví a Tí mis ojos, bien sabes con cuánto fervor te pedía no ir, y Tú hasta el último momento te hiciste como el sordo, consintiéndolo todo para bien de esta pobrecita pecadora, que aunque veía llegada la hora y ya marchar con todas las amigas, sufría, sí, pero tenía una confianza ciega en tu poder; y segura de que ocurriría algo que impidiera asistir a donde me llevaban en contra de mi voluntad y de la tuya, no repliqué más; ¡cómo me saltaba el corazón! pues mi dulce Jesús me dijo: No temas. Llegamos ¡qué contentas todas!... y en el mismo momento unas cuantas señoritas se llevaban las últimas entradas, ¡qué alegría! ¡qué contento más grande! ¡gracias, mi Jesús amado! ¡cuánto te amo y cuánto te debo! Se disgustaron un poco, pero yo les hice ver que se veía bien claro no lo quería Dios, y nos fuimos desde allí a jugar contentas y alegres.

39.—15 de abril de 1922.—¡Gloria a Cristo Jesús! sí, ¡gloria a Tí, Jesús amado, gloria, honor y victoria, pues has triunfado de la muerte y del pecado! ¡qué alegría siento en mí corazón! ¡qué tristes han sido estos días pasados! pero llegó el día

de resurrección, de alegría, de resucitar por fin a una vida del todo nueva, vida de amor y reparación; no sé lo que me pasa, estoy como si yo no fuera, sentimientos tan grandes brotan en mi corazón... aspiro allá, a más, a una cosa muy grande: pero no soy yo, es mi Jesús, al que tengo en mi corazón; le siento, le estrecho contra mi corazón para que ya no se separe de mí; suya es toda la victoria, suyos estos sentimientos, tuyas las aspiraciones de mi alma, tuyo es todo porque yo no tengo nada, nada, sino miserias. Tengo grabadas en el alma las palabras tan dulces que me dirigió esta mañana: «Quiero que correspondas al amor que te tengo, que me ames mucho y que por fin dejes de pecar ni aun ligeramente; pues ¿no te gustaría ser mi reparadorcita? quiero que me ofrezcas generosamente todas tus penas y sufrimientos, desprecies en fin todo en reparación de tantas ofensas como recibo en el adorable sacramento de mi amor; que si vienen es para ofenderme más y en mi misma presencia; y si no, ¡qué solito me encuentro sin tener a quien comunicar mis gracias! necesito, me gustan las almas fuertes y generosas, que estén dispuestas a compartir conmigo mi soledad, mis abandonos y mis sufrimientos; ¿no te gustaría ser tú una de ellas?» Fui a contestar y me dijo: «Espera; te tengo que advertir algunas cosas; leo en tu corazón todo lo que en él pasa; disponte a sufrir muchas contradicciones y malos tratos, pero súfrelo con alegría por mi amor. yo estaré siempre a tu lado, y si te dejo alguna vez, no vaciles, no temas; acuérdate del abandono que tuve en el

> huerto de las olivas, que me vi abandonado; de to-
 > dos, y tú nunca llegaras a tanto, ni mucho menos.
 > El jueves permití te pusieras tan mal y no pudieras
 > ir a lo que tú con tantas ganas y deseos tenías de
 > acudir, para que aun en las cosas que tanto me
 > agrada tengas afición, te contentes y me ofrezcas
 > ese mismo sentimiento con alegre resignación; y
 > si logras hacerlo así, no te ensorberbezcas, sino
 > humíllate, y reconoce que tú no vales nada; que
 > por tí sola, ¿que podrías hacer siendo polvo, nada,
 > sino miserable pecadora? atribúyemelo todo a mí,
 > a mi gracia, que sin ella... eres nada, nada; pero
 > con mi gracia y fijos los ojos en mí, lo eres todo
 > y lo puedes todo. Sé humilde, que la humildad es
 > la base de las demás virtudes; ya dije: De los hu-
 > mildes y pequeñuelos es el reino de los cielos.
 Cuánto tiempo pasó así, no sé. ¡Qué paz, qué dul-
 zura sentía en mi alma! sólo contesté. «Ya véis mi
 > corazón, Jesús mío, dispón de mí como te plazca;
 > indiferente estaré lo mismo a lo dulce que a lo
 > amargo; mi único cuidado será amarte, reparar
 > tantos insultos y abandonos y procurar amarte
 > más y más, y siempre amarte, y en creciente amar-
 > te; me ofrezco como víctima en tu honor; haz de
 > mí lo que quieras, como quieras; aquí tienes a tu
 > esclava, cúmplase en mí como Tú quieras; diré
 > siempre, Tú lo quieres así, yo también».

40.— ¡Oh Jesús mío, cada vez que me acuerdo,
 me hace el corazón zás, zás, y siento una alegría!
 porque ya mañana me imponen la medalla, el títu-
 lo tan grandioso de tu María de los Sagrarios Cal-
 varios; ¡qué dicha! ¡qué felicidad! pero ¿he com-

prendido bien lo que es esto? no es así una cosa cualquiera; es ser una fiel imitadora de la Virgen en desagraviar, en reparar, en acompañar y amar al Jesús de nuestro amor abandonado, agraviado y solo en tantos sagrarios a imitación del abandono tan grande en que estuvo pendiente de la cruz en el monte Calvario; que este mismo abandono, esta misma soledad repercute hoy en muchos Sagrarios que son verdaderos Calvarios, donde mi dulce Jesús solo, cansado de esperar, llora, sufre viendo el abandono en que le dejan los que por su amor le tienen prisionero: pero ya no será así, Jesús querido yo quiero con tu gracia ser tu María verdadera, no descansar hasta verte honrado, visitado y amado por todos: y en todos esos Sagrarios Calvarios yo quisiera tener (como dice la visita) un corazón para amarte y una lengua para alabarte; pero ... ¡soy tan pobre! no valgo nada; pero te prometo, Jesús mío, en todo lo que pueda, desagraviarte y amarte en lo que alcancen mis enflaquecidas fuerzas; y allí donde haya un sagrario quiero estar yo amándote.

41.—Virgen bendita, madre querida, ayúdame, socorredme, enseñadme cómo debo yo ser una verdadera María de los Sagrarios-Calvarios intrépida, valerosa, generosa, incansable, para amar, consolar y acompañar al no amado y abandonado de todos; y hacer amar, reverenciar, acompañar y que honren todos a Jesús en el adorable sacramento del altar. Ya que Vos, querida Madre mía, fuisteis la primera María en el mundo, acompañando y consolando a vuestro querido Jesús abandonado y so-

lo, enseñadnos a todas las que (sobre todo yo) inmerecidamente ostentamos este título, sepamos a imitación vuestra desagruar, consolar, visitar, amar y recibir frecuentemente, diariamente al no amado, abandonado, al más triste de todos. Pero os pido, Madre mía, que seáis Vos nuestra guía y nos ayudéis en nuestras oraciones y empresas para hacer conocer y honrar y amar a nuestro amadísimo Jesús; y amado y honrado por todos se conviertan sus Sagrarios-Calvarios en Sagrario de amor, de felicidad, de alegría, para después gozar allá en el cielo. Ayúdnos, Madre mía, que contigo todo lo podemos. (1)

42.—(Hacia el 10 de julio de 1922).—Oh Jesús querido, ¡cuánto tiempo ha pasado sin escribir nada de mis cosas! Desde el día 15 de abril, víspera de un día muy grande para mí y víspera de mi viaje para este mi pueblo, no he vuelto a poner nada, Y ¡cuántas cosas han pasado! Los PP. Misioneros, el viaje a Arenas con mi amiga, ¡qué día más feliz!. la venida del Sr. Obispo, ¡qué días pasamos más agitados! Después el mes de mayo, el mes de mi querida madre; el mes de junio... Jesús mío, ¡cuán feliz pasé ese tiempo! ¡y cuánto te tengo yo que agradecer! ¡y cuántas gracias te tengo que dar! ¡y cuánto, cuánto te voy a amar!

43.—No olvidaré nunca el día 16 de abril; aun todavía palpita mi corazón de alegría, de la emoción que siento. Aun siento lo que sentí entonces; no lo sé explicar, solo sé que las lágrimas acuden a mis

(1) Aquí termina lo que Pepa escribió en Avila.

ojos, lágrimas de... yo no sé... cuando me dijeron al ponerme la medalla: «Recibid esta insignia de María de los Sagrarios-Calvarios para que acompañando al Corazón eucarístico de Jesús en sus abandonos de la tierra, El os acompañe con su gracia y con su amor en esta y en la otra vida». ¡Qué dicha más grande! por acompañar, por amar al más dulce, al más bueno, al que debiéramos todos disputarnos el acompañarle, por una cosa que debiéramos hacer solo por el gozo que se encuentra en ello, recibimos la promesa de poseer un día el cielo, ¿puede darse cambio más grande, más divino? No sé cómo todas no nos unimos en una sola para amar, acompañar, adorar al no amado y más abandonado de todos, sabiendo que El nos acompaña ayudándonos a vencer, para después (siendo suya la victoria) nos corone allá en el cielo.

44.—¡Qué dicha más grande ser tu María! ¡tener yo un sagrario y dentro a un Jesús! ¿es posible desear más en la tierra? me siento como avergonzada; yo... Jesús mío, ¡yo... tu María! ¡yo dicha semejante!... ¡y que haya quien dude si será digna! sé muy bien lo favorecida que he sido, las gracias de que he sido colmada, pero por lo mismo soy la que más debe, ¿con qué pagaré tantos favores? amando más que ninguna a mi querido Jesús, procurando no faltar para que El no esté triste y me quiera mucho, y le ofreceré todas estas cosas que tanto me hacen sufrir.

45.—¡Qué bueno es mi Jesús conmigo! no sabía yo qué ofrecerle, y El me manda estas burlas y estas mofas de que he sido objeto estos días de la

función, porque no he querido ir a los bailes. ¡Cómo creían ellos y ellas me hacían sufrir con tanto disparate como decían! Pero mi Jesús que estaba conmigo y mi ángel, que penetraban en el fondo de mi corazón, veían que a pesar de sufrir, sí, sufría, pero allá en mi corazón sentía una alegría, que sentía dijeran cosas, y lo deseaba para ofrecérselo todo a mi Jesús. Sufrí mucho cuando a voz en grito me decían: ¿has recibido carta del P. Fulano? ¿te lo ha prohibido el Sr. Cura? y todos me miraban y se reían. ¡A cuántos medios apelaron! hasta cosas que me han hecho sufrir muchísimo me recordaban: pero mi dulce Jesús, que no le dejaba de invocar, me animaba a triunfar y a despreciarlos generosamente; y triunfó.

Por fin sola, sola me quedé; sola no, con mi Jesús; nunca, nunca he sentido paz tan grande ni alegría mayor que esa tarde; ¡qué alegría! ¡qué contento! Yo no sé lo que me pasaba por la noche, la alegría me hacía estar como fuera de mí, y yo no sé cómo explicar esto: entraba en una habitación a oscuras y por toda la casa, y una luz yo no sé cómo veía sobre mi cabeza, que caía de rodillas y así me estaba tiempo, tiempo, hasta que me llamaban; ¡con una cosa estaba! sin decir nada, me parecía estar allá, lejos, lejos...

Ya pasó todo; y yo feliz y contenta con mi Jesús dándole gracias y amándole más y más.

(En el borrador cuenta así lo de la luz: Por la noche, esto se lo tengo que contar al Sr. Cura, la alegría me hacía estar como fuera de mí, y yo no sé lo que me pasaba, entraba en una habitación a

oscuras y una luz clarísima con unos resplandores por cima de mi cabeza, que caía de rodillas &).

46.—24 de diciembre de 1922.—Es de noche; mientras ellos juegan, yo escribiré mis impresiones de hoy. ¡Qué alegría! ¡qué emoción siento en mí! ya mañana nace el Niño Dios; hace tres o cuatro días que tengo un contento... un... no sé cómo explicármelo, al pensar que llega el día de que nazca Jesús en mi corazón para nunca ya más separarme de El, de que le ame más y mejor, de entregarme a El por entero, de no querer más que su voluntad, y con su gracia nunca volver a faltarle. Esta mañana me confesé ¡qué contenta me quedé! ¡qué bueno es Dios que se olvida tan pronto de lo que le he ofendido!... gracias Dios mío. Después fui a comulgar, ¡cómo explicar lo que sentí al recibir a mi Jesús! no sé expresarlo, no sé nada más que decir, ¡qué dulce es amar a Jesús! sentía unos deseos de amarle mucho, de sufrir mucho por El, que me hacía pasar unas dulzuras inexplicables; diciéndole ternuras y cariños pasó el tiempo, y le dije que El mismo preparase la cuna en mi corazón para que naciera mañana en él; después pedí a la Virgen bendita (mi querida madre) que me ayudara ella también a preparar la morada donde deposite a su querido hijo y me pareció se sonreía. Me fui a mi casa apretándole contra mi corazón, ¡de contenta!... durante el día dos o tres veces me parecía ver a la Virgen y San José caminar hacia Belén, ¡qué contenta he visto iba la Virgen! y San José ¡cómo me ha parecido que (aunque sufría por el frío que pasaba la Virgen) iba muy contento y alegre, porque

al fin de la jornada verían sus ojos y abrazaría al Niño Dios! ¡Oh santo mío! alcanzadme con vuestros ruegos el que yo también vea con los ojos del alma a ese Niño mío, que le abrace, para nunca separarme de El.

47.—Están tocando a la Misa del Gallo, ¡cómo repican las campanas! ¡qué escalofríos producidos por... la emoción siento! ¡qué alegría! ¡qué todo! Niño mío, haced que siempre os ame más y más.

Vengo de Misa; he estado en ella sin rezar ni decir nada; estaba viendo al Niño Dios nacido entre las pajas en el portal de Belén, ¡qué resplandores! ¡qué luz! ¡qué humilde entre tanta pobreza! ¡cómo me enseña a mí tan orgullosa! pero ya no quiero serlo más. ¡Oh Niño mío y Dios mío, a quien adoro con toda mi alma en un humilde pesebre! te ofrezco despreciar las riquezas del mundo sólo por agradarte. No puedo más; me voy a acostar, me mandan.

48.—25 de diciembre de 1922.—Están todos a Misa, y yo en tanto escribiré lo que me ha dicho mi Niño y yo a El, y las emociones tan gratas que he sentido; le he dicho: «Niño mío, voy a escribir todo» y me pareció le gustaba lo hiciera.

Desde las cuatro he estado despierta sin poderme dormir, pensando en que llegó el día tan deseado; sentía una cosa que me hacía el corazón tras, tras, tras; deseando solo que amaneciera para recibir a mi Jesusito de mi alma y albergarle y estrecharle dentro de mi corazón. Con lo poco que a mí se me alcanzaba en decirle, le pedía que no rehusara venir a nacer en mi pecho, que yo le quería mu-

cho, pero que comprendiendo lo poco que yo valgo y merezco, le suplicaba diciéndole: «Niño mío, yo quiero prepararte una cuna en mi corazón donde estuvieras tan a gusto que nunca te fueras ya de mí; pero ya ves Niño querido, cuán pobre y miserable soy; pero si Tú me ayudas a prepararla, Tú vendrás a mí, y yo seré buena, y estaré muy contenta amándote mucho (también pedí a la Virgen y San José me ayudaran a recibirle bien). ¡Oh Niño mío! ven a mi corazón y límpiale de todos mis pecados y pasiones y hacedme humilde, obediente, callada, en fin, hacedme buena, que yo quiero amaros mucho y que estéis contento de mí».

49.—Con un júbilo muy grande y una emoción... no sé cómo, me fui a Misa, y ya en la iglesia sin poder contenerme se me cayeron las lágrimas de alegría que sentía. A medida que se acercaba el momento de recibir a mi Niñito Jesús, sentía una cosa inexplicable, sin poder pronunciar palabra, solo interiormente le decía unos afectos a mi Jesús, que nunca los he sentido iguales. Me parecía verle en las pajas del pesebre de Belén; ¡qué hermoso me parecía! ¡cómo quería yo cogerle y estrecharle contra mi corazón! le veía sonreírme y tenderme sus manecitas; yo acerté a decirle nada más: «Yo quiero amarte mucho... dime qué debo hacer, enseñame tú, Niño mío». Me levanté para ir a recibirle en mis brazos y en mi corazón, pues la Virgen bendita me le ofrecía para que le adorase y le besase sus piescitos, ¡lo que sentí en estos momentos... yo no sé decirlo; la cabeza parecía serme espeluzna-



ba, todos los pelos de punta, el corazón se me saltaba del pecho, me pareció tenerle en mis brazos, y al contemplar a mi Niño tan bello, tan hermoso, tan humilde, tan bueno... quise como esconderme y no acercarme a recibirle, pues me veía yo... lo que soy, nada, pecadora, indigna de tanto placer; pero mi Jesús me tendía sus brazos y me dijo: «¿No te lo he perdonado todo... todo?... acércate, quiero tu corazón para descansar en él» (me da no sé qué poner esto; ¡a mí, a mí, decirme esto! cuánto tengo que agradecerle a El). Me acerqué a recibirle realmente en mi corazón, ¿qué pasó entonces por mí?... me quedé embobada, estrechándole dulcemente contra mi corazón; le sentía, le oía que me decía... no sé cómo decirlo, me lo dijo repetidas veces esto: «Quiero que seas santa, quiero que me ames mucho y me entregues sin reserva tu corazón»; también me dijo que tendría que sufrir mucho, pero que El estaría a mi lado aunque yo no le viese, que fuera humilde y me gustara ser siempre la última y gustase de ser despreciada, obediente, y que todo lo hiciese por amor a El; ¡qué dulces me parecían sus palabras! yo no acertaba nada más que a decir llorando y riendo a la vez: «Ya tengo a mi Niño, ya estoy con mi Niño, Jesús mío, amor mío».. Así pasó un rato, le prometí servirle en cuerpo y alma; Jesús mío, os ofrezco lo que soy y lo que valgo, dispuesta a servirlos en lo que queráis. Le pregunté: ¿y seré tu esposa consagrándome a Tí? «No te preocupes, lo serás, déjalo de mi cuenta». Me vine a casa apretándole contra mi corazón ¡con un gozo!... ¡una alegría!... Gracias, Dios

mío, gracias os doy por los favores y gracias que dispensáis a una indigna pecadora como yo; seáis siempre bendito por todo.

50.— Es de noche; ya pasó el día y todavía tengo ante mis ojos la hermosa imagen de Jesús ante el pesebre del portal de Belén con San José y la Virgen. Que siempre, dueño mio, te ame mucho. Hoy he tenido que sufrir dos cosillas; pero veo lo poco que valen estos sufrimientos para lo recompensados que son.

4 de enero de 1923.— ¡Qué contenta vengo de recibir a mi Jesusito de mi alma y de mi corazón! siempre que le recibo en mi pecho, siento unos deseos de...

51.— 6 de enero de 1923.— ¡Qué contenta estoy! ¡qué deliciosos momentos he pasado después de recibir a mi Jesús en mi alma! ¡cómo quisiera yo tener un corazón puro, humilde, para ofrecérsele; pero Jesús mío, mi corazón (que ya es vuestro) bien sabéis lo que es, pobre, y ruinacho y desagradecido; que después de haber sido (al parecer) enteramente vuestro, ¡cuántas veces os ha dejado!... pero ya no será así; hoy te le ofrezco de verdad y para siempre, purifícale Tú más y más, Jesús mío, que yo te prometo hacer lo que Tú quieras; seré humilde, obediente, callada, y sufriré lo que Tú quieras sólo por agradarte; y despreciaré esas boberías del mundo por las que algunas veces te he dejado a Tí.

Hoy ante tu cuna, humillada, adorándote con toda el alma, pongo ante tus pies mi orgullo vencido por tu humildad, mis pensamientos que apartaré de esas ilusiones vanas del mundo; solo te

amaré a Tí, Jesús mío; te pido, Niño mío, ánimo y fuerzas para seguirte cueste lo que cueste.

52.—21 de enero de 1923.—Acabo de recibir a mi Jesús en mi corazón y no sé lo que me pasa; sé que está en mi corazón, que le estrecho dulcemente contra mi pecho, y a pesar de decirle cosas no me responde; le llamo y no me contesta; no le siento como otras veces, ¡qué triste es esto! ¡qué pena más grande! ¿estará enfadado conmigo? pero ¿por qué? ¿por qué? ¡Jesús mío, Jesús mío! yo comprendo que así es como me debias haber tratado siempre, que no merezco nada, pero ¡por piedad! bien véis cuánto necesito de vuestros consuelos; que si Vos no me escucháis y me sonreís y me animáis, si no siento tus encantos ¡ay Jesús mío! soy tan mala que os puedo dejar, y ¿qué sería de mí entonces?

Hoy a pesar de sentir este vacío, esta tristeza, me conformo, será esta tu voluntad; es verdad que sufro muchísimo, que ninguna cosa se puede comparar con este sufrimiento; pero con mis lágrimas, mis ruegos y mis caricias te he de encontrar; que Tú eres muy bueno, y si te escondes de mí, lo mereceré y te ofreceré este sufrimiento; pero no por esto te amaré menos, no, al contrario te amaré más, si cabe, tanto... tanto que convencido de mi cariño vuelvas otras vez a mí; y si no quieres, al menos déjame te quiera yo mucho, mucho, y después haz de mí lo que quieras.



Visita a la Virgen. (*Mayo de 1923*)

53.— ¡Madre mía querida! aquí tenéis a vuestra hija. ¡Oh madre amada! yo no sé lo que me pasa; estoy triste, muy triste, desasosegada, inquieta; me parece que soy muy mala: ¡oh madre mía! voy a contaros todo lo que me pasa; ¡si viérais cuánto sufro, madre querida! Permitidme llorar un rato a vuestros sagrados pies y después os contaré todo lo que me pasa, ¡qué dulce es llorar en vuestra presencia! hasta solo con estar así, estoy más aliviada; ¡qué buena sois, madre mía! ¡Os diré que sufro más!... hace unos días... pues estoy llena de horribles pensamientos, madre mía, y me parece oír una voz interiormente diciéndome sin cesar que voy a ofenderos y voy a abandonar a mi Jesús, y me voy a apartar de Él; y me encuentro de sola... madre querida, tened piedad de mí.

—No tengas miedo, hija mía; eso es que el enemigo no gusta de tu vida, y envidioso de la dicha que disfrutas, quiere, tratar de confundir y de ofuscar tu entendimiento, agitando tu corazón, para que te creas perdida y cometas pecados; pero no tengas miedo, que mientras tú no quieras, y acudas a mí, el demonio no puede nada.

54.— Es que también, madre mía, mis padres y mis hermanas y hasta mis amigas ¡si viérais qué cosas me dicen! me quieren hacer ver que voy por el camino errado, y tratan de apartarme del camino emprendido, inspirado por vuestro Jesús y por Vos,

¿os acordáis, madre mía? (1) ¡cuán feliz soy desde entonces amándoos y sirviéndoos, siendo vuestra, siempre vuestra! Pero a pesar de todo, soy todavía muy débil, y hay días como hoy que me siento de tristonía... me parece estar muy alejada de Jesús y de Vos; y sufro más porque me sé muy bien que yo me merezco el que Jesús me abandone y no me quiera, porque soy mala, mala, y temo esté enfadado conmigo, y no quiera más estar conmigo, y me deje sola, sola: y cuando esto me ocurre, madre mía, la misma voz que os he dicho me hace tanto daño... oigo que me dice que lo deje todo, que al fin y al cabo lo he de dejar, que no soy digna ni mucho menos de lo que quiero; y lo que me dicen en mi casa, que voy errada; y hay veces que tengo que luchar así hasta conmigo misma, que me siento vacilar; pero ya sabéis, querida madre, que yo quiero amar mucho y servir a mi dulce Jesús cueste lo que cueste; pero ayudadme Vos, ¡si viérais cuántas ganas tengo de llorar!...

55.—¡Pobrecita hija mía! ven a mis brazos, ven y no tengas miedo; es que luchas con la gracia contra el mal, que te diré está ya casi vencido, y por eso son esas luchas y esas voces del mal que te

(1) Este camino de perfección es el que expone en los números 20 a 37; cosa verdaderamente admirable en nuestra Pepa, pues lo escribió casi a los principios de su total conversión a Dios. ¿Hay cosa importante para conseguir la perfección cristiana, que de alguna manera no se halle en el breve diseño trazado por Josefa en dichos lugares? Admirable es el *Camino de perfección* escrito por Santa Teresa a la edad de 50 años: el de nuestra Pepa a los 21. no es menos admirable. Y nótese que ambos fueron escritos en Avila.

quiere convencer para que desfallezcas y abandones la verdadera piedad; pero acude a mí y no temas lo de tu familia por un cariño que te tienen mal entendido: ven tu conversión y tu inclinación y deseos, y han de buscar todos los medios para procurar persuadirte y convencerte; ármate de paciencia, pues has de sufrir, pero súfrelo por mi divino Hijo, y te repito no temas, ni te acobardes, ni cedas por nada, que yo que soy tu verdadera madre no te abandonaré; y a los demás déjalos pasar, desprécialos, y mirando sus burlas y sus palabras como las palabras de tu sobrinito, que no tienen malicia, sonríe y sigue valerosa el camino que conduce a Dios. Dime, hija mía, ¿te querrías volver atrás?

—Oh no, madre mía, antes morir.

—Pues entonces, hija querida, si tu voluntad está firme, muy claro es que tus repugnancias y tus temores, tus pensamientos malos, son otras tantas tentaciones que Dios permite para tu bien; para tu bien, sí, porque con ellas aprenderás lo poco que tú vales y lo mucho que necesitas de Dios; y serán todas estas cosas, de que te me quejas, para tu alma pobre un tesoro escondido, que si te sabes aprovechar de él, crecerá en tí la gracia y aumentarás en gloria: ánimo pues, hija mía, sé perseverante, que yo te ayudaré.

56.—¡Oh madre mía, cuánto me consoláis! ya no tengo ningún temor.

—Y ¿a quién has de temer? sólo al pecado, que aborrecerás con todo tu corazón: que teman esos que están apartados de Dios, pero tú que acudes a mí, y amas a mi Jesús, y veo en tu corazón un ho-

rror a todo pecado ¿por qué has de temer? Pero humíllate, hija mía; y así como has venido hoy a mis plantas agitada y confusa a contármelo todo, ven siempre, confesando tu poquedad y nuleza y maldad, como tú misma dices; y está segura que mi Jesús desde el cielo sonríe, y en tus luchas intercede (para que salgas victoriosa) al Padre celestial, y después de estas luchas y sufrimientos pasajeros te corone en el cielo.

— ¡Oh Madre mía! ¡y qué consoladoras son vuestras palabras! ¡y qué gozo tan grande siento dentro de mi! quiero ser muy buena, quiero ser muy buena.

— Bien, hija mía, pero el ser buena es un don, un bien, que da mi Hijo a las almas que le buscan; y es un don muy grande y no lo da pronto, aguarda a que se lo pidan con verdadero deseo. Píde pues con verdadero deseo de ser buena, pídeselo siempre, que Jesús te dará lo que le pidas, porque así lo ha ofrecido, y El no falta a su palabra: el ser buena es muy fácil teniendo buena voluntad, y creyendo que Jesús tiene poder para hacernos santos correspondiendo a sus gracias e inspiraciones, que sin su gracia nada podemos. Y también procura recibir a Jesús con la conciencia muy pura, y sin acongojarte ni aturdirte porque te parezca no estás bien dispuesta; en esto lo mejor es hacer lo que sepas y puedas, como lo haces ya, y Jesús suplirá lo demás. Déjate conducir por mi amor, como me dices todos los días: «Virgen bendita, Madre mía, venid conmigo y llevadme de la mano», que acudiré y te ayudaré. Oye y sigue generosamente las

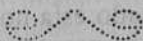
inspiraciones que mi Jesús y yo y el ángel de tu guarda enviamos y enviaremos a tu corazón, y sin pensarlo serás buena, y gozarás de la paz y dulzuras y amor de mi hijo Jesús.

57.—Gracias, madre mía; gracias, madre amada; soy feliz, ya estoy tranquila gracias a Vos, querida madre; ¡qué cobardona soy! ¿verdad, madre querida?

—Sí, hija mía, eres muy tontona, como tú misma dices; te acobardas por muy poquita cosa; cuando esto te ocurra, acude a mí, ¿ves que pronto te he consolado? Mira, tienes el corazón todavía algo débil, niño, y yo quiero que le tengas fuerte, dispuesto a sufrir todo, si es que de veras quieres querer a mi Jesús; que la medida del amor está en el sacrificio. También alguna vez permite Jesús el que te creas abandonada por alguna faltilla que cometes, o porque te complaces en querer ciertas cosas de la tierra; y Jesús quiere que seas muy buena, y que le quieras solo a El; ¿lo harás así, hija mía?

—Sí, madre querida; con vuestra ayuda y la gracia de Jesús todo lo podré. Se hace tarde, mañana volveré, dadme vuestra bendición... no sé cómo marcharme. A Dios, madre mía.

—A Dios, hija, vuelve otra vez.



Mes de octubre.—1923

(Estas impresiones debió de comenzarlas más de un año, pues tiene varios borradores en los dos primeros días; de ellos están recogidas las que siguen.)

58.—1.º de octubre, lunes del Rosario. Ya llegó el mes del Rosario, tan querido y deseado porque a más de obsequiar con el santo Rosario a mi querida Madre, saboreo y gusto a mi placer de la real presencia de mi querido Jesús, que allí expuesto y oculto en el copón atrae con una fuerza irresistible mi corazón.

Nunca podré olvidar la impresión tan grata y... no sé cómo decir; más... así como cuando se ve de repente a una persona querida que hace mucho tiempo que no se la ve, que se siente una emoción intensa, grande, así una cosa parecida me ha ocurrido a mí esta noche al abrir el Sagrario, ¿cómo explicar lo que sentí entonces?... no sé expresarme, no puede ser; una alegría... una cosa... mirar y ver allí a un Dios escondido en aquel cuartito... que me mira, que me ve y me llama... tan grande como es y tan pequeñito por nuestro amor... en toda la noche pude apartar los ojos de El, siempre me pasa igual. Cada vez que abren el Sagrario siento una emoción que algunas veces se me caen las lágrimas; así me ha pasado esta noche, con unos escalofríos... y el corazón parecía que se me saltaba del

pecho, porque pensaba yo: Ahí en ese copón tan pequeñito, ahí está mi Dios, mi Jesús amado, ¡qué gusto! qué alegría poder decirle ¡cuánto te amo! Así se lo dije yo cuando abrieron la puertecita y apareció a mis ojos. Me pareció que me miraba y me decía: «Amame mucho, no seas mala, sufro mucho y quiero que seas mía»; yo le dije: «Siempre te querré muchísimo a Tí solo, ¿verdad, Jesús mío?» y me pareció que hasta se rió: así pasó mucho rato, ¡más bien! ¡más contenta!.. y ví que ya estaban rezando el rosario.

La meditación fue del primer misterio gozoso, de cuando el arcángel San Gabriel anunció a la Virgen que Dios la había elegido para madre de su Hijo. ¡Oh portento! ¡oh maravilla! ¡oh grandeza del amor de un Dios para con nosotros los hombres, los pecadores! En este misterio de amor, ¡qué espacio tan grande para meditar! ¡oh misterio incomprensible! ¡oh bondad y misericordia de Dios! tan grande que se dignó humillarse hasta nosotros para ser nuestra redención, nuestro consuelo y nuestra dicha mientras viviéramos aquí en la tierra. Oh Espíritu Santo, Santísimo, desciende a mi corazón, a mi mente, para que con tu gracia me enseñes, y aprenda yo a agradecer misterio tan grande, tan sublime, este de hacerse Dios hombre por mí. ¡Cuánto debe ser nuestro agradecimiento! aunque empleásemos toda nuestra vida en dar gracias todo sería nada. Virgen bendita, la más pura de todas las criaturas, que mereciste ser madre del mismo Hijo de Dios, recibid mi enhorabuena y ayudadme a agradecer a Dios gracia tan grande. Y para alabar diariamente tu pu-

reza, humildad y demás virtudes que os hicieron digna de ser Madre del mismo Dios, hago el propósito de todos los días rezar la hermosa oración del Angelus por la mañana, al mediodía y por la noche, y acordarme mucho de este gran misterio, y agradecérselo a Dios con todo el corazón: y la gracia especial que os pido será primero la de amar más y más a mi querido Jesús, y la de no olvidarme nunca de agradecer el que un Dios se humanase por nuestra redención.

59.—Día 2.—Así como Vos, Virgen bendita, fuisteis como el primer sagrario donde aposentasteis a vuestro Jesús, yo os suplico me ayudéis a preparar mi corazoncillo para que sea un sagrario donde depositéis a vuestro y mi Jesús, y que se encuentre tan a gusto que no se quiera marchar ya más; y que yo sea agradecida al nombre de Cristiano que vuestro divino Hijo nos dio a todos, haciéndose El de nuestra naturaleza y elevándonos a nosotros a la dignidad de hermanos suyos, que es lo que significa el nombre de cristiano, hombre de Cristo, hermano de Jesús. Meditando sobre el nombre de cristiano hice la resolución de gloriarme de ser cristiana; que es lo mismo que decir: yo soy de Jesús: y amar este título gloriosísimo con el que tengo derecho (si le sé llevar como un verdadero hermano de Jesús) a participar de la gloria de Cristo Jesús; no avergonzándome nunca de aparecer como tal en todas las ocasiones; y demostrando que lo soy no solo con las palabras, sino con mis obras; mostrándome orgullosa de ostentar el título gloriosísimo de cristiano, ajustando mis acciones a este gloriosísimo

nombre. ¡Qué dulce es decir: soy cristiana! Dios mío, que siempre estime y honre este título más que ningún otro. La gracia especial, que yo sepa amar más y más a mi dulce Jesús y tenga piedad de los pobrecitos que no se acercan nunca al sagrario.

60.—Día 3.—Amar a Dios sobre todas las cosas ofreciéndole los más costosos sacrificios; hacer todo lo que pueda para llevar al servicio de Dios algunas personas a quienes yo aprecio mucho, para que se conviertan a El y le amen mucho. La vida retirada y solitaria... mi ideal; mi encanto es estar sola, retirada de ese bullicioso mundo, pensando solamente en mi Jesús, amándole y diciéndole ternuras y cariños: pero no es así... Dios lo quiere, hágase su santísima voluntad. Pero de todos modos me parece que Dios quiere que yo sea recogida y que me considere solitaria aun en medio de ese bullicio, que por obediencia tengo que estar en él: también puedo hacer algo por El; ya lo creo que puedo hacer... con su gracia, todo.

Día 4.—¡Dios mío! desde hoy hago la resolución de considerarme... lo que soy, la última entre todos los que me traten, sentirme yo como la menor de todos, hacer las cosas como si todos fuesen más que yo, y gustar el que me traten como si yo no fuera nadie, con desaire y desprecio, ¡cuánto me va a costar esto! porque ¡soy más orgullosa!... Pero por tí, Jesús mío, y con tu gracia lo cumpliré; y propongo también prestar mis servicios a quien me los pida y necesite, estando pronta a trabajar y servir no solo a los de mi casa y superiores, sino a cualquiera.

Día 5.—Hoy la meditación ha sido del nacimiento del Niño Dios; oh qué alegría me dió al decir: «Adoremos también nosotros con la mayor fe y amor al divino Niño Jesús»... me imaginaba yo verle allí en el portalito padeciendo frío, entre tanta pobreza, como si El fuera un niño cualquiera. Como nos dió El ejemplo primero de pobreza, de humildad, de todo; se hizo niño, se dejó llevar de un lado a otro obedeciendo a la Virgen y San José, sin desear ni buscar nada sino lo que ellos querían, obedeciendo no solo a ellos, sino a los demás también. Contemplando la humildad de Jesús hago la resolución de hacerme niña en muchas cosas y dejarme guiar como niño que no sabe andar, cediendo siempre de mi parte.

Día 6.—La adoración de los pastores humildes de las cercanías de Belén; ¡qué dicha la suya!... pero ¿qué digo? tengo yo la misma dicha que los sencillos p. stores... mayor todavía; pues ellos sólo le adoraron, y yo le recibo en mi corazón, le siento y le toco, le abrazo.

Día 7.—Jesús es presentado por su Madre Santísima al templo. Hoy vengo muy impresionada, no sé cómo decir; pero mis propósitos y resoluciones son ponerme por entero en manos de Dios, y sufrir todo desprecio e insulto que me hagan por Jesús; y ofrezco a El mis pies y manos, todo mi ser: pero sobre todo mi corazón, te le doy todo y para siempre; todos mis sufrimientos, esas cosas que me hieren y tanto me hacen sufrir; yo en fin, quiero ser tu discípula, y por tanto sufrir lo que Tú quieras.

Día 8.—Jesús mío, yo quiero estar siempre con-

tigo, ser toda tuya, amarte siempre muchísimo y defenderte siempre en todas las ocasiones.

Día 9.—¿Cómo escribir lo que esta noche ha pasado por mí?... no puedo, no sé expresarme bien; ¡una emoción! ¡una alegría! ¡con unas ganas de llorar!. El niño Jesús se quedó en el templo sin saberlo la Virgen y S. José.

Día 18.—La caridad con Jesús; para ayudarle, visitar a los enfermos, consolarles.

Día 20.—Jesús en la cruz habla aquellas siete hermosas palabras, enseñándonos cómo debemos portarnos en las pruebas y ocasiones de esta vida cuando nos insulten o nos desprecien, perdonando generosamente a imitación suya, ya que no, como Él, devolviendo bien por mal. No desconfiar, sino confiar en su misericordia que nos perdonará (como perdonó al buen ladrón) nuestras maldades con solo que confesemos nuestros pecados y humillados confiemos en el perdón, que no nos negará. Aquel que muere por nosotros en una cruz rogando por los mismos que le crucifican. ¡Qué bondad! ¡qué amor! ¡qué lecciones tan divinas nos da nuestro divino Redentor! el que también se queja de sed, no tanto de beber agua, como de nuestras almas.

Día 26.—De la presencia de Dios.

Día 27.—Del amor de Dios sobre todas las cosas a imitación de la Virgen.

Día 28.—Del amor a Dios sobre todas las cosas ¡amor! ¡que amor repita siempre! ¡por amor lo haga todo y el amor sea el móvil de todas mis acciones!

Día 29.—Del amor y devoción a la Santísima Virgen.

61.—12 de S. (*¿Querrá decir 12 de septiembre de 1923?*).

Es de noche. ¡Cuántas faltas hoy, Jesús mío! ¡perdón! ¡ten misericordia de mí! dame tu gracia para empezar a servirte mejor, amarte de verdad y mucho. Jesús mío, propongo mañana ofrecerte algún sacrificio; pero bien veis Dios mío y Jesús mío mi inconstancia, debilidad y flaqueza; no me abandonéis, que confío de poderlo todo con vuestro auxilio, ayudadme con vuestra gracia a cumplir mis propósitos, ser más humilde con los de casa, y no comer fruta. Hasta mañana, dulce Jesús mío.

Como querría vivir en el mundo si no podía ser religiosa

(Escrito por mandato de su director)

62.—¡Cuánto me cuesta escribir esto! por obedecer lo escribo, porque me parece a mí que diciendo esto es como si no quisiera llegar a lo que aspiro; pero... sea todo por Dios.

Si por mis enfermedades no pudiera lograr la dicha a que aspiro, la de ser esposa en la tierra de mi dulce Jesús, mi rey y mi todo, si esta es su voluntad... también la mía, y le ofreceré este sacrificio tan grande en satisfacción de mis pecados; y en el mundo me haré la cuenta de que estoy sola, sola con mi enamorado dueño en una casa grande, grande como es el mundo.

En casa me sujetaré en todo y por todo a la obediencia, no haciendo nunca mi voluntad sino la

de ellos, lo mismo de mis padres y hermanos, amigos y demás personas mayores o pequeños, no mirando en ellos nada más que el complacer a mi querido Jesús sólo por el amor. Ofreceré mi vida, mis sufrimientos en reparación y por la salvación de las almas. Procuraré trabajar según mis fuerzas sobre todo en los trabajos y oficios humildes y despreciativos y que más me molesten, sin quejarme nunca si me mandan más o menos, o mejor o peor, pensando que quien me manda es la Virgen, y a quien sirvo, a mi Jesús; pensando en El y con su gracia, ¿qué trabajo, aflicción o pena se puede llamar grande ni pesado?

Estar alegre a pesar de los pesares. Tener siempre fijos mis pensamientos, mis ojos, mi amor, mi confianza, mi todo en el dulce objeto de mi cariño. Procuraré estar siempre en la presencia de Dios, diciendo: Dios me ve, Dios me mira, Dios me ha de juzgar. No dejaré un solo día de recibir en mi corazón a mi Dios, mi Jesús amado, mi fortaleza, mi consolador, animador y mi todo. Tener una vida recogida y humilde, y si puedo es mi deseo vestir el hábito de la Virgen del Carmen.

63. Una de las cosas que más me agradarían, y emplearía el tiempo en ella con sumo placer, es enseñar la doctrina cristiana a los niños, enseñarles a conocer y amar a Dios; ¡qué ocupación tan divina! ¡qué envidia me dan las mayorcitas cuando las veo ir a la doctrina todas las noches! cuando salen las oigo cantar y veces saltarme las lágrimas, porque me acuerdo que pudiera yo salir también contenta y satisfecha después de haber enseñado el Pa-

dre Nuestro, el Credo, la Salve, quién es Dios, esto a los pequeños; y a las mayores enseñarlas a amar, conocer a un Jesús tan dulce como es mi Jesús.

64.—Consolar al triste en lo que pueda, visitar a los pobres enfermos animándolos a que pongan su confianza en ese Dios tan bueno, ofreciéndole sus sufrimientos con resignación, ya que no con alegría, ¡qué dulce es todo esto! esta será mi ocupación favorita en los ratos que tenga libres; y tranquila amando, reverenciando, adorando a mi dulce Jesús, me haré la cuenta de que he muerto al mundo, y el mundo ha muerto para mí, para que mi vida esté solamente contigo, mi querido Jesús... Mortificaré mis sentidos, especialmente la vista, oído y lengua, y he de seguir mi camino de la virtud, de sacrificios y amor a limosa y generosamente. Y como si en realidad estuviera muerta, no me quejaré de que todos me abandonen y me dejen y me desprecien. Concédeme esto, Jesús mío dulcísimo, y que por tu gracia muera a todo lo que no seas Tú, gustando estar enclavada contigo en tu misma cruz; de modo que ya no viva yo, sino Tú en mí por siempre jamás.

También como una esposa verdadera de Jesús, de aquel que no se desdeñó en limpiar los pies sucios de hombres pecadores, así yo estaré dispuesta a hacer cualquier sacrificio por repugnante que sea, a cualquiera de mis prójimos; y procuraré buscar las ocasiones de asear y limpiar con verdadero cariño a niñas pobres y viejecitos que sepa lo necesitan, inculcándoles a la vez el amor a mi Dios y a mi Jesús y a la Virgen mi querida Madre.

Cómo hacia la meditación

(Escribiólo por orden de su director y tiene tres o cuatro borradores; por eso pónese primero lo que tiene en un borrador, aunque no es más que el principio de la oración; y luego se pone lo que ella dio).

65.—No sé si podré explicar bien cómo hago la meditación; ayudadme Vos, Jesús mío, para que yo diga todo tal como Vos sabéis la hago.

Una de las cosas que más me gusta hacer, y que más gozo siento y más dulzura encuentro en ella, es (después de la comunión) la meditación, porque poco a poco conozco lo que yo soy y lo que es Dios; en ella encuentro una paz y una tranquilidad... una cosa que no puedo explicar. Antes de ponerme a meditar, mi corazón salta de gozo, pues veo que no es con cualquiera con quien hablo, sino con mi Dios y Señor. Antes de ponerme a meditar pienso ¿con quién voy a hablar? ¿y quién es el que me va a hablar a mí? ¡yo! ¡con mi Dios... mi Redentor y mi todo! ¡a quien tanto debo y quiero! ¡hay que ver! ¡yo tan pequeñita, que no valgo nada, hablar con mi Dios! ¡qué bondad tan grande la tuya, Dios mío, cuando consientes y gustas y quieres que te hable una nada como yo! ¡cómo debo estar en tu presencia! ¡cómo debo humillarme ante mi nada y tu poder, y recibir con humildad las gracias e inspiraciones que me dais y corresponder a todo lo que queráis de mí!

Para empezar no me gustan oraciones de los libros, sino lo que a mí se me alcanza: lo primero me pongo en la presencia de Dios, y para más, me imagino estar ante el Sagrario recibéndole, y hago la comunión espiritual, y digo: «Ya estoy con mi Dios»: me arrodillo y le adoro con toda mi alma y con todo mi ser: Dios mío, creo que estás en mí, y presente, y veis todo lo que yo soy. ¡Qué dulzura más grande siento! hay veces que me parece verle a mi lado y que yo apoyo mi cabeza en su pecho; y cuánto me gozo entonces de verme chiquitina, tan pobre, diciéndole: «Yo os quiero mucho, yo os adoro y os amo con todo mi corazón; también os pido perdón de todos los pecados y faltas; te pido tu gracia para hacer esta meditación; ayudadme Vos a conocer más y más mi nada y vuestro poder, y saber agradecer tantos favores y gracias como me concedéis». Hay veces que me paso mucho tiempo así, y me parece sentir más y mejor el amor que me tiene Jesús; y pensando en esto siento una cosa que me hace llorar; y me gusta tanto pensar en estos momentos en lo poco que valgo, en verme lo que soy, tan pobre, tan chiquitina, tan nada, ¿por qué será?

66.—Dios mío, os pido vuestra gracia para que yo diga cómo hago la meditación, tal como Vos sabéis la hago. Una de las cosas que más me gusta hacer y que más gozo siento y más dulzura encuentro en ella es (después de la comunión) la meditación; en ella encuentro una paz y una tranquilidad... una cosa que no puedo explicar: no me gusta hacer oraciones en los libros, las oraciones las

hago yo segun puedo. Puesta en oración, mi pensamiento sólo se ocupa en mi Dios y mi todo; y en su presencia y ante El, que me parece verle mirándome, pero tan de verdad, tan de verdad me parece, que desahogo mi corazón y le digo muchas cosas; y me veo tan chiquitina entonces, tan nada, que de alegría me dan ganas de llorar, ¿por qué será? en estos momentos quisiera olvidarme de todo, y así me pasaría las horas enteras sin cansarme; ¡me es tan dulce! ¡qué bueno es Dios conmigo!

Al ponerme a meditar, lo primero (qué sé yo por qué, pero siempre lo hago) me imagino estar ante el Sagrario recibiendo a mi Jesús y hago la comunión espiritualmente; y al encontrarme en la presencia de mi Dios y de mi Jesús amado, le adoro con toda mi alma y con todo mi corazón; qué dulce me es pensar que estoy con El, hablándole, pidiéndole y oyéndole, y decirle: Yo os quiero mucho, pero soy tan débil, tan nada, que si no me ayudáis con vuestra gracia, no sé qué será de mí; perdonadme todos mis pecados y faltas, que os prometo no volver a ofenderos; decidme, enseñadme cómo debo estar este rato con Vos; y haced que os conozca más y más y os ame muchísimo, y reconozca más mi nada y mi nulidad y flaqueza: aquí me tenéis arrodillada a vuestras plantas, haced de mí lo que queráis, yo sólo os pido que os ame siempre mucho y no os deje por nada. Virgen bendita, enseñadme a estar como se debe estar delante de vuestro Jesús; ayudadme Vos a hacer esta meditación, para que sea grata a Dios nuestro Señor, y yo adelante en el servicio de Dios.

S. José bendito, Sta. Teresa de Jesús, vosotros que tan bien sabíais orar, pedid porque yo también aprenda a hacerlo; y tú, Angel querido mío, di a Jesús todo lo que falte por mí. Hay veces que cuando después de estar en la presencia de Jesús, cuando me parece verle a mi lado, tan dulce, le veo sonreír y yo entonces me apoyo en su pecho, me parece estar en el cielo; no digo nada, pero mi corazón me salta del pecho y lloro; y así me paso mucho rato sin decir nada, pero siento una cosa... no sé explicarlo bien: veo lo mucho que me quiere y sufro más... de ver que le he ofendido tanto...; cuando es así, no hago nada, se me pasa el tiempo, oigo que me llaman, y ya no puedo más. Pero ¡cuánto tengo que agradecer a Dios! si a otras les diera lo que a mí, ya eran santas; pero yo... ¡Dios mío, Dios mío! yo quiero serlo.

67.—En la meditación, lo que más medito es en la Pasión de Jesús; y ¡cuántas veces me paro porque no puedo seguir! desearía llorar y no puedo, me lo notarían; pero me dan unas ganas de sufrir, de padecer, de que me desprecien, y hago unos propósitos... que luego cumplo malamente; ¡soy tan floja!

Después termino pidiendo a Jesús que aumente en mí su amor para gozarle en el cielo, y digo: Gracias, Dios mío, perdonadme lo mal que lo he hecho; dame tu gracia; hago alguna oración pequeña y le prometo más y más.

Antes de ponerme a hacer la meditación pienso (mientras hago alguna cosa) que voy a hablar con mi Dios tan grande y todo; y yo soy nada ¡cómo pues debo estar! ¡con qué humildad!

Gracias en la oración.

68.—Me pasaba algunas veces, que sin pensar, ni saber, ni esperar merced tan grande como lo que me ocurría estando ante el Sagrario, y especialmente después de comulgar, no puedo expresar lo que pasa entre Jesús y yo cuando esto me ocurre: cuando menos lo pienso siento una dulzura tan grande, siento tan cerquita a mi Jesús, que se pasaría no sé el tiempo sin darme cuenta de nada; y aunque mucho tiempo pase y esté de rodillas, no lo noto. Cuando es así, no le veo como otras veces me parece verle; nada más le siento ahí, junto a mí; no sé, no sé decir cómo es esto; pero veo tan de verdad que es El, mi Jesús, que no me cabe duda ninguna.

Alguna vez llorando yo por haber sido tan mala, oí su dulce voz, y me decía que llorase, sí, pero no temas y ámame mucho y yo estaré siempre contigo.

Contándole mis faltas y pidiéndole perdón pasaba mucho tiempo.

Otras veces no decía nada, sintiéndome muy dichosa y muy feliz; así se pasaba el rato hasta que me tocaban para decirme que era hora.

Me marchaba tan alegre con tal compañía, que no cabe duda era mi Dios; andando todo el día con un cuidado muy grande de no hacer cosa que le desagradase, porque me parecía que siempre me estaba mirando.

Favores en la cuaresma de 1923. (Escrito en 1924)

69.—De lo que me pasó el año pasado en la cuaresma, tan grabado se me quedó en mi pensamiento y en mi corazón que no se borrará jamás.

Un jueves después de hacer la Hora Santa lloré mucho recordando mis pecados; ¡qué dolor tan grande sentía porque con ellos te había ofendido a tí, Jesús mío! al poco rato sentí que yo misma oraba con mas fervor, pero sin pronunciar palabra, sólo por dentro; de pronto vi a Jesús cubierto de sangre por todas partes, ¿que sentí entonces? fue un momento, un abrir y cerrar de ojos; no vi más, pero recibí tal dolor en el corazón que pensé morir.

70.—Otro día me fuí al huerto (1) a pensar en El, en mi Jesús, siguiéndome siempre el recuerdo de mis pecados, y sin poder contener las lágrimas rogaba a mi Jesús me perdonase por lo que El había sufrido por mí; ¡cuánto! ¡cuánto sufriríais en vuestra Pasión! Y le dije: Yo querría sufrir algo por Vos; y me quedé callada como esperando; y mi buen Jesús le vi segunda vez, pero en medio de aquellas fieras que hiriéndole sin compasión le desgarraban las carnes. «Aprende, esto es sufrir», me dijo con la mirada, que aun hoy alguna vez me hace estremecer.

71.—Y por último, el viernes de pasión le pedí yo me diera (si lo creía El conveniente) un dolor

(1) Un huerto que la familia tiene muy cerca de casa.

de cabeza, para penetrar en algo en la corona de espinas que clavaron en su delicada cabeza, y sufrir aquel dolor por tantos y tan agudos como El sufrió: así fue, se me puso un dolor tan grande como si me clavasen agujas; y estaba yo ¡de contenta! dándole gracias y pidiéndole más, más; pero algunas veces tenía que bajar la vista, pues si alzaba los ojos tenía ante la vista aquella corona de espinas taladrando las sienas de mi Redentor, tan agudas y penetrantes, sacando la sangre que corría por su divino rostro. En este día el dolor de mis pecados fue más intenso, y sin poder mirar a mi Jesús en tal estado, de tal manera se grabaron en mi mente las llagas de mi Jesús, que no se han vuelto a borrar de mí.

Y ahora yo digo, ¿habré yo correspondido a tantas gracias y tan grandes? con pena tengo que confesar que no, ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Y si no le conté todo esto, es porque primero pasaban como relámpagos, aunque se quedaron imborrables en mi alma; y porque como no era buena, no me creía yo digna de esas cosas; y creía que era que quería yo pasar por buena sin serlo, si lo decía.

Varias impresiones o afectos sueltos

72.—Digo yo que ¿no será falta muy grande en mí el querer marcharme con mi Jesús al cielo? siendo lo que soy, tan mala, tan poco mortificada, ¿será que yo me crea buena? ¿será esto orgullo? yo que no merezco nada ¡suspirar tante por el cielo! ¡desear

con tantas ansiasirme a él! Ay Jesús mío, bien sabes que todo mi anhelo, toda mi dicha está en amarte y poseerte; y que viendo mi nada, mi miseria y que tan fácil caigo en faltas que a mi Jesús le hacen sufrir, y cómo yo sufro con ofenderle, por eso tengo muchos deseos de irme al cielo para no ofenderle jamás y amarle mucho y estar por siempre cerca, muy cerquita de mi querido Jesús.

73.—¡Oh Jesús mío! ¡cuánto te quiero! ¡cuánto te amo! ¡cuánto te adoro!... y ¡cuánto quiero quererte! ¿cómo es posible que haya quien no te quiera? ¡si gustaran de Tí...! ¡de tus dulzuras...! cuán presto abandonarían todo otro querer para ocuparse todos en Tí y en el amor grandísimo que Tú nos tienes, no procurando sino complacerte y agradarte, y amarte con todo el corazón, como yo lo deseo; y humildemente te pido me concedas, Jesús mío, gracia tan grande como es el saber amarte de verdad, y con ahinco, y con el alma toda. Yo también antes ¿te acuerdas, Jesús mío? ¡qué lejos andaba de Tí! allá lejote, lejote, qué poco me acordaba de que Tú me querías tanto, de aquel inmenso amor, tan grande, tan grande, Jesús mío... que te hizo derramar hasta la última gota de tu sangre divina; ¡oh amor inmenso, amor infinito, amor de amor! y yo ¡qué mal correspondía a tan divino amor, entretenida en las bagatelas, y vanidades, y amoríos del mundo engañoso! olvidaba el amor sublime, el amor puro, el amor casto, el amor de mi Jesús, el amor del cielo; este amor que ahora que he gustado un poco de él, noto la dulzura de mi amado Jesús que tantas veces me brindaba di-

ciéndome amoroso: Deja, deja la hiel y el acibar que producen los goces del mundo, y ven, ven a gustar los frutos de mi amor, que son dulces como el panal de miel.

74.—¿Quién me envía los sufrimientos, estos dolores tan atroces? es mi Dios que quiere que su hija sufra pruebas (bien merecidas por mis muchas faltas); quiere saber si yo, que protesto morir antes que ofenderle, soy sincera y sé mantenerme en mis promesas. ¡Cuánto me amáis, Dios mío!... Pues bien, mi Dios, machacad mi corazón, mandadme lo que queráis; quiero sufrirlo todo por vuestro amor; quiero seguros, si lo pedís, hasta la cima del Calvario y ser inmolada por completo; amaré los sufrimientos y las aflicciones por amor de mi Dios, porque en medio de mis sufrimientos, oh divino Corazón, Vos me hacéis gozar de inmensos consuelos. Auxiliadme, Dios mío, para cumplir estos santos propósitos de aceptar gozosa y alegre y sólo por amor a Vos, las enfermedades que padezco y que tanto me hacen sufrir.

75.—¡Oh Jesús mío! por fin te tengo conmigo para gozar de Tí a solas en mi corazón; gracias mil, pues hoy he tenido la dicha de recibirte sacramentalmente; ¡tanto tiempo como he suspirado llegara tan dichoso día en que Tú todo mío y yo toda tuya! ¡qué grande es, Jesús mío, la dulzura del alma que te recibe en su corazón por medio del Santísimo Sacramento! Así mi alma, que hoy te ha recibido y te estrecha dentro de su ser, se considera dichosa y feliz; mi alma anhela tu sagrado cuerpo, mi corazón desea estar unido contigo; entrad en mi alma,

Jesús divino, Vos sois mi único sostén, mi gozo completo.

¡Oh Dios mío! Meditando, leyendo las «Moradas» de Santa Teresa de Jesús, echo mi vista atrás, a hace unos años en que yo me encontraba entretenida con las vanidades del mundo; y ocupada en tonterías y majaderías, olvidaba el contemplar la hermosura de mi alma; no procurando averiguar dónde estaba, ni saber qué era yo; no acordarme de que mi gran Dios moraba (o quería morar) dentro de mí; y entretenida, como dice la Santa, y aficionada con la porquería de los que se llaman placeres engañosos del mundo, como son la vanidad, amor propio, envidia, diversiones... que como estaba ciega no veía su peligro; y en fin, como dice la Santa, mi alma sin oración estaba enferma y muerta para poder contemplar la hermosura de mi alma y penetrar en este castillo encantador, ni aun en las primeras moradas, acos umbrada (por decirlo así) a estar disipada, entretenida con mil sabandijas sin procurar nada más que adornarme y admirar...

(Lo que sigue hasta las cartas (números 76-80) debió de escribirlo Josefa en las Navidades de 1923, para que sirviese a las niñas del Rebañ to de modelo de las cartas que las hizo escribir al Niño Jesús y a los Santos Reyes).

Al amable, al dulce, al celestial Jesús

76.—Divino y amado Jesús de mi alma y de mi corazón: Hemos dispuesto todas las niñas y niños

de tu Rebañito, que Tú bien conoces, escribirte una carta (cómo te estás riendo...), ya sé que Tú lo sabes todo, pero yo quiero contártelo todo como ya sabes lo hago siempre; pues sí, hemos pensado escribirte una carta para decirte cuánto te queremos y cuánto deseamos amarte de verdad, y para pedirte muchas cosas a Tí, que todo lo puedes; no desoirás nuestras súplicas. Oh Jesús de mi alma, ¡cuánto te quiero! Tú eres mi amor, Tú eres mi todo, mi todo. Tú eres mi unico y mejor amigo. Mira, Jesús mío, yo voy a pedirte unas gracias que no me puedes negar, yo necesito pedirte mucho; primero que todo amarte, amarte mucho y a Tí solo, ya no quiero ser mía, sino tuya; tuyo mi corazón, tómale por tu cuenta, mi amadísimo Jesús, sin dejarle apartar jamás del tuyo; yo quiero morir mil veces, Jesús mío, antes que ofenderte, ¿qué digo? pero ni siquiera ponerte triste. ¡Cuánto te amo, Jesusito mío! y por qué te querré tanto, tanto, mi Jesús? Ah, bien lo sabes Tú, porque te debo mucho, porque me has perdonado mucho, mucho, ¿te acuerdas? Por eso yo te amo mucho y quisiera yo no hacer otra cosa, para corresponder a tus gracias y bondades para conmigo: de hoy en adelante todo lo quiero hacer porque te amo; todo lo quiero padecer sólo porque te amo; te amo, Dios mío, te amo, mi buen Jesús, mi querido y generoso Jesús: pero no solo quiero amarte, sino padecer, sufrir por Tí, Jesús mío; yo quiero padecer para parecérteme; oh sí, mi querido Jesús del alma, yo quiero sufrir, quiero sufrir, pero no tengo valor; por eso acudo a Tí, para que me escuches y me concedas gracia

tan grande; quiero sufrir para satisfacer por mis muchos pecados; quiero sufrir para pagarte tantas gracias y tantos beneficios; quiero sufrir para poder ir al cielo, quiero sufrir por Tí nada más y porque te amo mucho.

77.—Mira, Jesúsín; hemos sabido que en muchos sagrarios estás muy solo, muy triste y llorando; ¡pobre Jesús mío! pero ya no será así; nosotras que tanto te queremos, no dejaremos un día sin ir a verte y decirte: No llores, que ya no estarás más tiempo solo, seremos tus amiguitas y pasaremos juntos muy buenos ratos; y cuando no podamos venir, nuestro corazón volará a hacerte compañía, para que no llores y rias siempre.

No te puedes suponer cuánto gozo los domingos al contemplar a tantos niños de rodillas delante de Tí diciéndote: Aquí nos tienes, Niño Jesús, venimos a hacerte un rato compañía, somos tus amiguitas, que no queremos más que amarte mucho y verte muy contento; seremos buenas, aplicadas, obedientes, y nos acordaremos mucho de Tí. Oh Jesús mío, dignate escuchar las oraciones de estos puros y sencillos corazones, envía abundantemente tu divina gracia sobre ellos para que cumplan los propósitos de amarte siempre, siempre; acoje bajo tu amparo y corazón a esta pequeña grey, que en nombre de todos te pido nos bendigas y que tu bendición se grave en nuestras almas para que después, siéndote fieles, nos admitas a todos en tu paraíso para gozar contigo por toda la eternidad.

78.—Y tu María, Señor, ¿qué te pedirá? ser tu

María siempre, dueño mío; y si te he de dejar.... morir mil veces, Jesús mío, antes que infiel abandonarte. Tu María seré, y mi vida entera quiero pasar al pie de tu sagrario solitario; porque el Sagrario es para mí la fuente del celestial amor. Oh Sagrario querido, que encierdas a mi Jesús, qué pena me da ver la indiferencia de tantos que pasan por tu puerta desoyendo tu dulce voz con el ruido del mundo engañoso, oh Jesús mío, de este mundo desconocido, déjame que a Tí me llegue y abrazada a tu cruz vivir muriendo a ese mundo engañoso; que en amor y humildad funde mi vida, y negándome a mí, siga valiente de tu cruz el camino, e imitando a mi querida madre Sta. Teresa de Jesús diga con ella: Padece a morir. Tu María, ser siempre tu María, eso pido, Señor, y que el último aliento de mi pecho sea un suspiro de amor; y al presentarme ante Tí para que juzgues mi pobre alma, pueda decir con verdad: «Jesús mío, os he preferido en la tierra a todo»; dadme vuestro amor y vuestra gracia, que con ella todo lo podré; todo por Tí, para Tí y contigo.

Tu María

Josefa del Divino Solitario.

79.—A los simpáticos Reyes Melchor, Gaspar y Baltasar.

Queridísimos Reyes: Después de saludaros respetuosamente, os suplico desde el fondo de mi corazón que cuando estéis en presencia de mi Niño Jesús en el portalito de Belén le pidáis por esta pobrecita pecadora, que no quiere serlo, y sí quiere

amarle mucho y ser su discípula y amiga, siendo como El humilde, obediente, callada, amando la santa pobreza para imitarle; decidle a ese Niño tan encantador, a quien quiero tanto, que quiero que mi corazón no suspire, ni anhele, ni desee nada sino amar y estar con su dulce compañía; también que no me separe nunca de su dulce corazón, que me haga muy buena, muy buena, para que esté siempre contento conmigo; que se cumpla en mí su santísima voluntad, y que por sus sufrimientos en el portalito de Belén me perdone todos mis pecados y jamás vuelva a ofenderle; pedidle el cielo para mis padres y hermanos y para todos los que amo; adoradle en mi nombre y dadle un abrazo y un beso. A Dios, queridos Reyes, no os olvidéis de mí ante el Niño de Belén; os quiere muchísimo.

Josefa Gómez.

Viva Jesús, María y José.

80.—A mi Sagrario abandonado.

Queridísimo y amado Jesús de mi Sagrario de...: En vez de esta carta que te escribo quisiera poder visitar tu Sagrario y estar largas horas prostrada ante Tí, y con esta vi ita reparar el abandono y el olvido en que te tienen las almas de tu pueblo.

Recibe, Jesús mío, y dignate aceptar mis deseos de visitarte con frecuencia en este Sagrario, y en espíritu volaré a hacerte compañía en mi Sagrario abandonado. Amor y sacrificio te dará sin cesar

Juanita.

Viva Jesús mi amor y María mi esperanza.

CARTAS

1.— A la señorita Fresolina Sánchez Gutiérrez (familiarmente llamada Iso) de Mombeltrán, sobre las Marías. Mayo de 1922.

Viva Jesús.

Querida Iso: En este momento llega la Emilia con tu tarjeta, y me parece muy bien quieran enterarse de la Obra; anímalas mucho, pídeselo a Dios; tú ya veo estás muy animada, ¡cuánto me alegro! Te mando la Obra de las tres Marías y esas hojitas para que las leáis; son para la propagación de la obra; no tengo mas; así que con mucho gusto os las dejara para vosotras, pero las tengo que dar a otras chicas. Así que, si voy yo pronto (que sí será), las guardas hasta que yo vaya, que las lean todas; y también te mando ese librito de la comunión diaria, es precioso, ese le dejas para ti; las demás amiguitas, que le lean, ya buscaré a ver si tengo más. A ver si os animáis más que ninguna y lo sois todas. Yo bajaré lo más pronto posible; (1) si puede ser, el domingo bajaré o antes; enteraros bien de la Obra, leerla toda hasta el fin.

No puedo decirte más, pues tengo prisa. Recuerdos en tu casa y a las amigas, y para tí un abrazo, pero cariñosísimo, de tu mejor amiga

Pepa.

(1) Dice *bajaré*, porque el camino a Mombeltrán es todo cuesta abajo.

II. A la misma.

J. M. J.

San Esteban del Valle.—31—mayo—1922.

1.—Mi querida amiga Iso: Pensaba bajar el domingo, pero viendo que me es del todo imposible te escribo para decirte digas a tus amiguitas lo que te dije a ti referente a lo del baile... que se repruebe en todas las jóvenes y más en una María del Sagrario; así que tú se lo dices a ellas (que yo no se lo dije por estar Luis delante), y que se decidan a dejarlo y ser Marías: que lo piensen; anímalas tú, y ya verás cómo Dios nuestro Señor lo recompensa; por un poquitín que hagamos por El, El nos lo paga con creces. Esta obra de las Tres Marías es una cosa muy grande, ¡las gracias que Jesús da a sus verdaderas Marías! ¡los favores de que las colma!.. son inmensos, ya lo veréis por experiencia cuando lo seáis vosotras: por un corto servicio, porque le acompañemos con nuestras visitas y obras buenas, comuniones, en sus abandonos en la tierra, El nos llevará un día a gozar con El en el cielo; ya ves si llevamos ventaja... así que animaros (que ya creo que lo estáis) y a ver si podéis alguna comulgar diariamente.

2.—Mira, hay dos clases de Marías; unas contemplativas, cuyo oficio es comulgar y visitar diariamente al Santísimo Sacramento con la intención de acompañarle en el sagrario abandonado que se les indique, vosotras del vuestro; si no po-

déis ir todos los días, por lo menos tres o cuatro días, y los que no se pueda, comulgáis espiritualmente. La otra clase de Marías se llaman activas, y éstas a más de comulgar diariamente, &, tienen que trabajar por media de cartas, visitas, &&. para formar otras Marías en el pueblo a que corresponda su sagrario. Activa soy yo; aquí en mi pueblo todas serán contemplativas, vosotras veréis cómo queréis ser.

3.—Espero de tu bondad me contestes lo antes posible diciéndome cuántas queréis serlo, con la condición de no bailar, no siendo en un caso que os veáis en un compromiso grande; lo suelto sí que se baila.

Esta carta te pido por favor la rompas cuando os enteréis, pues va muy mal escrita. A D. Damián (1), si quieres, se lo puedes decir, él también os animará mucho.

Mis cariñosos recuerdos a tus padres y hermanas y amiguitas, y para tí un abrazo muy fuerte de tu invariable amiga que mucho te quiere,

Josefa Gómez.

4.—La comunión espiritual consiste en un deseo de recibir a Nuestro Señor el día que no podáis sacramentalmente; te mando ésta muy sencilla y cortita. «Dios mío, yo quisiera acercarme ahora al Sagrario y recibiros en mi alma sacramentalmente, mas ya que no puedo, venid a mi corazón y no os separéis de mí. Así sea».

(1) D. Damián Gómez Jiménez, celoso Párroco de Mombeltrán

Cartas a su párroco y confesor

Nota.— Viendo los padres de Josefa que nada se adelantaba en su curación, determinaron que cambiase de clima por una temporada, y para ello a fin de mayo de 1923 la llevaron a Medina del Campo. Estuvo en casa de una familia muy conocida en este pueblo, D. Gregorio Gil y doña Josefa Alvarez; hija suya es la Beatriz que nombra en la carta IV, y es también hijo suyo Luis, que acompañó a Josefa a Medina, y que en octubre siguiente casó con Serviliana hermana de Josefa.

Por lo que Josefa dice en varias partes, sobre todo en la carta que sigue, podrá alguno creer que su familia es poco cristiana, y aun enemiga de la Religión; no hay tal, y así lo hago constar aquí; todo lo que con Josefa pasó era hijo (como ella misma dice) del cariño mal entendido que la tenían. No acertaban con la enfermedad, y por tanto tampoco con el remedio; de aquí que creyeran la perjudicaba ir por la mañana a la iglesia y estar en ayunas, como con mucha frecuencia el médico repetía; y como también se les resistía el que entrara en religión (como deseaba), de aquí los obstáculos que la ponían para la comunión diaria, & &. En Medina conocieron la enfermedad, y como se vio que no era lo que creían, aflojó ya bastante la oposición. Por lo demás, en esta familia los hombres cumplen con sus deberes de cristianos, y las mujeres además comulgan con bastante frecuencia y más desde la muerte de Josefa.

III.

Medina del Campo, 2—junio—1923.

Sr. D. Anastasio Mateos.

San Esteban del Valle.

1.—Respetable Padre mío espiritual: El Señor le colme de bendiciones. Le voy a escribir una carta muy larga, contándole todo lo que me pasó, y por qué no bajé, (1) según le dije. Cuando entré a decirle me marchaba, subo a casa y no se puede imaginar qué caras me encontré; mi madre mirándome ¡de sería! y de una manera.... que supuse había tormenta, y me dispuse a recibir el chaparrón, sin intentar abrir el paraguas siquiera; mis hermanas también me miraban con un enfado.... Cómo sufría por dentro con verlas así; pero aparentando no notar nada, cogí mis libros y velo y me marché a las Flores. Al salir no me fui sin mis correspondientes piropos....; una lágrima fue la pagana de todo (¡qué tonta! derramar una lágrima siquiera por tonterías semejantes, valiendo lo que valen derramadas en otras ocasiones, ¿verdá usted?).

2.—Al salir de las Flores llegué a casa y me las encontré hablando muy animadas; y si viera usted

(1) Para entender esto de *bajar* y *subir*, hay que tener sabido que el pueblo está edificado en una pendiente, en cuyo punto más alto está la iglesia; y la casa rectoral algunos metros más baja que la de Pepa, aunque no las separa más que el ancho de la calle.

¡cuántas cosas tuve que ofrecer a mi Dios!... si no hubiera sido por El, dada mi flaqueza y lo cobardona que soy, qué sé yo qué hubiera sido de mí; pero ¡cuántas gracias tengo que dar a mi Dios! pues con su gracia, y.... yo no sé como, pero me parecía verle a mi lado y se reía diciéndome: «Vamos, súfrelo por mí, que te quiero tanto....» Yo entonces eché a llorar de alegría; ellas creerían lloraba por.... pero no, me sentía tan feliz que hubiera gustado se hubiera prolongado la sesión más rato. ¿No le parece a V. que son gracias que yo no merezco? ¡cuánto debe ser mi agradecimiento, cuánto....! ayúdeme V. a dar gracias a Dios. A pesar de todo, sentía en mi interior una lucha terrible, sentía deseos de sufrirlo calladamente, pues Jesús me inspiraba estos deseos; pero a la vez parecía me decían: «Tonta, llora rabiosamente como acostumbrabas a hacerlo, contéstalas, verás cómo se callan ; pero Jesús triunfó, ¡ay, cómo me animaba a perseverar y a sufrirlo todo por El!

3.—Con toda la calma que pude y hasta riéndome le dije: Madre, voy un momento donde V. me ha mandado, pues cuando venga la luz voy a bajar a casa del Sr. Cura a.... no me dejaron terminar; las tres a la vez: Sí, a que te dé alguna carta para algún Cura o Fraile: en fin, me hartaron de mala, que nos estás engañando, indómita, perversa, que quieres matarnos a todos.... créame que estaba asustada, no por lo que a mí me tocara, sino bien lo sabe Dios que si lloré fue por ellas. Tuve que reprimir las lágrimas, pues me mandaron callar, y que fuera a despedirme alegre y contenta en casa

de Cándida, pues les parecía mal no decir nada. Allí me dijeron no me creían, que donde me marchaba era a un convento: estuve un momento, y desde allí fui a casa de D.^a Petra, y me dijo que acababa V. de salir. Me disponía a marcharme a su casa cuando llegó mi hermana y no me dejó hasta que fuimos a casa allá muy tarde; así que no pude ir.

4.—En casa me esperaba una nueva reprensión y un sermón, digo seis u ocho; mira que si no nos aseguras.... si no nos prometes no ir.... que a ellos no les importaba nada si después de poner todos los medios, yo me empeñaba en asesinarme, yo pagaría; y que tuviera entendido que si les desobedecía, ofendería a Dios gravemente y todo sería para mi condenación; y que en fin, si yo me empeñaba en querer ir a comulgar mientras estuviera con ellos, ni aunque al ir fuera gorda y buena, me dejarían.—Pero contesta.—Pero ¿qué quieren ustedes que les diga?—Otra, ¿qué ha de ser? que no irás.—Pero ¿qué estoy haciendo ahora sino lo que Vdes. quieren? ¡Cómo tenía que tener mi pensamiento fijo en mi dulce Jesús para no saltar y ponerme a r....! pero Jesús vencía siempre, suya es la victoria; ¡cómo quiere que yo le quiera!....

5.—Después llamé a mi madre aparte y la dije: Madre, por el amor de Dios, mañana me dejará ir a comulgar.—No, y no; y no me hables, porque te quedas en casa y se lo digo a tu padre.—Si quiere, se lo pido yo.—No lo intentes. ¡Cuánto sentía no me dejaran! y sin llorar, aunque tenía muchas ganas, le volví a pedir más humilde, tanto que me parecía no era yo la que hablaba, pues no tengo yo

nada (comprendía que todo venía de Dios, que desde el fondo de mi corazón le pedía no me abandonase); le pedía me dejara, pues me marchaba de viaje, y ¡tanto miedo como la da a V.! y yo también comprendo pueda suceder una cosa inesperada. —Que te calles, te he dicho que no. Me fui a acostar, y allí lloré, pero di muchas gracias a Dios, porque ¿no le parece a V. que para ser el último día que pasaba en casa, aunque a mí me parecía malo, se le puede llamar día feliz? Le prometí a mi Jesús no llorar al día siguiente, aunque no me dejaran ir a comulgar, pero que estuviera allí conmigo, que así segura estaba de triunfar, y tranquilamente me dormí.

6 —Al día siguiente (1) al despertar sentía unos deseos de recibir en mi corazón a mi Jesús amado, que otra vez pedí permiso, y mi padre me hizo tomar un poco de leche. ¡Cuánto sufrí entonces! solo Dios lo sabe, que siempre tan bondadoso y generoso le vi a mi lado con el cáliz y la Sagrada Hostia en sus divinas manos y sonriéndose, que me hizo me fueran gratos todos los malos ratos pasados. Sin desaparecer de mi vista visión tan consoladora, partimos, no sin volverme a decir otra vez lo mismo. ¡Pobrecillos! me quieren tanto con un cariño mal entendido, que creen que quitándome eso, no me voy a morir, y me voy a poner buena. Yo pediré muchísimo por ellos, y los querré más, si cabe, ¿no le parece?

7.—Pues como le decía, partimos, y por el ca-

(1) Era el 29 de mayo,

mino, ¿se acuerda V. de Gemma cuando se ponían ella y su Angel a decir alabanzas a Jesús? pues así (no como ella, pues yo ¡pobre de mí! ¡cuán poco valgo todavía!), pero así, una cosa parecida; le decía a mi Angel: Mira, viene Jesús con nosotros, vamos a decirle cosas, para que vaya contento y no se vaya. Un viaje felicísimo; y a cada torrecilla que veíamos, mi corazón palpitaba de alegría, y corriendo se postraba delante de El y hacía la comunión espiritual. Llegamos a Menga y paró el auto mucho rato y me fui a la iglesia. Una señora me dijo:—¿Dónde va V.?—A hacer una visita.—¿Conoce a alguien?—Sí, mucho, acompañeme, si quiere. Y qué risa le dio cuando vio que era a la iglesia. ¡Qué solito estaba! Estuvimos hasta que nos llamaron para continuar el viaje, felizmente gracias a Dios.

8.—En Avila toda la tarde haciendo encargos; y a las seis y media había una función, dada por unas señoritas de Avila para la Casa de Misericordia (1). Yo había dicho a Luis que tenía que hacer unas visitas.—Mira, si vienes a la función, te dejo ir a Misa y donde quieras, pero si no, diré a tu padre todo y no saldrás.—Bueno, iré a la función. Obré mal ¿verdá usted? La función era; dos señori-

(1) Fue una velada artística celebrada en el Teatro Principal en beneficio de la Casa de Misericordia. Consistió en un rato de cinematógrafo; luego la triple Juanita Núñez, acompañándola al piano su hermana Cecilia, cantó sola (y a dúo a veces con Antoni Núñez) las romanzas de Aida, Fausto, Sangre y Arena, la canción a Granada, y otras piezas. También Cecilia y su hermana Carmen tocaron a cuatro manos la fantasía de Los Hugonotes. Véase el *Diario de Avila* del 30 de mayo, de donde hemos sacado estas noticias.

tas tocaban y otra cantaba en inglés y no sé cómo más; un poco de cine, y nada más. Lo más chistoso fue que me quedé dormida; no pude hacer otra cosa mejor; pero de todos modos hice mal

9.—Al otro día, fiel a su promesa, me dejó ir a Misa, y después de desayunar fui a la Catedral, y allí estaba D. Justo que ya se marchaba. Me dijo fuera a su casa, y me dijo estaba muy enfadado conmigo porque no le había escrito; me preguntó por V., y que yo ¿qué tal andaba? y mire V., estaba desconcertada, no supe decir cosa ninguna. Me dijo que como ya era tarde y me tenía que marchar, que le escribiera alguna vez, y yo no sé; ¿me quiere usted escribir una carta para yo mandársela?

10.—Al llegar a Medina, esta familia estaban esperándonos, ya le contaré. Esto me gusta, y me parece me ha de sentar bien; el dolorcillo que tenía ha desaparecido y continúan las ganas de comer, y si Dios quiere me pondré bien. Mire V., al entrar en Medina todas las caras extrañas y desconocidas, sin conocer a nadie, ni a mí tampoco; pero vi muchas torrecillas y me decía: No todos me son desconocidos; ahí hay uno que me conoce, y yo le conozco mucho y le amo mucho más. El día del Corpus (1) al salir la procesión del Santísimo sentí una emoción tan grande, tan grande, que cayendo de rodillas y sin contener las lágrimas, allí entre una multitud de gentes con tan poco respeto, que sufría más... y le dije: Jesús mío, yo quiero amarte por todos, aquí estoy, soy siempre la misma. ¡Pobre Jesús!

(1) 31 de mayo.

11.—No puedo más; contésteme V: ¿lo oye? y no se olvide en sus oraciones de una pobrecilla que necesita mucho, porque es muy boba y debilucha; y pidiéndole su bendición se despide esta humilde servidora.

Pepa.

Voy a comulgar más días, tres o cuatro por semana; dígame qué debo hacer, si hago mal o bien.

IV Al mismo

Viva Jesús

Medina del Campo 19 de junio de 1923.

Sr. D. Anastasio Mateos, Arcipreste de San Esteban del Valle.

1.—Muy amado padre en el Corazón dulcísimo de Jesús: Recibí su primera carta con dos días de retraso, pues se conoce que con el cambio de casa, y el cartero sin conocerme, no preguntó a nadie, hasta que yo le dije: Si alguna carta viene para Josefa Gómez a Calle del Pozo, (1) haga el favor de traérmela aquí; y al otro día recibí la de V. que me animó mucho; primero por los ánimos y prudentes consejos con que siempre me ha recomendado V. sobre todo mucha humildad, mucha humildad.

(1). Calle del Pozo, núm. 14; desde esta casa se trasladaron todos a la calle de Ramón y Cajal, casa de D. Federico. El 3 de julio salió para Mondariz con su hermana Consuelo: allí estuvieron hasta el 24, que fueron a Vigo. El 25 emprendieron el regreso a Medina, donde estuvieron unos días, y otros en Avita. El pueblo llegaron el 6 de agosto.

Cuánta razón tiene, pero ¿cómo, me repito yo a mí misma, he de envanecerme ni enorgullecerme yo?.. yo?... si no supiera muy bien lo que soy, lo que he sido... pero no obstante, si ve, padre mío, en mí algo de orgullo (¡qué locura más grande!) dígame lo que debo hacer para que desaparezca. Pero le digo que estoy tan convencida de mí nada, que continuamente doy gracias a Dios diciéndole: Dios mío, os doy infinitas gracias de que nada soy en vuestra presencia; y ¡cuánto gozo! ¡ay Jesús mío, mi dulce dueño, mi dulce amor! ¡cuánto te quiero!

2.—También me alegró mucho, pues por usted sabía de los de mi casa, que han estado sin escribirme más de quince días. Sufría, mire V., no lo podía remediar; así se lo decía a mi Jesús, que me decía: «Acostúmbrate a estar sola; permito esto para que, desasida de todo, te acostumbres y aprendas a sufrir el que t... olviden, para que acudas a mí solamente».—«Es verdad, Jesús mío, le decía, pero soy tan débil todavía, que no puedo menos; luego la imaginación tan exaltada... perdóname; pero bien sabes que si sufro, es como a tí te gusta».

3. Mire V., pasar un día, otro y otro, y nada; escribirles yo tres cartas, sin contar dos anteriores, y nada; así que cuando recibí su carta me tranquilicé, pues sabiendo estaban buenos, estaba conforme; así que como no recibía carta de nadie, escribí a Sofía, (1) a Luis, y una postal a mi casa; de tres alguna llegaría, y decía a Sofía eso, no siendo que se

(1) Sofía Rodríguez es otra joven del pueblo con título de maestra, y muy amiga de Josefa.

hubieran perdido todas mis cartas... De todo se puede sacar provecho, porque yo aquí, ¿qué puedo ofrecer de contrariedades a mi querido Jesús? Ya me han escrito de mi casa, y me dicen, pobrecillos, que se habrá perdido su carta; puede ser, pero si así no hubiera sido, yo ya les he perdonado el mal rato o el bueno, no sé cómo decir.

4.—Ahora le diré algo de la vida que hago aquí; los de esta casa me dejan ir todos los días que puedo a comulgar; pues preguntaron si tendrían alguna responsabilidad, y les contestaron que mientras no me perjudicara a la salud, podían dejarme; y como estoy mejor, voy casi todos los días, que si viera V., cada día siento una atracción hacia el Sagrario tan grande, tan grande, que mi corazón, no sé cómo expresarlo, así como un ansia de más, más sentir el amor que profeso al dulce prisionero que espera en tantos sagrarios solito y abandonado; me admiro de que no acudamos todos al Divino Solitario; y allí arrodillada ante el Sagrario me parece verle de verdad, y le hablo como a una persona que la veo, que me oye y yo le oigo. ¡Oh qué dulces se pasan los minutos y las horas! ¡qué dulces son las lágrimas que derramo en su presencia!

5.—Me ocurre, mire V., que cuando recibo a mi Jesús en mi corazón, me quedo no sé cómo, al momento me toca Beatriz y me dice: Vamos; y yo no he dicho nada, solamente he empezado a decir: Ya estás conmigo, Jesús de mi alma, y ya yo estoy contigo; y le siento, le veo, y en aquellos momentos me siento allá, allá, lejos, disfrutando de una paz y una dulzura, que si probaran un poquito de las de-

licias que mi dulce Jesús infunde en las almas, que si vieran lo dulce y suave que es servir al Señor, cómo acudirían todos al adorable Sacramento del Altar, y entonces mi dulce Jesús no estaría triste; ¡cuántas gracias tengo que dar a mi Dios y mi Jesús amado por tantas gracias como me dispensa! pero todavía soy mala; pida V. mucho por mí.

6.—Luego hago la meditación, cuando vengo a casa; que muchos días me encontraba de tontuna, de tontuna... ni sentía nada, y varias veces ni aunque acudo a mi Jesús, nadie me oye ni me escucha; y como comprendo que solo esto merezco, me callo y le digo: Tú lo quieres, yo también; pero no estés así mucho tiempo; ¡qué egoísta soy!

Después, como no puedo ahora hacer labor, he empleado el tiempo (después de ayudar en la limpieza) a terminar mis apuntes; ya los he terminado. Fue un chiste cómo los traje; los metí en una caja grandecita, y encima unas rosquillas y galletas, y dije a Sofía: Regálame esta caja de galletas; mañana me la llevas cuando vayas a despedirme; y así pasó. ¡Qué chiste! creía me la desataban, pero no, y por eso me encuentro con todo aquí: antes de marcharme se lo tengo que mandar a V. pero ¿cómo?

7.—Por la tarde salgo de paseo, y por la noche rezamos el rosario y yo leo un poco en la Imitación de Cristo; y como me acuesto con Bea en una habitación del comedor, no nos acostamos hasta que lo han hecho todos; y mire V., como Bea no se pone de rodillas a hacer el ejercicio de por la noche, yo, me parece a mí... qué sé yo, que creerían que yo quería aparecer mejor o alguna cosa, y ¿sabe lo que

hago? me voy al retrete y allí de rodillas rezo las oraciones más... y luego mientras me acuesto rezo lo demás, ¿qué le parece? Confesarme me confieso con un padre que se llama padre Isidoro; me dice casi lo mismo que V.; que si veo me perjudico en la salud, que procure ponerme bien, y si no, que vaya todos los días, que no me acobarde, y que ya me diría más cosas.

8.—De salud, a V. solamente se lo digo; el otro día me dio un causón toda la tarde y el dolorcillo al costado; hoy ya no me duele nada. He procurado enterarme de los médicos; y me ve uno muy viejecito, pero muy listo; esta mañana me registró el corazón y los costados, y me dijo tenía muy sano el corazón, bronquios y pulmones; que tenía una enfermedad en la sangre, que necesitaba analizar el orín, y después ponerme a un tratamiento muy penoso, pero no podía ser menos. Dios lo quiere, cúmplase su voluntad, yo todo se lo ofrezco.

Le dije que en mi casa y el médico lo atribuían todo a que iba a Misa y a comulgar todos los días, y me dijo: ¡Qué disparate! puede ir cuando quiera y como quiera, no tiene que ver nada el que vaya V. a la iglesia con su enfermedad. No diga V. nada de todo esto. No puedo más; si viene tía Servanda, mándeme algún libro pues no tienen, si le parece a V. A D. Justo todavía no le he escrito. ¿En qué tren pasará tía Servanda? (1) ¡Cuántas cosas tengo que contarle! pero porque reciba ésta mañana, no puedo más. No se olvide en sus oraciones d^a su hu-

(1) Es la madre de dos sacerdotes naturales del pueblo, D. Celerino y D. Tirso Cisneros

milde hija que con mucha humildad besa su mano y le pide su bendición.

Josefa.

Dé V. mi más sincera enhorabuena a mis queridas Marías y dígame cómo siguen de fervor mis queridas amigas.

V. Al mismo

Medina del Campo 20-6-923.

1.—Padre mío: Cuatro letras para decirle que en vista del resumen del análisis practicado por el médico, me manda me lleven a Mondariz a tomar las aguas; y suponiendo accedan en mi casa (que con esta misma fecha les escribo) vendrá mi hermana Consuelo, y yo quería mandarle mi cuaderno, porque juntas y solas será fácil me le vea; mas ¿cómo lo hago? por eso le escribo otra vez. Ya me ha puesto un método: no puedo comer absolutamente nada de pan, harinas, garbanzos, alubias, tocinos, nada de grasas; dice que es un método muy pesado y largo; pero Dios lo quiere... yo también, sea bendito por todo. Dice que ¡qué ciegos! ¡qué ciegos han estado! que casi me han mandado al otro mundo; que está admirado de que no haya tenido complicaciones graves y funestas; que me dice esto, no por asustarme, sino porque no tomen las cosas a chirigota; que tengo una naturaleza muy buena, gracias a ella no me han ocurrido penosos resultados. Me preguntó por la sed, y le dije que había días que

me parecía me ahogaba.—¡Pobrecita! tiene que haber sufrido mucho con la sed horrible.—

2.—Le digo a V. ¡que sentí una alegría! .. pues aunque ofrecidos a mi Jesús todos mis sufrimientos (imperfectamente) porque se alegrara algo, por las ofensas que se le hacen, no sabía si en realidad sufría o no, y ahora que me dicen que sí he sufrido, pienso: Pues algo se alegraría mi Jesusito, y ¡cuánto me alegro con haber sufrido! ya recibí el premio; y eso que mía no es la victoria. ¡Qué dulce es el sufrir con Jesús, para Jesús y por Jesús!

3.—Desde la comida del mediodía guardo el régimen mandado; puedo comer pescado fresco, carne tierna y blanca, y mucha berza, algo de leche y alguna patata peluchona, un poco de vino si lo quiero, agua toda la que quiera, y puedo ir a la Iglesia cuando quiera y como quiera. No puedo escribir más, me esperan. No se olvide en sus oraciones de su obediente y humilde hija que le quiere en el corazón dulcísimo de María.

Josefa Gómez.

VI. Al mismo

(Sin fecha ni encabezamiento)

1.—Querido padre mío en el Corazón de Jesús: Le mando con tía Servanda los dos cuadernos; en la agenda en el mes de junio va la continuación del primer cuaderno: además tengo escrito lo que usted me dijo escribiera, de cómo querría yo vivir en este mundo, si no lograra a lo que aspiro; todavía no he terminado, esto lo tenía escrito, yo no sé có-

mo estará. También he puesto en limpio lo que tenía escrito en un cuaderno que en mayo escribí, lo de la Virgen: tengo más escrito, pero no tengo tiempo de ponerlo todo; pensaba haber escrito muchas cosillas que tengo, para que viera V. las gracias y favores de que he sido colmada sobre todo en algunos días de esta pasada cuaresma; pero como hoy viene Consuelo, pudiera ver estos dos cuadernos, y ¡qué sé yo! Mi cuadernón viejo y que siempre me le han visto, no tengo miedo con él, le llevo siempre conmigo; así que si puedo, lo iré poniendo en limpio.

2.—También le mando ese juego de corporales y esa tela, que pensaba hacer alguna cosilla más; lo traje para terminarlo aquí, pues ahí lo tenía que hacer a ocultas y en ratos libres; la puntilla ya la tengo terminada, la tengo ahí guardada; así que usted me lo guarda hasta que yo vaya, ¡me es tan dulce pensar que algún día mi Jesús amado se posará en un trabajillo hecho por mi mano! Mientras lo he bordado he pasado ratos muy dulces en la presencia de Dios tan... y hablando con mi Jesús le decía: Cada puntada sea una alabanza para tu Corazón divino. Mi Ángel me ayudaba, y entre los tres lo hemos hecho riendo, cantando y alabando a Dios. (1)

3.—Ahora le diré algo de mí: mire V. cada día me veo más nada, más imperfecta; cada minuto tengo que estar: esto no está bien, esto está mal; im-

(1) Véase la nota de la página 65. Tuvimos el gusto de estrenarlos y celebrar con ellos todas las Misas que se dijeron en la gran fiesta que en honor de San Pedro Bautista se celebra en esta villa el día 5 de febrero.

perfeccioncillas que quiero arrancar de cuajo de mí; pecados por la misericordia de Dios, no; por nada del mundo cometería (con la gracia de Dios ante todo) un pecado; no solo por el castigo, no; solo por no contristar a mi Jesús amado; ¡temo más disgustarle! ¡es tan dulce su compañía! A pesar de sentir más mis faltas, de ver lo poco que valgo, si viera V. ¡qué ánimos tengo para saltar por cima de todos los obstáculos que se me presenten! Siento allá en el fondo de mi corazón una cosa, como una fuerza superior a mí, que me hace aspirar a ascender a cosas grandes y difíciles, y yo parece que me acobardo, y oigo decir; ¿por qué temes teniendo a Jesús contigo? y entonces, como si yo no fuera, porque yo no tengo este valor, ni me creo digna de tanto, es mi Jesús, y por El mi corazón y mi todo se disponen con Jesús y su gracia a emprender el camino de la santidad. Si, padre mío, quiero ser santa con aquel que todo lo puede, siguiendo sus pasos y haciendo su voluntad santísima en todo y por todo. Estoy muy contenta, muy alegre, soy muy feliz, ahora está mi Jesús amado conmigo así palpable, aunque alguna vez se esconde; y es para cuando llegue el día en que me deje sola para probar mi cariño (sé que ha de llegar), sepa luchar valerosamente con el recuerdo de días tan felices; no vacile, no tema, sino que con ánimo alegre siga mi camino hasta el monte Calvario, y allí crucificada con El, logre la dicha a que aspiro. Pida V. mucho por mí, para que cuando llegue ese día esté fortalecida con la fe, la esperanza intrepida y generosa, y alegre no vacile ni desmaye.

4.—El viernes fue la función del Sagrado Corazón de mi amado Jesús, todos los días que he asistido a la novena no he podido menos de llorar; ¡cuántas irreverencias, Dios mío, Dios mío!... Jesús estaba triste, pero yo le dije: Yo te amo por todos; y parecía sonreír desde aquel trono de amor. El viernes por la tarde fue la procesión por la plaza; ¿qué me dijo al salir tan glorioso y triunfante? no sé explicarlo, y lo que yo le dije solo él me pudo comprender, que penetra en los corazones; no se puede imaginar cuánto canté a voz en grito como todas, el himno y otras cosas que he aprendido, el *Tantum ergo*, en fin todo, el Gloria a Cristo; que las chicas me miraban mucho; pero yo decía: Para vosotras soy forastera, pero mi Corazón de Jesús bien me conoce. No puedo más; no se olvide en sus oraciones de esta loquilla de amor, y pidiéndole su bendición se despide (el martes salimos) esta que le quiere en Jesús y María

Josefa.

Rece a mi querido Santo por mí; pida en la novena y el día de su fiesta.

Cartas a Josefa Dégano Mayoral

Nota.—Josefa Dégano Mayoral es otra joven de esta villa, que poco después de Josefa comenzó a seguir sus pasos, por lo que se hicieron muy amigas. Mas en noviembre de 1922 Josefa Dégano marchó a Orense con su tío D Faustino Dégano, Doctoral de la Catedral; por esto la escribe a Orense;

y mes y medio antes de morir la otra, ingresó en las Salesas de Burgos rompiendo todas las cartas que tenía. Por esta razón las cartas siguientes no se han podido tomar de los originales, sino de los borradores que han parecido entre los papeles de Josefa; y algunas de ellas (como ya se advierte) muy probablemente no llegaron a escribirse, no pasaron de borrador.

VII. A Josefa Dégano Mayoral, en Orense

(Comenzada el 1.º de abril y continuada a primeros de mayo de 1923)

1.—Querida amiga: De mucha alegría, de una satisfacción muy grande me sirvió la lectura de tu carta, pues ¡si vieras lo que gozo cuando veo que hay quien quiere a mi Jesús, que piensan en El, que su mayor contento es amarle, y que sufre sólo al pensar serle ingrata! ¡si vieras lo contenta que me puse al ver que tú eres una de ellas! da muchas gracias a Dios, muchas, muchas, y agradécele gracia tan grande; y no nos cansemos, no, no, de pedir y suplicar al divino Jesús que no nos abandone, pues somos muy débiles y flojas y fácil de ser vencidas en una pequeña cosa; no confiemos en nosotras para nada, pues aunque nos parezca somos algo, no somos nada, nada, nada; pongamos los ojos en Jesús, nuestro divino dueño, y dejándolo todo en sus divinas manos, confiemos mucho en El, que todo lo puede; que en El pongamos toda nuestra esperanza para gozarle, todo nuestro consuelo, y to-

do nuestro todo: pidámosle humildes pero con mucha confianza en su poder; no cedamos de pedir, aunque algunas veces las tentaciones, adversidades y hasta nuestras propias faltas nos acometan y nos quieran hacer ver que estamos condenadas, y nos quieran poner tristes, y hasta nos quieran vencer; acudamos entonces más humildes, pero con más confianza y amor, seguras de que si no nos cansamos de pedir y suplicar, con la gracia de Dios venceremos, pues el mismo Jesús nos dice: Busca y hallarás; pide y se te dará; llama y te abrirán; ¡qué palabras más consoladoras, más dulces! ¿verdad? Pidamos mucho sí, pero sobre todo mucho amor, mucho, pues donde hay amor lo hay todo.

2.—He dejado pasar estos días tan tristes, días de oración y recogimiento, en los cuales me hubiera sido imposible contestarte; ¡si vieras qué triste los he pasado! ¡pobre Jesús! a pesar de ser unos de los días que más me gustan. He ido a todos los sermones, ¡cuánto me gustan estos! ¡pero sobre todo el de la Pasión de nuestro dulce Jesús! ¡cuánto sufría mi corazón pensando que con mis ofensas hice llorar y sufrir a un Dios tan bueno! cómo querría yo, si pudiera, borrar con mis lágrimas y hasta.... pero reconozco que aun ahora mismo soy nada, nada, floja y miserable pecadora, ¡cómo querría llorar! pero no puedo: me parece que estoy hablando contigo y que tú me cuentas muchas cosas, muchas, que tú has hecho en estos días, muchas cosas, porque mereces el ofrecerle y sufrir por El; y yo.... nada, pero ya quiero quererle mucho y.... sea lo que Dios quiera; le ofreceré el sen-

timiento de no poder ofrecerle nada; pide mucho por mí. El Viernes Santo hubo una función (de las dos a las tres) de «Las Siete Palabras que nuestro dulce Jesús dijo en la Cruz», y a cada palabra cantábamos y el Sr. Cura tocaba en su harmonium; los cantares muy conmovedores, pues eran el resumen de cada palabra, y además el «Dulce Jesús de mi vida &»; si quieres te los mandaré. La Hora Santa la hizo D. Anastasio, fue la primera del libro de los Quince Jueves.... Todo muy bien, para mí muy triste todo, y tú ¿qué tal lo has pasado? así que unas veces a unas cosas y otras a otras, aunque hubiera querido, no hubiera podido escribirte; pero de todos modos yo lo quería dejar para hoy, día de alegría y día de paz y contento en todos sentidos.

3.—Después de haber pasado días tristes y llorosos por la muerte de Jesús, viene su resurrección a alegrarnos, a fortalecernos, a resucitarnos: ¡Gloria a Cristo Jesús! Sí, Pepa, estoy muy contenta, ayúdame a dar gracias a Dios por tantos beneficios como nos dispensa y concede; Hoy es día de resurrección para nunca más morir, como nuestro Triunfador Jesús; esto nos debe animar en los sufrimientos todos, aunque sean muy grandes; que si los sufrimos con El y por El; vendrá un día en que también resucitaremos con El para nunca más morir, y gozar para siempre en el cielo. Es lo que yo te deseo y que pases este día llena de alegría santa; y pidamos a Jesús resucitemos con El y empecemos una vida toda nueva y espiritual.

4.—Este día es para mí muy dulce y de gratos

recuerdos, día en que debo alabar, bendecir y dar muchas gracias a Dios (todos los días, pero hoy con doble motivo), pues en este día, domingo de Resurrección, me hicieron Maria de los Sagrarios-Calvarios; en este día me dijeron: «Tienes un Sagrario, y en él a un Jesús a quien consolar, acompañar y amar». Dios mío, Dios mío, ¿cómo olvidar lo que sentí entonces? y hoy al recordarlo, no sé lo que me pasa, mi corazón no sabe expresar lo que siente, nada más que dice: «Gracias, Dios mío, «gracias». Ayúdame tú con tus oraciones. Al pensar todo esto, un poco de tristeza me viene; porque ¿cómo he correspondido a tantos favores y promesas? y tengo que confesar que hay mucho que deseear.... Pero en este día no quiero estar triste. Una noticia te doy;... viernes estuve a recibir a mi Jesús a mi sagrario; (1) fuimos Sofía, Servi y yo a un recado de Sofía, y comulgamos ella y yo, pero sin saberlo nadie; Servi no ha dicho nada, Dios se lo pagará; me acordé mucho de tí; ¡qué camino!.... ya te lo puedes suponer y

5.—Querida Pepa: ¿Qué pensarás de mí? Ayer dijo tu tía a mi madre que preguntabas si había recibido tu carta, si te había contestado; y después me lo dijo a mí, pues fui a Misa; y pensé, ¡pobre Pepa! ¿qué dirá? ¡un mes!

Querida Pepa: Como si empezara otra vez a escribir la carta; ¡cómo habrás sufrido viendo que no recibías carta mía! ¡pobrecita! pensarías que te había olvidado, o que mi carta se hubiera perdido,

(1) Debió de ser el viernes cuarto de cuaresma, 16 de marzo. Su Sagrario es el de Mombeltrán.

o qué sé yo; pero nada de esto ha sucedido. Verás, quise contestarte en seguida y empecé la carta; todo esto que he escrito lo escribí el domingo pues estuvo mal día; pero no pude terminar, pues me llamaron, y delante de ellas no podía; pues como no sabían me habías escrito, y yo no se lo dije, pues se hubieran creído qué sé yo.... cuando me mandabas la carta con el Sr. Cura: pensé hacerlo al otro día, pero me dio mucha calentura, y desde entonces estoy poco bien y me ha sido imposible hacerlo. Mejoré, estaban conmigo. .. cuánto me acordaba de tí, ¡qué día, Dios mío! pero tú tan generosa me perdonarás y me escribirás en seguida; pero me mandas la carta a mí y así te contestaré en seguida, pues en mi casa las gusta me escribas, y ayer cuando se lo dijo tu tía a mi madre me riñeron.

Mira, de todo se puede aprovechar: como supongo habrás sufrido pensando en que yo te hubiera olvidado, pues pensemos cómo sufrirá Jesús cuando nos llama y no le queremos escuchar o tardamos. No puedo más; te abraza

Pepa.

VIII. A la misma

(Noviembre de 1923)

1.—Mi buena y querida amiga Pepa: Por contestarte alguna cosilla más he tardado algo más en escribirte; pero ya no quiero que pase más, y hoy día de Todos los Santos, día así como de hablar de

cielo, me hago la ilusión de que estoy charlando un rato contigo de él, de ese cielo tan hermoso, donde todo es dicha, felicidad y gozo; donde se ama de verdad y para siempre a Él, a nuestro querido Jesús, al amor de mis amores, al dulce objeto de mi cariño; qué bien dice aquella hermosa aspiración: ¡«Oh hermoso cielo, cuándo te poseeré»!; ¡si vieras qué deseos tengo (con la voluntad divina) de irme a él, para estar por siempre jamás cerca de mi Jesús sin temor de perderle jamás! Contemplemos hoy ese cielo y en él a tantos Santos que gozan ya el premio de sus trabajos y fatigas y mil contrariedades que sufrieron para ser santos y ganar ese cielo que gozan; y animémonos con su ejemplo, que desde allí nos animan a ser santos como ellos, para gozar de su misma gloria; sufriendo toda clase de sufrimientos y trabajos, luchando contra nosotras mismas, sin perder ocasión ni momento para ganar y asegurar aquella dicha sin fin, ante la cual son nada los trabajos y tribulaciones de este mundo.

¡Qué dulce es hablar del cielo! ¿verdá, Pepa? ¿no te parece que la tierra pierde todo su atractivo contemplando ese cielo tan hermoso? ¡Cuánto debemos ahora esforzarnos en asegurar un sitio en la hermosa Sión! ¡qué dulce es sufrir cualquiera pena o sufrimiento con el recuerdo de la gloria! ¿qué dicha (suponiendo que la haya) o qué felicidad hay en el mundo que no se acabe? La felicidad de este mundo es muy breve y siempre mezclada de algún temor o tristeza, y al fin muere, desaparece, dejando tal vez amarguras y desengaños, ¡qué

diferente es la que en poseyéndola en el cielo allí se goza! sin temor a perder aquella felicidad, ¡ para siempre, siempre, en compañía de Dios, de Jesús, la Virgen, los Santos todos, amándolos y siendo felices por toda una eternidad; ¡oh cielo, cielo, qué grande es tu atractivo! tú eres el término de nuestra jornada, el punto de descanso de los que se pueden llamar felices sufrimientos, trabajos, vencimientos y todo lo que hayamos padecido por alcanzarle.

2.— Parece mentira, pero no lo es; desde el día de Los Santos que empecé esta carta, y hoy me pongo a terminarla. Verás, me llamaron, lo dejé con idea de seguir después, pero me fue imposible, ni en los ocho días que van; unas veces por el castañar, por las noches cansada y con mucho sueño no podía escribir ni una letra; y hoy me pongo a ver si la puedo terminar; y como si empezara una nueva conversación contigo hablaremos, ¿de qué? de... de .. de El, ¿de quién ha de ser? de nuestro Jesús, de su cielo, de su gloria, de su amor, sí, sobre todo de su amor, de lo grande y profundo que es su amor hacia nosotros; ¿es parecido el nuestro? ¡qué triste es saber que muchos cristianos le odian, o se muestren indiferentes a su amor! al menos nosotras amemos de verdad y con todo el corazón; que al dirigirnos la dulce invitación que tantas veces y a tantos dirige (Hijo mío, dame tu corazón), encuentre el nuestro vacío de imperfecciones y amor propio; y ya que no somos dignas de recibirle en nuestro corazón, se digne recibirnos en el suyo, y que nuestra divisa sea: Todo por amor, todo por Jesús.

3.—Ahora te voy a contar algunas cosillas; ¿no sabes que hago el Rebañito del Niño Jesús? ¡si vieras lo que disfruto, lo feliz que soy mientras estamos allí ante el Sagrario con el Niño Jesús, hablándole y haciéndole compañía un ratito, por tanto tiempo como estará solo y en tantas partes!... Acuden bastantes niñas y también niños que unidos todos le vamos a querer muchísimo, y entre todos le vamos a quitar las espinas que nosotros y otros le hemos clavado en el corazón; ya te contaré los proyectos que tenemos formados; queremos, ya que no vienen los mayores, venir nosotros a recibirle, a visitarle, para que no esté triste ni llore; y estamos dispuestos a ir a los Sagrarios en que esté solito a hacer lo mismo; y recibirán (ya lo hacen muchas) todos o casi todos cada ocho días al Niño Jesús, pidiendo vayan todos a recibirle. Ya se están preparando para la fiesta del Niño; ya te contaré, ya te contaré; estoy contentísima; no puedo más.

4.—De tu carta, que el día ocho me acordé muchísimo, y el día catorce no supe donde estuve, todo el día con mucha fiebre; y te digo que de mi cosecha nada es, todo es suyo. Yo he estado el otro día a mi Sagrario. ¡Qué bueno es nuestro Jesús! Escíbeme pronto y extensamente. Recibe un fuerte abrazo de la que te quiere de verdad.

Josefa

5.—La boda (1) muy animada; pero todo pasa así como pasa un pajarito sin dejar rastro por don-

(1) De su hermana Serviliana con D. Luis Gil, a quien ya se ha nombrado.

de pasó; un recuerdo a lo mejor triste, cuando no remordimientos tristísimos al recordar que a Jesús se le contristó por un vano placer que duró... un día, y dejó tras sí disgusto y fastidio, porque esas cosas no pueden llenar el corazón, criado para aspirar y desear cosas más altas y divinas. Qué feliz se siente una, qué alegría, qué cosa se siente cuando después de pasado ese momento de locura, de... no sé cómo decir, se postra una ante el Sagrario y mirando al prisionero que está allí esperando a que volvamos a El, decirle: Mi corazón es solo para Tí, en Tí piensa, a Tí ama.

Pasando a otra cosa, el ajuar sencillo, todo hecho por nosotras. Yo, con estar malucha la primavera y el verano, muchas cosas las estoy terminando ahora. Fíjate, pensando ir a las máquinas en Medina, me llevé unas servilletas y un juego de cama, de hilo, comprado hace tiempo, muy bueno, y al no poder, Beatriz tan amable me le bordó (ya te lo decía doña Petra en su carta), nos regaló la colcha bordada por ella, muy preciosa; los demás regalos también te decía, y se la olvidó.

IX. A la misma

(Marzo de 1924)

1.— Mi querida amiga: Con la ayuda de Dios nuestro Señor procuraré suplir con una extensa carta mi prolongado silencio a tus cariñosas cartas, las cuales llegaron a mí sorprendiéndome en un estado de ánimo tan abatido y tristón, que aunque

muchas cosas quería contarte, ni acertaba, ni me era posible escribir palabra; y así pasaban días y días diciendo mañana, mañana; encontrándome todos los días lo mismo, sin saber qué decir.

Hoy, como te dije al principio, con la gracia de Dios (que sin ella no sería capaz de nada) me pongo a escribirte, porque acercándose el día de nuestro Santo y día de tu cumpleaños, quiero que en ese día entre las felicitaciones de los seres queridos que te recuerdan, que no te olvidan, sea yo una de los que cuentes en primera fila. No sé si podré cumplir lo prometido de escribirte una larga carta; si no pudiera, tú sabrás perdonarme; que día llegará, si Dios quiere, en que pueda cumplir mi deseo.

2.—Empezaré primero por decirte ¡que tengo unos deseos de que pase el invierno! ¡oh! ¡qué horror de frío! ¡cuándo llegará el Sol de junio que con sus rayos nos abrase y no sintamos ya más el frío!; pues si vieras... mi corazoncillo se encuentra a la temperatura de esos días de tanta ventisca de este crudo invierno, y se queja de que tiene frío, mucho frío; y así como el que tiene frío no se acuerda de nada sino del fuego o del sol de julio y exclama: Cuándo llegará el verano, así yo no pienso nada más: Cuándo pasará el invierno, el invierno de mi alma, el invierno de mi corazón, tan triste y tan árido que me hace suspirar por la primavera celeste de nuestro dulce Jesús, de este sol divino que con sus rayos derrita las escarchas y las nieves que formando ventisqueros rodean mi pobre corazón, haciéndole quejarse de que tiene frío; pide, pide una chispa de ese fuego en que se abrasa

el corazón de nuestro Rey, para que se incendie este corazón de hielo que desea arder; cuánto te hablaría de esto... pero...

3.—En tu primera carta me felicitabas por mi mejorada salud; ¡cuánto te lo agradezco! se comprende que todavía (ya lo creo...) no he alcanzado el cielo y la bondad de nuestro Jesús me concede alguna mejoría para que me apresure a merecerle; ¡sea por todo bendito!

4.—De lo demás que me hablas, ¿seré yo digna de tanta dicha? tengo un presentimiento, ya te contaré, ya te contaré, hoy no; y sepas que conmigo nunca serás indiscreta y me inspiras muchísima confianza; que bien me conoces y comprendes; sí, sólo quiero y ansío agradarle a El solo. Tu felicitación fue la única que recibí de las amigas; pero tal acierto tuviste en mandarme al dulce Jesús rodeado de pequeñuelos, que sentí una alegría y una satisfacción muy grande; me imaginaba que todos los niños venían con Jesús a darme los días, y contenta y satisfecha olvidé el olvido de los demás. Otra fineza más hizo conmigo el amable Jesús; muchas niñas, las mayorcitas, de su Rebañito (que tú ya conoces) ofrecieron la comunión ese día por mí; y después con el amiguito del alma en sus corazones me felicitaron, deseándome que el que estrechaban contra su corazón me llevara al cielo, ¿qué más pude desear en ese día? Después todas me desearon feliz día, me dieron unas estampas, y verdaderamente, gracias a Dios, pasé un día muy contenta.

5.—Del Rebañito ¿qué te diré? no sé expresar-

me, a tu consideración lo dejo; imagínate todos los domingos después de Misa, que ves desde el altar de nuestra querida Madre hasta la verja todo lleno de niñas de rodillas ante el Sagrario, desde donde sonriendo nos mira nuestro amiguito Jesús, complacido de vernos allí haciéndole un ratito compañía, o bien quitándole las espinas (que algunas bien grandes son) que clavadas tiene en el corazón o en la cabeza; otras veces limpiándole la sangre y lágrimas que corren por su rostro; otras diciendo chistes de los que a El le gustan mucho para hacerle reír. Fíjate, se nos ha puesto en la cabeza no permitir que nuestro amiguito, nuestro Jesús nunca esté triste, y con su gracia lo conseguiremos; para ello cada uno y una le vamos a amar... mucho, hasta que no note que tantos no le quieren.

6.—Te voy a contar de ahora, de lo más reciente, del Carnaval; si te contara... no terminaría nunca. Verás; como sabemos que en estos días tanto se le ofende, y tantas espinas le clavan y tantos palos le dan, hasta los niños que El tanto quiere, nosotras le veíamos muy triste; ¿qué haremos? pues nada ¿cuántos somos? 135 entre niñas y algunos niños, vaya, un pelotón; ¿sabes lo que hicimos? Unidas todas, muy apretaditas unas contra otras, formamos un corro y dentro metimos a nuestro amiguito; que vengan ahora a tirarle piedras o palos o espinas; que todas se estrellarían en nosotras, y a El ni una le tocaría; ¡qué gusto! ¡qué alegría! todas palmoteando y cantando alabanzas a Jesús, que contentísimo nos sonreía a todos. Todo esto del corro es en la imaginación; lo que sí había de verdad, que

cada una ofreció un pequeño sacrificio (pero a los ojos del que todo lo ve ¡qué grande era!), decir muchas veces: Yo te quiero mucho, y cosas parecidas; oracioncitas salidas de corazones puros se enlazaban unas con otras, y estas eran las que formaban el corro al rededor de Jesús para hacerle olvidar los ultrajes que en éstos tristes días recibiera de la ingratitud humana. De esto no acabaría nunca. ¡Qué bueno es Dios!

7.—La función y carnavales como siempre; yo en mis pobres oraciones ante nuestro querido Santo te tuve bien presente. No te puedes suponer cómo estaba la Virgen ¡cómo estará en el cielo! Han comprado flores preciosas, candelabros, alfombra, en fin, todo el dinero que teníamos han gastado. También te contaré que hemos estado un día a Villarejo a ver la que han comprado, y ni se asemeja; fuimos 22, lo pasamos regular.

X. A la misma

(Este borrador y el siguiente se escribieron en julio ya mediado, por lo que en ellos dice; pero no escribió probabilísimamente más que la carta correspondiente al segundo. —1924).

1.—Mi buena y querida amiga: Mi deseo fue escribirte en seguida; pues; ¡si vieras! siento una alegría, un gusto tan grande al hablar de El con personas que me comprendan y gocen a la vez de tan dulce conversación, de nuestro dulce Jesús, de sus favores, de sus gracias, del intenso y grande



amor que nos tiene; y como nuestra correspondencia no es sino una conversación...

2.—Deseando pasara, por contarte algo de la función, no te he escrito antes, como fue mi deseo; aunque suponía lo poco que tendría que contarte de ella, como así es; mucho bullicio y algazara, y la gran animación con que se suele definir la reunión, ya que no mala, pero sí peligrosísima, donde nuestro Jesús no pisa los umbrales, y de donde se sale casi siempre disgustada, ya porque no se vio una obsequiada como creía o pensaba, o sencillamente porque al terminar inconscientemente y sin prever hasta dónde alcanza lo verdadero de su lamentación... Va pasó todo, y ¿qué hemos sacado? pero no, todo no pasa, nuestra conciencia aparece; allá en el fondo de nuestra alma sentimos un disgusto contra nosotras mismas... y digo yo: pues si es una diversión, y es verdad, entre parientes y amigos, y sólo por pasar el rato, como se suele decir, después que todo pasó, o pasamos nosotras de todo, ¿por qué no nos encontramos lo mismo que al empezar? ¿por qué esa inquietud que sentimos después? ¿por qué la que con firme resolución se aleja de esa animación loca, o al menos su espíritu, su pensamiento está muy lejos de donde por obedecer tal vez está con el cuerpo, pero no con el alma y el corazón, siente una alegría, una paz, una cosa tan dulce que le hace exclamar: ¿qué bien se está así!, alegrándose de no ser por la gracia de Dios de los que locamente se ríen y se divierten en esas reuniones o bailes, que después suelen quedar disgustados e inquietos? ¿por qué?

¿por qué donde unos encuentran placer y alegría, en lo mismo hay quien siente disgusto, desprecio, horror? ¡ay! la experiencia me hace exclamar y decir: Porque ofuscado nuestro entendimiento nos lanzamos ahí alejados del dulce Jesús, que contiene en sí todos los gustos, todas las alegrías y felicidades que puede una desear.

XI. A la misma.

(Véase la nota de la anterior)

1.—Mi buena y querida amiga: Después de una demora tan larga en contestarte, esperarás sin dudarlo recibir una extensa carta (como yo acostumbro), con la cual supla mi largo silencio. Muchas veces he me preparado para empezar la larga y gustosa conversación, que así parece a mí que son las cartas que te escribo, imaginándome que realmente estoy hablando contigo, y que por mi gusto estas conversaciones serian más frecuentes; pero siempre, sobre todo este mes pasado, se han acumulado tantos trabajillos, que cuantas veces pensaba escribir, al momento me necesitaban. Una de las causas principales ha sido el estar mi madre enferma casi todo el mes, y días bastante mal; ya gracias a Dios está bien; yo también llevo dos semanas peor-cilla, pues sabrás que no quiero ser buena de remate; Dios lo quiere así... en todo soy lo mismo; en lo otro... sin rematar.

2.—Con la ayuda de Dios y en su nombre desahogaré mi pobre corazón en íntima confianza,

contigo, contándote y hablando de cosas que con otras no puedo hablar, pues no comprenden el sentido de mis palabras, y con su mala interpretación me hacen sufrir, o no aprecian las tonterías con que suelen definir (1) a las pláticas tan dulces y tan llenas de encantos que tienen para nosotras el hablar del cielo, de nuestro Jesús, del desprecio del mundo con sus verdaderas tonterías, y en fin hasta de nuestros adelantos o atrasos en el camino del cielo, animándonos mutuamente a proseguir el camino unidas de las manos, para si cae una, ayudarla a levantarse, y animosas adelantar en el sendero que nos conduce al cielo; ¡qué alegría! ¡qué gusto si todas unidas avanzáramos en él!

3.— Empezaré primero por decirte que tu carta me hizo sonreír y regocijarme allá en mi interior, viendo tus adelantos en el servicio de Dios nuestro Señor, a quien dirigí una pequeña oración, agradeciéndole tantas gracias y mercedes como nos concede su bondadoso corazón. Me dices que parece que Dios nuestro Señor te ha colocado en el fondo de un desierto, donde sólo aridez y pedregosos caminos se tropiezan...: buen camino me parece, querida Pepa, si sabemos andar y aprovecharnos de él. Uno de los medios de llegar a la perfección es el amor a la cruz, siguiendo con ella a nuestro dulce Jesús, que por nosotros la llevó hasta morir enclavado en ella; la cruz conduce al cielo: «Por la manera de llevar mi cruz conozco a mis escogidos», dice el mismo Jesús. El camino de la cruz es áspe-

(1) Quiere decir: No aprecian las tonterías, como suelen llamar a las pláticas, &

ro, largo y penoso para aquellos que no la aman, ni la comprenden, y ni saben encontrar en ella el bálsamo para sus penas, la dulzura y el contento que encierra, que gustada por muchos los ha hecho exclamar... (1)

4.— .. y que apesar de tal aridez y desconsuelo, Dios te concede el valor y su gracia para resistir estas peleas que batallan en nuestros corazones, capaces de arredrar a cualquier alma que no llegue a convencerse que la recompensa no está para el que principia, sino para el que llega hasta el fin; ¡qué bueno es Dios nuestro Señor! no desmayemos ni aflojemos en su servicio, porque solo el que pelear y perseverare hasta el fin se salvará; en vano es empezar el camino de la perfección y la práctica de las virtudes, si volvemos atrás los ojos con amor a las cosas que dejamos, pues no nos admitirá Jesús en su reino. He aquí por qué hay tantos que principian y tan pocos que acaban; mientras todo sale a nuestro gusto y deseo, mientras se siente la dulzura con que Dios se comunica a las almas, y en la oración y buenas obras encuentra la satisfacción propia... muchos son los que siguen a Jesús: todos suspiramos y anhelamos subir con El y entrar triunfantes en Jerusalén; pero al huerto, al Calvario le siguen pocos; y todos le dejan desde que se anuncia la tribulación.

5.— ¡Qué triste es todo esto! ¿verdad? Nosotras al menos seamos constantes y fieles en todas las

(1) Aquí interrumpió la escritura, pues está con lápiz de diferente color y por eso no se fijó bien y no en aza con lo último, aunque sí con lo anterior.

prácticas de virtud y piedad, y en estos desconsuelos y desalientos abracémonos a la cruz de nuestro Jesús y aprendamos de El a sufrir con paciencia y alegría los pequeños trabajos con que prueba nuestra virtud para perfeccionarnos; unámonos a El y suframos; y aunque nos parezca que Dios no nos escucha y no está cerca de nosotros, esperemos, porque El es fiel y no nos dejará; y mientras sufrimos El se goza en mirarnos, para ver si trabajamos con desinterés y sólo por su amor y por el deseo de unirnos a El; acordémonos que a un breve y momentáneo trabajo sucederá una eternidad de imponderable gloria. No me cansaría de hablar de esto que tanto necesitan nuestras almas, pero se hace tarde.

XII. A la misma

Noviembre de 1924. (1)

1.— Mi buena y querida Pepa: Aunque tal vez llegue esta carta en ocasión importuna, por encontrarte ocupada en hacer la maleta con que se prepara uno para emprender un largo o corto viaje; y aunque tu maleta no se trata ahora de esas de madera, cartón o tela donde se colocan las prendas

(1) José Dégano vino a San Esteban en septiembre de 1924 y desde aquí fué a Burgos; pero Josefa Gómez creyó que había vuelto a Orense; esta es la causa de escribirla como en vísperas de entrar en el monasterio; pero antes de mandar la carta supo que ya estaba la otra en Burgos, y así la carta se quedó en el pueblo.

que nos han de servir en nuestro figurado viaje, pero sí de una cosa parecida; me figuro verte con el arquita (o sea nuestro corazón) abierto delante del Sagrario donde nuestro Jesús oculto por nuestro amor, y llenas las manos y el corazón de gracias abundantísimas, espera impaciente se las pidamos para dejarlas caer sobre quien a sus plantas las pide y guarda en el fondo de su corazón; y allí te veo yo pedir y guardar en tu arquita las gracias (o prendas) tan necesarias que necesitamos para emprender el vuelo hasta descansar en el nido del Amado.

2.—Y aunque, como dije al principio, sea importuna, no puedo menos de en cuatro líneas decirte que te felicito con toda mi alma, y a la vez recordarte no te olvides en el nido de tus amores, de mí; Dios lo quiere así, sea su nombre bendito, cúmplase su voluntad así en la tierra como en el cielo.

Yo, como viste el último día, estaba tan malucha... pues me puse peor y he estado muy mal; han creído, y yo también, que me moría; se conoce que aun no tengo ganado el cielo, y Jesús es tan bueno (y yo no quiero separarme de El) que aquí me tiene hasta que El me lleve; estoy un poco mejor.

No puedo más; que seas muy feliz; ya le preguntaré por tí alguna vez. Que todo nos sirva para nuestra santificación, para después gozar todas unidas del premio del cielo. Te quiere muy unida en el C. de J.

Pepa.

XIII. A D. Justo Sánchez, Penitenciario de Avila

Viva Jesús

Sr. D. Justo Sánchez Muñoz... Avila.

I.—Respetable y amadisimo Padre espiritual: El Señor sea con vos. Desde que llegué de Madrid (1) estoy pensando en escribirle, pero no me es posible; quisiera contarle muchas cosas, pero no tengo tiempo; sólo cuatro letras para decirle eso, que no dispongo ni de media hora de tiempo, y por eso no le escribo; que no es porque no quiera o no me acuerde; cuando pueda le escribiré una muy larga carta contándole todo. Ahora sólo le digo que diga de mi parte al Niño Jesús, a quien tanto quiero, si está enfadado conmigo, porque ¡si viera usted qué triste estoy hace un poco tiempo!... el dulce Jesús, con quien yo me pasaba tan buenos ratos charlando los dos continuamente, ahora se ha escondido y no le veo; le llamo y no me contesta; le digo que le quiero, y lo mismo; sólo cuando lloro mucho le siento, pero allá lejote, lejote; ¿estará enfadado conmigo? pero ¿por qué? ¡huy! ¡qué mal se está sin Jesús! digo yo si será que todavía no le

(1) En el cap. XIII, pag. 79, se indica que estuvo en Madrid, a donde fué cuatro veces a consultar al Dr. Marañón. La primera (a la que aquí se refiere) en diciembre de 1923, con su padre; la segunda en mayo de 1924, con su hermana Consuelo; la tercera, en octubre siguiente, con la misma, y entonces fue cuando se retrató en Avila, de paso para Madrid; la cuarta, el 16 de diciembre, como se dice en el cap. I

quiero tanto como debo y El se merece, ¡ya lo creo que no!... y me parece que El quiere de mí un amor más intenso, más suyo solo; ¡oh! ¡cuánto le voy a querer! tanto, tanto que convencido de que le quiero de verdad y mucho, estará contento conmigo; yo temo que sin El ¿qué será de mí? ¡tan debilu-cha como soy!

2.—Hoy estoy más contentilla, pues me animó mucho el otro día el Sr. Cura; me dijo que aunque no le sintiera, estaba allí a mi lado; que cuando me encontrara desolada y como sola, le dijera: Jesús mío, aunque te ocultes, sé que estás aquí a mi lado; y se lo he repetido muchas veces y estoy ya muy conforme; cuando El se oculta, por algo será, pero yo le digo: Jesús mío, a pesar de los pesares quiero amaros con toda mi alma; si Vos huís de mí, volaré yo en vuestro seguimiento; si me ocultáis vuestra presencia, no descansaré hasta que vuelva a hallaros; y si me ponéis cara seria, os repetiré que os amo con más ardor. ¿No le parece?

No puedo por hoy más; pidiéndole su bendición le suplica no olvide ante el Sagrario a la pobre

Pepa.

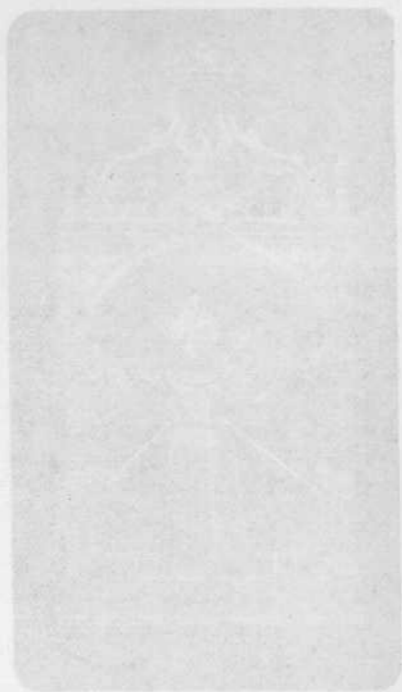
11 enero 1924.

SAN PEDRO BAPTISTA





SAN PEDRO BAUTISTA



SAN PEDRO BAUTISTA

EPÍLOGO

La bondad del celoso Director de las Marías de Avila, D. Justo Sánchez, mi antiguo amigo, y del reputado Profesor de Filosofía de aquel Seminario, D. Felipe Robles Dégano, me invita a epilogar este librito con unas breves palabras.

Y lo haré muy complacido.

Más de una vez he dicho y escrito que una *María* de verdad es la fotografía de una Hostia por dentro. Las Marías han venido al mundo para aliviar, y desagraviar con su compañía el mal del abandono de la Eucaristía, causa de todos los males que afligen y lastiman al Corazón de Jesús, y dañan a las almas.

Esa compañía con que obsequian y consuelan las Marías a su Jesús tiene grados, y por consiguiente es más *María* la que acompaña más y mejor.

Yo distingo tres grados en esa compañía:

1.º La compañía de *presencia* (corporal o espiritual).

2.º La compañía de *imitación* (singularmente de las virtudes de que da más ejemplo en su vida eucarística).

Y 3º. La compañía de *compasión* (o sea, la imitación llevada no sólo a vivir como El, sino a padecer y morir con El, como El y sólo por El).

Es decir, que el grado de *María* perfecta es el de aquella que acompaña habitualmente a su Jesús con *su alma trocada en hostia*, como Hostia es el Jesús de nuestra Misa, de nuestra Comunión y de nuestros Sagrarios.

Esa es la *María* que acompaña con la compañía que más agrada, desagravia y consuela al Corazón de Jesús, la que, al «He aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo» con que el Sacerdote presenta la Hostia de nuestra Comunión, puede responder, más que con su palabra, con su vida de inmolación constante el «He aquí la cordera de Jesús»...

*
**

Leyendo en las interesantes páginas de «Lirio entre espinas» la vida de un alma, que en menos de tres años llega a la cumbre de la virtud, me ha parecido ver cómo el Corazón de Jesús se forma una *María* de las de tercer grado.

Bien ha hecho el Autor, feliz por la parte que ha tenido en la formación de esa alma, en no añadir al nombre de su biografiada más título que éste: «*María de los Sagrarios*».

Las páginas de su libro, y particularmente las cartas rebosantes de ingenuidad y espíritu de sacrificio, demuestran bien a las claras que se puede entrar por la puerta grande del cielo y de la Iglesia de la tierra con este solo título justamente llevado: *¡María de los Sagrarios-Calvarios!*

¡Pues qué! en ese padecer sin quejarse y con alegría, en ese desvivirse en ganas de llevar a chicos y a grandes al Sagrario, en ese pasar por todo con tal de comulgar y visitar su Sagrario, en ese hablar del cielo tan celestialmente, en ese pisotear vanidades y respetos de mundo, en una palabra, en ese vivir, padecer, amar y morir como *María*, ¿no se adi-ina y vislumbra el retrato del Jesús oculto en la Hostia?

* * *

Jesús mío, ¡qué contento y agradecido me siento, y conmigo toda nuestra familia eucarística, al saber que, ante el cadáver de una *María* de tus Sagrarios de la tierra, las gentes pasan exclamando: ¡Fué una Santa!

Marías de Avila, de España y del mundo, ¡ya lo sabéis!

† MANUEL GONZÁLEZ, OBISPO DE MÁLAGA.



INDICE

	<u>Páginas</u>
Introducción.....	5
PRIMERA PARTE	
Cap. I. Su vida.....	8
> II. Su fe	13
> III. Su esperanza.....	17
> IV. Su caridad para con Dios.....	21
> V. Su caridad para con el prójimo.....	28
> VI. Su celo.....	33
> VII. El Rebañito del Niño Jesús.....	37
> VIII. Su amor a Jesús Sacramentado.....	43
> IX. Josefa, María de los Sagrarios.....	52
> X. Su oración.....	57
» XI. Su presencia de Dios.....	62
» XII. Su amor al sufrimiento; su mortificación.....	66
> XIII. Su modestia y amor al retiro.....	78
> XIV. Su alegría y afabilidad.....	85
> XV. Su humildad.....	88
> XVI. Su obediencia.....	93
> XVII. Otras virtudes.....	96
> XVIII. Su devoción y sus devociones.....	100
> XIX. Gracias extraordinarias.....	106
SEGUNDA PARTE.—SUS ESCRITOS	
Advertencia.....	117
Verano de 1921.....	118
Octubre de id.	120



	<u>Páginas</u>
3 de diciembre de 1921.....	121
4 id. id.	122
25 id. id.	123
1 o 6 de enero de 1922.....	124
4 de febrero id.	126
12 id. id.	126
Marzo de 1922.. ..	128
3 de abril de 1922	142
15 id. id.	142
10 de julio id.	146
24 de diciembre id.....	149
25 id. id.	150
6 de enero de 1923.....	153
21 id. id.	154
Visita a la Virgen.....	155
Mes del Rosario	160
Cómo querría vivir en el mundo.....	166
Cómo hacía la meditación.....	169
Gracias en la oración.	173
Favores en la cuaresma de 1923	174
Varias impresiones.	175
Al amable, al dulce, al celestial Jesús.....	178
A los Reyes Magos	181
A mi Sagrario abandonado	182

C A R T A S

I y II. A la señorita Fresolina Sánchez .. .	83
A su párroco, III a VI	186
A Josefa Dégano, VII a XII.	202
A D. Justo Sánchez, XIII.....	222
Epílogo	225

Erratas notables

<u>Página</u>	<u>línea</u>	<u>dice</u>	<u>dígame</u>
6	16	intentó	intento
33	17	pirla	dirla
155	20	tratar	trata
185	5	media	medio
207	4 al fin	pue,	pues
207	penúltima	días	día
220	8	mientrrs	mientras





